

GRANJA DE ALIMAÑAS

PEDRO MARSÁN



Círculo Rojo
EDITORIAL

Granja de alimañas

PEDRO MARSÁN



Primera edición: diciembre 2019

ISBN: 978-84-1350-332-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Pedro Marsán

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: depositphotos

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.



A ti, que me lees. Gracias.

Prólogo

Un ladrido ronco de mastín rasga el silencio de la noche. Sobresaltado, Merino despierta de su duermevela. Se incorpora y aviva el fuego. Escruta la negrura del pinar, cuyas sombras danzan mecidas por la brisa helada del invierno. No ve nada.

Piensa en volverse a dormir, pero años de pastoreo le han enseñado que en la oscuridad es más fiable el ladrido de un mastín que la vista del pastor, puesto que aquel huele el peligro donde este solo huele a madera de pino y tierra mojada. Decide aguantar despierto. Se frota los ojos para espabilarse y acaricia con inquietud el lomo de su compañero, un joven mastín leonés, rotundo y ancho de pecho, de gran cabeza y mayor mordida, como se estila en toda España, del Pirineo a las Alpujarras. Desde donde nace el rabo hasta el afilado collar de carlanca hay casi ciento cincuenta libras de carne firme, cubierta de un espeso pelaje color ocre. Como todos los de su raza, es apacible la mayor parte del tiempo. Solo se torna territorial y combativo cuando algún desconocido, hombre o animal, osa acercarse al rebaño.

El mastín vuelve a ladrar. Esta vez más grave, más inquieto y fiero que antes. En el aprisco las ovejas balan nerviosas. Levantan las cabezas para mirar a uno y otro lado. Se apiñan unas contra otras. Mal presagio.

El viento sopla con intensidad, porfiando por arrancar el gorro de lana de la cabeza de Merino. Contrariado, este se lo ajusta hasta cubrirse bien las orejas. Se arrebuja en la manta, toma la bota y bebe algo de vino. Tras secarse los labios con la manga, azuza de nuevo la hoguera, más para ganar campo de visión que para combatir el frío.

Pasan los minutos. Los ladridos inundan ya la noche. El perro, que ha abandonado la proximidad de su amo, trota ahora en círculos. Anda y desanda el camino mientras otea el follaje con desconfianza. Gruñe, ruge, bufá. A ratos agacha la cabeza, enseñando los dientes a un enemigo invisible.

Ráfagas de aire helado soplan con fuerza entre las ramas de los pinos. La madera cruje. Las hojas secas se agitan y caen entre chasquidos. Ha comenzado a nevar. De momento lo hace con suavidad, pero la calma está definitivamente rota.

El quejido lastimero del viento se deja oír cada vez más, y, sin embargo, no es capaz de enmascarar el aullido que el pastor más teme: el que de pronto se escucha entre unas zarzas. Alertado, dirige la vista a su izquierda. Entonces, a solo unos pasos de donde se encuentra, divisa el brillo asesino de dos ojos ámbar.

Lobos.

Un escalofrío recorre su espalda al apercibirse de la presencia del depredador, pero no siente miedo. Al menos no de momento. Es más bien algo parecido al respeto, la clase de respeto que se tiene por un enemigo ancestral, que antes lo fue de su padre y de su abuelo.

Merino ha visto lobos muchas veces, y lo que no ha visto con sus propios ojos lo deduce de las habladurías. Sabe de su astucia y de sus implacables fauces, capaces de seccionar de un solo mordisco la columna vertebral de un carnero. Conoce de primera mano su macabra sonrisa, su

jerarquía, extrañamente humana, y sus hábitos grupales de caza. Puede por tanto decirse que sabe todo lo que debe sobre la alimaña que, en pleno año del Señor de 1723, el ser humano todavía no ha sido capaz de erradicar de los montes de Guadarrama.

Tal vez por ello está casi seguro de que no se enfrenta a un animal solitario. El lobo lleva grabado en lo más profundo de su ser el instinto de supervivencia. Desde el más fiero hasta el más astuto, todos saben que la unión hace la fuerza. Temen ser heridos y no atacan si no se ven en superioridad. No, piensa el pastor, un lobo nunca se enfrentaría a la fuerza conjunta de un mastín y un ser humano: el lobo vive de la oportunidad, no del asalto frontal.

Pasados unos segundos, que se le antojan horas, sus temores se confirman. De la maleza asoman las cabezas de otros dos animales. Son jóvenes y grandes. Cuatro palmos largos hasta la cruz.

El mastín ladra amenazador y carga unos metros hacia delante. Merino también reacciona, espoleado por el ímpetu de su compañero. Se agacha y recoge una piedra del suelo, que arroja con fuerza en dirección a los agresores. Sorprendidos por la virulencia de la defensa, los lobos se baten en retirada.

Asiente para sus adentros el pastor, aunque intuye que no les durará mucho el susto. Sin apartar la vista del punto por donde aparecieron, toma su escudilla de metal y comienza a sacudirla con la cayada. Sabe que está muy lejos de cualquier aldea, pero alberga la esperanza de que el ruido termine por ahuyentar a sus adversarios. Percute con todas sus fuerzas durante algunos minutos, hasta que nota que le duele el brazo por el esfuerzo. Entonces, se toma un respiro.

Suda con profusión a pesar del frío. Sabe que los lobos siguen ahí. Las ovejas balan inquietas y el mastín ladra a cada rato. Tras su victoria en la primera escaramuza, parece confiado en sus fuerzas, pero al pastor no se le escapa que tres lobos son muchos para un solo perro.

Al cabo de unos momentos, los lobos reaparecen, más o menos por el mismo sitio de antes. El perro carga de nuevo en su dirección y Merino vuelve a sacudir el cazo. Esta vez, sin embargo, la reacción es distinta. Los lobos dejan de avanzar, sí, pero no huyen. Ahora se mantienen a cierta distancia, al borde del claro. Sus formas son perceptibles a la tenue luz de la hoguera, que con la nieve se está extinguiendo poco a poco.

Han pasado definitivamente al ataque.

Los lobos enseñan las fauces. Sus colmillos amarillentos, curvados hacia afuera, están afilados como navajas. Deben medir casi tres pulgadas, advierte el pastor. El mastín, valiente, no recula ante sus fenomenales adversarios, pero titubea. Por primera vez, Merino siente algo más que respeto. Sabe que en la lid un lobo es más fuerte que un mastín, y que la única oportunidad de este último consiste en ahuyentar a su rival por aplomo.

Intenta darse ánimos, consciente de que, frente a un depredador capaz de percibir el miedo, cualquier signo de debilidad significa la muerte: una muerte aterradora y dolorosa. Sin embargo, es difícil ser optimista. Se maldice a sí mismo por no haber estado pendiente de avivar más la hoguera; y, sobre todo, maldice la suerte que le ha impedido sustituir a tiempo a Ovejero, su otro mastín, muerto apenas unos días antes. Con él aquí todo habría sido distinto, lamenta. No encuentra consuelo en pensar que, si decidió hacerse al monte sin él, fue solo porque no le quedaba otra: el rebaño tenía que pastar.

Además, ya no hay vuelta atrás.

Los tres lobos avanzan despacio en dirección al centro del claro, abriéndose en abanico. Al principio parecen medir cada paso. Después caminan con mayor decisión. Y, por último, cuando se encuentran a muy poca distancia del mastín, agachan hacia atrás cabezas, orejas y cuartos

delanteros, en actitud cada vez más agresiva. Ni por un instante dejan de mostrar sus colmillos, que chorrean saliva al anticipar un sangriento festín a costa de ovejas, hombre y can.

De improviso, el mastín salta sobre el lobo más grande. Ambos ruedan por el suelo antes de enfrentarse sobre dos patas. Durante unos larguísimos instantes, cada uno busca sin éxito la yugular del contrincante. El mastín ruge y resopla a cada lance. Es más corpulento que su rival, pero este es excepcionalmente fiero y está acostumbrado a matar para vivir.

Perro y lobo pugnan en duelo ancestral hasta caer de nuevo sobre los cuartos delanteros. El asalto ha sido nulo, aunque el defensor lleva la peor parte. La sangre le gotea por la escápula. No parece una herida profunda, pero es sin duda dolorosa. Su oponente sangra por el hocico a causa del roce con la carlanca.

Entonces, el lobo emprende una veloz carrera hacia la maleza, seguido de inmediato por los otros dos. El mastín, envalentonado tras poner en fuga a sus rivales, corre tras ellos, ladrando y gruñendo. Cojea de forma ostensible, aunque el éxito parece haberle insuflado nuevos ánimos.

Hay esperanza.

El pastor vuelve a sacudir la escudilla de metal. Agita con fuerza los brazos para enardecer a su compañero en la persecución. Un fiero «¡hurra!» escapa de lo más profundo de su alma. Salta, grita, brama enfervorizado...

Y, sin embargo, sus vítores se congelan de pronto en una mueca de horror.

Ante sus ojos atónitos, el resto de la manada emerge de la maleza y se abalanza sin piedad sobre el rebaño.

I

El día amaneció encapotado y frío en la aldea de leñadores de La Acebeda. Había dejado de llover poco antes del alba, y las brumas húmedas de la mañana dotaban ahora al poblado de un sugerente halo fantasmagórico. Los primeros rayos de luz se abrieron paso entre las copas del pinar, proyectando alargadas sombras que todavía proporcionarían refugio al rocío durante algunas horas. Aquí y allá comenzaron a escucharse los sonidos de la actividad doméstica: el bullicio de los cacharros en los fogones, el repicar sordo de las hachas sobre la madera y, sobre todos ellos, el desaforado canto del gallo.

Un observador casual habría atribuido a aquel abigarrado mosaico de chozas de madera y piedra berroqueña una apariencia no exenta de encanto. Sin embargo, de haberse tomado el tiempo de contemplar la escena con calma, se habría dado cuenta de que el entorno distaba mucho de ser idílico. La mayoría de las viviendas presentaban un aspecto destartado. Abundaban las techumbres hundidas y los remiendos de madera en puertas y ventanas, incluso en aquellas casas que no estaban deshabitadas o en ruinas. Más huesos que carne, los pocos animales que vagaban por las calles —sobre todo perros y gatos—, miraban en derredor inquietos, temerosos de acabar en cualquier cazuela que no pudiera permitirse otro menú.

Un grupo de gabarreros abandonaba la aldea en dirección al pinar cuando el estruendo de un carruaje tirado por cuatro caballos al galope hizo añicos la paz de la mañana. Los grabados de plata bruñida que adornaban las puertas de la calesa indicaban sin ningún género de duda que se trataba de un transporte de la corona. Detrás cabalgaban, a modo de escolta, seis jinetes de la Guardia Real.

Los gabarreros se apartaron al paso de la comitiva. Era de todos conocido que los cocheros reales no detenían la marcha ante nadie, y menos aún si el tal nadie vestía de harapos.

A bordo del carruaje viajaban dos hombres cuyos atavíos de terciopelo y seda contrastaban con la miseria de la aldea que en ese momento dejaban ya atrás.

—¡Condenado cochero! ¡Si sigue corriendo así echaré los hígados antes de llegar a palacio! — el más joven golpeó con fuerza la pared delantera del habitáculo, señal convenida para pedirle al cochero un paso más tranquilo—. ¡Más despacio, más despacio! *Stupido cretino!*

Su compañero de viaje lo observaba de reojo, con disimulada desaprobación. A su modo de ver, no era para tanto. Llevaba tolerando esa clase de comportamiento desde la mañana del día anterior y no veía la hora de llegar a La Granja, pero no tenía otra alternativa que aguantar. Sabía de sobra que los nobles italianos se distinguían por su carácter impulsivo, por lo menos cuando no había damas delante, y carecía de la autoridad necesaria para exigir sosiego a su acompañante. Aun así, la incontinencia emocional de este parecía inundar el pequeño habitáculo hasta el punto de hacerle sentir incómodo.

—Serenaos, señor de Parma, ya no falta mucho —instó en un tono tan educado como pudo—. Calculo que algo menos de un par de leguas.

El italiano volvió la mirada hacia él. La expresión crispada de su rostro decía sin ruido de palabras que no le gustaba que le dijese cómo actuar. Por un instante pareció que fuese a responder con un exabrupto, pero se contuvo.

—Deseo llegar tanto como usted, señor de Ardemans —respondió hoscamente—. Pero quiero llegar vivo.

Teodoro de Ardemans, arquitecto de obras reales, fontanero mayor del ayuntamiento de Madrid y veedor de sus conducciones de aguas, estaba de mal humor. Frisando los sesenta y tres años, sus cada vez más continuos ataques de gota le habían agriado el carácter, antaño abierto y jovial. Además, estaba harto de viajar a San Ildefonso para supervisar las obras de un proyecto arquitectónico que cada vez sentía menos suyo.

Fijó la mirada en su interlocutor. Conocía la meteórica ascensión de Lorenzo de Parma en la corte ducal de los Farnesio y la predilección que le dispensaba el marqués de Scotti, entre otras cosas porque el joven no perdía ocasión de alardear de ambas. Como casi todo el mundo en Madrid, estaba convencido de que el italiano ostentaría un título nobiliario en un futuro no muy lejano a poco que los vientos soplasen a su favor. Sin embargo, tras toda una vida de servicio público y con una mala noche a sus espaldas, el señor de Ardemans era capaz de ver las cosas desde otra perspectiva. Optó por el insulto versallesco:

—Siendo como sois un favorito de su majestad, señor de Parma, os hacía más acostumbrado a los transportes de la corona.

Estrechando los párpados hasta que pudo ver solo a través de dos rendijas, el parmesano le dirigió una mirada fulminante: estaba claro que no esperaba esas palabras de un simple funcionario. En otras circunstancias no habría dejado pasar la afrenta, pero sabía que Ardemans era la persona en quien el mismísimo rey Felipe había depositado su confianza para construir su retiro de San Ildefonso. Tras unos segundos de reflexión, se limitó a devolver el insulto con estudiada calma:

—Y, sin embargo, es admirable cómo vos soportáis la fatiga a vuestra edad.

Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en el rostro del arquitecto. La cruel réplica no constituía para él una ofensa. A pesar de sus achaques, don Teodoro llevaba a gala la vejez. Cada una de las canas que perlaban sus sienes era una memoria feliz de su ilustre vida: un cuadro, un oratorio o un manantial de aguas claras de los muchos que había pintado, construido y alumbrado. Concluyó para sus adentros que, en este caso, el triunfo radicaba en ser capaz de guardar silencio, puesto que con ello negaba a su adversario cualquier opción de tomar ventaja.

Además, así conseguía que se callase, que era lo que pretendía desde un principio.

Por toda respuesta hizo una gentil inclinación de cabeza: el joven conoce las reglas, sí, pero el viejo maneja las excepciones.

El intercambio dio paso a un pesado silencio. El italiano mantenía los ojos fijos en la ventanilla, como para abstraerse de la presencia de su compañero de viaje. Para su alivio, el carruaje avanzaba ahora al trote, cerca ya del Real Sitio de San Ildefonso. Por fin habían quedado atrás las abruptas montañas de Guadarrama, y con ellas, la posibilidad de encontrarse con algún oso, o —Dios no lo quisiera—, con una cuadrilla de bandoleros.

—Odio esos malditos montes casi tanto como a la escoria que habita en ellos —masculló entre dientes.

Ardemans se hizo el sordo. Era un secreto a voces que la multitud de consejeros italianos y franceses que copaban los círculos de influencia en la corte no sentían ningún apego por el populacho español. Mientras ponderaba la paradoja de que su nación, todavía poderosa en

Europa, estuviese gobernada por extranjeros, el carruaje se detuvo a las mismas puertas del nuevo palacio de La Granja.

Los caballos relincharon de alivio. Tras muchas horas de travesía desde Madrid anticipaban por fin la posibilidad de un merecido descanso. No había terminado de posarse el polvo del camino cuando apareció por la ventanilla la figura del cochero, embozada en una gruesa capa de color pardo. Lo acompañaba un ujier real ataviado al estilo francés, con peluca empolvada, casaca azul celeste de seda, pantalón corto y polainas blancas. Cuando este habló, lo hizo en perfecto castellano, si bien había en su acento un matiz que delataba su procedencia extranjera.

—Bienvenido, señor de Parma —saludó—. Confío en que hayáis tenido un buen viaje. Temo, no obstante, que no habrá tiempo para descansar: se os espera en las dependencias del secretario de la reina.

El italiano asintió, malhumorado, mientras el ujier se giraba hacia Teodoro de Ardemans.

—Señor de Ardemans, vuestra presencia no será necesaria hoy —anunció. Su tono era todavía el de una bienvenida formal, pero en él se apreciaba un deje más afable—. El rey os ruega encarecidas disculpas y os pide que, por favor, tengáis a bien descansar del largo viaje.

Ardemans respondió con un leve gesto de asentimiento. Le seducía la idea de un buen baño y una cama caliente antes de ponerse a trabajar.

—Como siempre, será un placer cumplir con las reales órdenes de su majestad.

—El rey desea que inspeccionéis con él las obras de la colegiata mañana por la mañana —dijo entonces el ujier—. Se reunirá con vos a mediodía.

—¿Su majestad en persona?

—Su majestad en persona.

Olvidando por un momento la perspectiva de tomarse un descanso, Ardemans sintió la repentina necesidad de ponerse al día sobre los últimos avances en la construcción de la colegiata, cuya cúpula estaba dando más problemas de lo previsto. Tal vez había estado ausente durante demasiado tiempo...

—En ese caso, preferiría echar un primer vistazo esta misma tarde —dijo—. Necesito hablar con maese Román cuanto antes.

—Temo que maese Román no estará de vuelta hasta después de mediodía —repuso el ujier—. Se ha visto obligado a excusarse durante unas horas por asuntos familiares.

—Entiendo. Entonces aprovecharé la mañana para presentar mis respetos a un viejo amigo en Segovia.

—Como gustéis. El cochero está a vuestra entera disposición.

—Regresaré antes del almuerzo para ver a maese Román. Decidle que me espere junto a la puerta de la colegiata.

Ardemans iba ya a echar a andar cuando de pronto recordó algo.

—Y, por supuesto, transmitid a su majestad mi más humilde agradecimiento.

El ujier respondió con un pomposo gesto de asentimiento. Acto seguido, se dirigió de nuevo al aristócrata italiano.

—Tened la bondad de acompañarme, señor de Parma.

Este iba a obedecer cuando escuchó por última vez la voz del señor de Ardemans:

—Ha sido un placer conoceros, señor de Parma. Confío en que tendremos oportunidad de vernos en los próximos días.

Lorenzo de Parma se incorporó y descendió del carruaje, respondiendo a la despedida con gesto displicente. Después, sin volver la vista atrás, apretó el paso en dirección a las dependencias de

palacio.

Cuando el carruaje abandonó de nuevo el palacio por el camino de Segovia, en los pequeños ojos de color azul pálido de Teodoro de Ardemans aún brillaba una chispa de ironía.

—¡Lobero! ¡Lobero! ¿Estáis ahí?

Entre maldiciones y resoplidos, Beltrán Sánchez ascendía la empinada ladera que lleva a la loma de los Poyales. Era un adolescente atlético, oriundo de la zona y acostumbrado a su orografía agreste, pero la legua larga recorrida casi a la carrera desde el poblado de La Acebeda lo había dejado exhausto. Sudaba copiosamente, y el zurrón que colgaba de sus hombros le pesaba como un muerto.

—¡Salid si os atrevéis!

El rumor de un arroyo de montaña que fluía a pocos pasos de distancia se entremezclaba con su propia respiración, sin dejarle escuchar nada más. Hizo un alto en la marcha para recuperar el aliento. Aprovechó para echar un vistazo a su alrededor. A derecha e izquierda se extendía un frondoso pinar cuya fragancia a madera impregnaba la atmósfera húmeda del mediodía. Una fina niebla le impedía distinguir nada que no fuesen vagas siluetas oscuras a más de treinta o cuarenta pasos. Allí no había un alma.

—¡Mostraos si sois hombre! —gritó de nuevo. Su voz sonó ronca por causa del esfuerzo.

De nuevo recibió la llamada por respuesta. Empujado por la cólera, prosiguió su camino pendiente arriba. Al cabo de unos metros, jadeante, se detuvo.

—¿Acaso tenéis miedo? ¡Vamos, salid de una vez!

En el silencio del pinar tomó conciencia por primera vez de que tenía sed. Se desvió de su ruta en dirección al arroyo. Se agachó con cuidado junto al cauce y se frotó la cara y las manos con el agua gélida. Como todos los habitantes de la región, sabía que las límpidas corrientes que fluían por las torrenteras de Valsaín eran aptas para beber, sobre todo tan cerca de la línea de cumbres. Sorbió un poco de las palmas de sus manos y disfrutó de la sensación del líquido resbalándole garganta abajo.

—¿Qué haces aquí, muchacho?

El sonido inesperado de la voz lo sobresaltó. Resbaló y cayó de bruces al suelo. Profirió un grito ahogado al sentir el impacto de las rocas del cauce contra su pecho. En pocos instantes, las aguas se abrieron camino en torno a su cuerpo, empapándole la tela de los pantalones y las mangas de la camisa, e introduciéndose por las costuras de sus botas. No pudo reprimir una maldición al sentir sobre su piel el agujonazo del agua helada. Sin embargo, el dolor y la sorpresa pronto dejaron paso a un sentimiento parecido a la vergüenza. Y a uno de rabia contenida después.

—¿Quién eres y por qué buscas al lobero? —insistió el desconocido, sin darle tiempo a reaccionar.

Beltrán se levantó tan rápido como pudo. Todavía aturdido, trató sin mucho éxito de recomponer el gesto. Ante él se erguía un hombre alto y fornido, de unos treinta y cinco o cuarenta años. Vestía un sencillito jubón de paño blanco rematado por cordones a la altura del pecho, calzón marrón y botas de montar. Se protegía del frío con un grueso abrigo de piel de oso y un sombrero de ala baja color ocre.

Beltrán se preguntó cómo un hombre así de corpulento podía haberse acercado a él sin hacer ningún ruido.

—¿Sois vos Germán, el lobero? —preguntó al fin, obligándose a sí mismo a salir de su estupor.

—¿Quién quiere saberlo?

—Beltrán Sánchez.

—¿Y qué negocios te traes con un lobero, Beltrán Sánchez? ¿No sabes que la caza de estos montes pertenece solo al rey?

—Sé que la caza es del rey —Beltrán iba recobrando poco a poco la calma, pero en su gesto había un asomo de impaciencia cuando musitó entre dientes—: y mis tratos con el lobero son cosa mía.

—¿Reconoces, pues, que tienes negocios con él? El trato con forajidos es motivo de denuncia ante la justicia...

—La justicia me da igual.

Se hizo el silencio. Beltrán, desafiante, sostenía la severa mirada del hombretón. Este anunció:

—Yo soy Germán, el lobero. Y con tanto grito me vas a buscar la ruina, muchacho. ¿Qué quieres de mí?

Al oír estas palabras, Beltrán sintió que una hemorragia de adrenalina se abría paso por sus venas. Desenfundó una hoja corta de acero toledano que llevaba ceñida al cinto y, como impulsado por un resorte invisible, se abalanzó sobre el hombretón.

—¡Farsante! ¡Voy a mataros! —rugió.

Sorprendido, el lobero apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado para esquivar la puñalada. Aun así, su reacción fue mucho más rápida de lo que Beltrán había anticipado. Errado por completo el envite, este perdió el equilibrio y rodó por los suelos, entre matorrales y hojas secas. Una mezcla de frustración e ira coloreó las mejillas del muchacho cuando consiguió por fin recuperar el control. Intentó entonces incorporarse, pero el peso de su oponente se lo impidió. El lobero había aprovechado de su desliz para inmovilizarle el brazo derecho tras la espalda, en un ángulo casi imposible.

Tirado entre la hojarasca, a unos cuantos pasos de distancia, Beltrán divisó su cuchillo. Tenía que recuperarlo. Forcejeó con desesperación para liberarse, pero fue inútil. A cada esfuerzo que hacía por soltarse, su adversario respondía retorciéndole sin piedad el codo.

—¿Y puedes decirme, muchacho, por qué soy un farsante? —susurró ásperamente el hombre. El rictus de esfuerzo en su rostro le confería una apariencia aterradora.

Beltrán sacó fuerzas de flaqueza. Un prolongado sonido gutural, nacido del esfuerzo, emergió entonces de su garganta. Durante unos instantes concentró toda su energía en sacudirse de encima el cuerpo de su captor. La respuesta del lobero fue contundente: le retorció el brazo hasta que el grito de rebeldía del joven se tornó en un aullido de dolor. Después, ejerciendo presión con la manaza sobre su cogote, le hundió la cara en el barro.

—Y, sobre todo, ¿por qué ansías matarme? —dijo entre dientes, mientras le restregaba el rostro contra la tierra húmeda.

Cuando el lobero finalmente dio tregua, los ojos de Beltrán se llenaron de lágrimas. Tenía las mejillas surcadas de arañazos, y la boca llena de hojas y arena. Ya no forcejeaba. Más bien se afanaba por recuperar el resuello. Doblegada su voluntad, se sentía humillado.

Entre sollozos y escupitajos, y todavía yaciente boca abajo, respondió al fin:

—Vos... tenéis... la culpa...

—¿De qué, mocoso? ¿De qué tengo la culpa? —demandó iracundo el lobero.

—De la muerte de mi padre.

El hombre aflojó la presa, sorprendido por la acusación. No recordaba haber hecho daño a nadie en tiempos recientes. Observó de hito en hito el rostro sucio de Beltrán.

—¿Tu padre? ¿Quién demonios es tu padre?

—Soy hijo de Merino Sánchez, pastor de La Acebeda.

El lobero se sentía cada vez más desconcertado. Jamás había escuchado ese nombre.

—¿Y qué tengo yo que ver con él?

—Mi padre fue devorado por los lobos hace una semana —respondió Beltrán con voz entrecortada. Su tono denotaba desesperación—. Mi padre, los perros y todo nuestro rebaño. A mi madre y a mí no nos queda nada, ¡nada!

—¿Y me responsabilizas a mí de que los lobos tengan hambre?

—¿Acaso no sois vos el único alimañero de estos contornos? ¿No aceptáis regalos de las gentes a cambio de cazarlos? ¿Dónde estabais, pues, cuando los lobos devoraron a mi padre? —había un hondo reproche en su tono de voz.

Por toda respuesta, el lobero se incorporó, apartándolo de sí con un empujón.

—Ponte en pie —ordenó.

Beltrán gimió de alivio al notar que la presión sobre su dolorido cuerpo se relajaba. Sin embargo, no había olvidado su propósito. Se levantó y dio un salto hacia atrás para adoptar una buena posición defensiva. Buscó el cuchillo con la mirada mientras trataba de secarse las lágrimas con la manga empapada de la camisa. Maldijo su suerte al comprobar que el corpachón de su rival se interponía entre él y el arma, pero algo en la expresión del lobero le reveló que no se trataba de una coincidencia.

Acostumbrado a los lances violentos, el hombretón había anticipado sus intenciones.

Solo entonces, Beltrán se dio cuenta de que aún tenía barro en la boca. Le invadió una sensación de repugnancia que le hizo desentenderse de su objetivo. Escupió una y otra vez para evitar que aquella masa terrosa y húmeda se le deslizase garganta abajo. No cejó en su empeño hasta cerciorarse de haber expulsado hasta el último grano de arena.

El lobero, mientras, lo observaba de brazos cruzados, sin mover un músculo.

Beltrán recuperó la compostura y se encaró con su interlocutor. Abrió la boca para decir algo, pero este se le adelantó:

—Los lobos plagan estos montes desde la noche de los tiempos. Siglo tras siglo, reyes y alimañeros los han cazado sin piedad. Y, sin embargo, ahí siguen: aún los hay a cientos. ¿Esperabas, muchacho, que yo acabase con todos en unos pocos meses?

Dominada la situación, el tono de voz del lobero sonaba más conciliador, pero todavía era severo. Beltrán, por su parte, había conseguido desterrar las lágrimas, y recuperar con ello parte de la determinación perdida.

—Solo esperaba que cumplierais con vuestra obligación, como los demás cumplimos con la nuestra.

El lobero seguía sin salir de su asombro. Se mesó la tupida barba negra, mientras ponderaba la lógica infantil del muchacho. Era evidente que no tenía razón y, sin embargo, había en él algo consustancial a su propia manera de pensar. Ahora sentía algo parecido a la curiosidad.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Dieciséis —respondió Beltrán—. Diecisiete por Navidad.

—Bien, Beltrán Sánchez, eres un hombre y no te faltan agallas. Seguro que eres capaz de manejar un rebaño —el lobero le dirigió entonces una mirada inquisitiva—. Así que te devuelvo la pregunta: ¿Dónde estabas tú? ¿Por qué no acompañaste a tu padre?

El repentino giro en la conversación cogió por sorpresa al muchacho. De pronto, se sentía culpable.

—Estaba... estaba en palacio —farfulló.

El lobero no respondió. Beltrán interpretó su silencio como una interpelación y se aprestó a dar más explicaciones:

—Mis padres siempre quisieron que fuese mozo de caballerizas. Decían que es menos sacrificado que el pastoreo. Y que se vive mejor.

—Así que tenemos aquí un aprendiz de cortesano...

—En realidad no. Solo he estado en palacio una o dos veces —explicó Beltrán, incapaz de ocultar su desconsuelo—. Además, desconozco por completo el oficio: no sé cuidar de los caballos, ni mucho menos montar. Los otros chicos me llevan mucha ventaja. Allí no me aceptarán nunca.

—¿Tienes hermanos?

—No, soy hijo único.

Tras observarlo de arriba abajo, el lobero respondió con displicencia:

—Entonces será mejor que vuelvas a casa. Tu madre te estará echando de menos.

El chico adoptó una postura desafiante.

—No os libraréis de mí tan fácilmente.

—Mira que eres terco, Beltrán Sánchez. ¿Acaso quieres que te dé otra tunda?

—Todavía quiero mataros.

—Tú no necesitas matarme, rapaz. Tú lo que necesitas es salir adelante en la vida.

Y así, sin más, ante la mirada atónita del muchacho, el lobero le volvió la espalda y emprendió el camino de regreso a su choza. Para su propia sorpresa, el joven ni siquiera fue capaz de reaccionar. Se había quedado mudo. Durante largo rato permaneció petrificado en el sitio, con los ojos fijos en la senda por la que se había marchado el hombretón.

Estaba hundido por no haber conseguido su propósito. Y lo que era peor, se había sentido del todo impotente. Sucio, empapado y tiritando de frío, ahora tenía por delante una hora larga de camino de vuelta hasta La Acebeda.

La sangre le goteaba por los arañazos del rostro, y notaba el labio inferior cada vez más hinchado. No le quedaban fuerzas para nada. Agotado, sintió que le vencía el peso de su propio cuerpo. Entonces, se dejó caer al suelo y rompió a llorar.

—Adelante, señor de Parma. No os quedéis en la puerta. ¿Habéis tenido un buen viaje?

El tono de voz del marqués de Scotti era cordial. No obstante, a la agudeza cortesana de Lorenzo de Parma no se le escapó la sombra de impaciencia que había en su mirada. Con ánimo de dejar atrás las formalidades cuanto antes, contestó:

—Tan bueno como puede ser un viaje por estas tierras, mi señor.

—No sabes cómo me alegro, querido Lorenzo.

Scotti se quitó los anteojos de pasta negra y los depositó con cuidado sobre su mesa de trabajo. Entonces, se incorporó del amplio sillón y se asomó al ventanal del despacho, dando la espalda al recién llegado. Durante algunos segundos se limitó a observar el paisaje, sin decir nada. Privado del contacto ocular, Lorenzo solo veía el inexpresivo cogote de la peluca empolvada y las manos huesudas del marqués cruzadas tras su casaca de seda. Ni siquiera intuía sus intenciones, y el silencio solo contribuía a incrementar su inquietud.

Al cabo de unos instantes, Scotti se giró hacia él. Cuando comenzó a hablar, en tono quedo, su estrecho rostro de facciones ovejunas no dejaba translucir ninguna emoción.

—Supongo que os preguntaréis por qué os he hecho venir de Parma con tanta premura.

—Solo sé que estoy aquí para servirlos.

—Ciertamente. Y hasta ahora no me habéis fallado nunca.

Era un comienzo alentador, pero Lorenzo apenas reparó en las amables palabras del marqués. Todo en él estaba en tensión. Esperaba desde hacía años la oportunidad de dar el salto a la corte española, y se preguntaba si no será allí, en La Granja de San Ildefonso, y en presencia del secretario personal de la reina Isabel de Farnesio, donde su destino lo aguardaba. Además, estaba la urgencia del viaje: no le habrían hecho venir con tanta rapidez sin una razón importante.

—Es para mí un honor que penséis así, señor marqués —respondió con disimulada impaciencia.

—No soy el único, querido Lorenzo. Vuestro buen hacer en Italia ha llegado a oídos de la reina.

Lorenzo de Parma agradeció el halago con una inclinación de cabeza. El marqués prosiguió:

—Tengo un asunto de vital importancia que encomendaros. Si actuáis como espero de vos, os prometo que vuestra recompensa estará a la altura.

—Servir a su majestad es recompensa suficiente.

—Mi querido Lorenzo —el gesto grave del marqués se distendió en una media sonrisa—, siempre sabéis encontrar las palabras adecuadas a cada situación. ¿Por qué no me extraña vuestro éxito con las damas?

Lorenzo de Parma no pudo reprimir una expresión de vanidad satisfecha. La referencia a sus conquistas amorosas era cierta —de hecho, constituía uno de sus temas favoritos de conversación—, pero ahora se sentía consumido por la incertidumbre. Con ademán obsequioso, exhortó al marqués a continuar:

—Estoy en ascuas, mi señor.

—Sí, sí, claro... —Aníbal Scotti se aclaró la voz antes de proseguir. Cuando lo hizo, empleó el tono de quien expone un asunto de la máxima importancia—. Como decía, requiero vuestra colaboración para resolver un asunto que preocupa a su majestad, el rey don Felipe. Se trata del cazadero real.

Lorenzo arqueó una ceja, entre sorprendido y desencantado por la naturaleza del anuncio. No era lo que esperaba. Nunca había mostrado la más mínima inclinación por los placeres de la caza, ni se encontraba especialmente a gusto a lomos de un caballo. Prefería con mucho el mundo de las intrigas palaciegas, donde se movía como pez en el agua. Por eso mismo dedujo que lo de Scotti no era una petición. Aquello era una orden: una orden a la que, le gustase o no, no le convenía negarse.

Por suerte, la sombra fugaz en su expresión pasó inadvertida al marqués.

—¿Os seduce la perspectiva, mi querido Lorenzo?

—Por supuesto que sí. Os escucho.

—Bien —Scotti hizo una nueva pausa antes de continuar—. Conoceréis sin duda la gran afición de su majestad por la caza...

—La pericia del rey en la montería es proverbial, mi señor. ¿Cómo no estar al tanto?

—Y como también sabréis, la caza en los pinares circundantes a San Ildefonso pertenece en exclusividad al rey desde hace siglos.

Lorenzo hizo un gesto de asentimiento, como si se tratase de algo trivial. Era, de hecho, un detalle nuevo para él, pero en la corte siempre convenía dar la apariencia de estar bien informado. Ya habría tiempo de hacer indagaciones. Scotti prosiguió:

—Sin embargo, los segovianos se quejan de que los animales del cazadero devoran sus rebaños y arruinan sus cosechas.

—¡Palurdos! ¿Osan disputarle la titularidad de los montes al rey? —interrumpió el parmesano con exagerada indignación.

—Habéis dado con el meollo del problema, querido Lorenzo: la caza es del rey, pero los montes pertenecen a la ciudad de Segovia. Algo curioso, sin duda. Muy... ¿español?

Por algún motivo, Scotti recalcó esta última palabra con énfasis, aunque a Lorenzo le resultó imposible discernir si la había pronunciado con respeto, desconcierto o desprecio.

—Eso quiere decir que el pueblo llano puede realizar sus actividades dentro del cazadero. Siempre y cuando, claro, se abstenga de cazar y pescar —concluyó el marqués.

—Entiendo entonces que deben hacerlo por su cuenta y riesgo.

—Así es, pero convendréis conmigo en que un rey moderno no puede mostrarse insensible a las penurias de sus súbditos, sobre todo si está en su mano hacer algo por remediarlas. Por otra parte, a veces es el populacho quien, mediante la tala indiscriminada del pinar, perjudica los intereses de la corona.

Lorenzo comenzaba a temerse lo peor.

—¿Cuál es, pues, mi cometido? —preguntó, ya sin medias tintas.

—Si aceptáis mi propuesta, seréis nombrado intendente real para el cazadero con carácter inmediato.

—¿Queda este bajo mi total responsabilidad?

—No solo el cazadero. También las relaciones con la Junta de Obras y Bosques de la ciudad de Segovia. Seréis enviado plenipotenciario de la corona, respondiendo directamente ante mí.

—Será un honor, mi señor.

Lorenzo pronunció estas últimas palabras con aplomo, pero en su interior la desazón crecía por momentos. Consciente de que no podía permitirse ningún desliz, se las arregló para que las emociones no influyesen en la modulación de su voz. Cualquiera con dos dedos de frente sabía que hacer carrera en palacio era cuestión de demostrar eficacia en el cumplimiento de los encargos que venían de arriba. La duda y los reparos, incluso si tan solo se manifestaban en leves inflexiones en el tono, podían interpretarse como síntomas de deslealtad. Y medrar en deslealtad era imposible.

«Los usos palaciegos en Italia y en España serán distintos», pensó, «pero la hipocresía es la misma».

—Magnífico entonces —concluyó Scotti—. Hablad cuanto antes con Vicente Campillo, el montero mayor. Él os pondrá al corriente de los detalles. Y recordad: este servicio a la corona no quedará sin recompensa.

—Así lo haré. Muchas gracias, mi señor.

Poco después, Lorenzo de Parma salía de las dependencias de palacio como alma que lleva el diablo. ¡Por san Hilario! Estaba furioso con todo y con todos. Primero la urgencia del viaje; después, los dos días en carro por esos malditos montes en compañía del listillo español; y ahora, por fin, condenado a lidiar con chusma analfabeta por tiempo indefinido. *Porca miseria!*

Desde las ramas de un pino centenario, el lobero oteaba con desazón la senda que subía desde San Ildefonso al puerto del Paular. Hacía ya un buen rato que el frío se le había agarrado a los huesos, y tenía la impresión de que los nubarrones negros que cubrían el cielo podían descargar sobre él en cualquier momento. Dudó sobre la conveniencia de regresar a su choza, pero su

instinto le dijo que debía aguantar un poco más. Todavía quedaban horas de luz. Además, por suerte, no había niebla.

De pronto, escuchó un ruido de voces acompañado de ladridos. Se arrebujó en su capa para mimetizarse mejor con el verde oscuro de las hojas. Fue un movimiento reflejo, pero innecesario: oculto como estaba doce varas por encima del suelo, resultaba del todo invisible para cualquiera que pasase cerca. Ahí arriba ni siquiera los perros podían percibir su olor.

Las voces fueron subiendo poco a poco de volumen, y él sintió que el corazón se le aceleraba. Había hecho aquello más de una vez en los últimos meses, pero la reacción que experimentaba al llegar la comitiva era siempre la misma.

Los viandantes asomaron entre las dos grandes rocas que flanqueaban el sendero, a unos doscientos pasos del árbol al que se había encaramado. No cabía duda: eran monteros reales. Contó tres, cada uno de los cuales sujetaba una correa con dos perros. En total la rehala se componía de cuatro lebreles y dos sabuesos, magníficos todos ellos.

Batidores, identificó de inmediato. Ya los había visto actuar. Sabía que caminarían ladera arriba durante un buen rato, casi seguro dando un rodeo; y que después bajarían peinando la zona para hacer salir a las presas de sus escondites.

El rey aún tardaría en llegar, pero vendría.

Pasaron los minutos. Diez, veinte, treinta... la espera se le hacía eterna. Había transcurrido más de una hora cuando apareció por el mismo sendero la comitiva real. No era un contingente demasiado numeroso. Menos de diez hombres, contando al monarca. El lobero no se sorprendió. Era lo habitual. Él mejor que nadie sabía que los cazadores son gente de costumbres. A fuerza de observar, tenía comprobado que el rey gustaba de desmontar para abatir a sus presas a pie y al acecho, siempre en grupos pequeños. La única excepción a la regla había sido una montería multitudinaria organizada meses atrás para agasajar a dignatarios extranjeros. Aquel día casi se había visto descubierto por la rapidez con la que aparecieron los jinetes. Solo lo había salvado escuchar el ladrido de los perros en la distancia.

Los ojos negros del lobero se posaron sobre la figura de don Felipe de Borbón y Anjou, rey de todas las Españas y nieto del mismísimo Rey Sol. Le parecía mentira que aquel cuarentón de rostro pálido, hombros hundidos y aspecto enfermizo pudiese contarse entre los hombres más poderosos de Europa. Algún día tendría que acabar la locura de las monarquías, los derechos divinos y la sangre azul, reflexionó; algún día sería el pueblo quien rigiese su propio destino, y quisiera Dios que ese día llegase pronto. España no podía seguir por más tiempo en manos de hechizados, animosos, ni depresivos.

Junto al monarca, a lomos de un alazán, se recortaba la figura enjuta de un caballero de edad madura y rostro ovejuno. Llevaba puestos unos inconfundibles anteojos de pasta negra. Scotti. Al otro lado del rey cabalgaba un tercer jinete a quien no había visto nunca antes. Por el blanco de la piel y los cabellos claros habría jurado que era extranjero, pero resultaba difícil precisarlo desde la distancia. El resto de la compañía la componían seis guardias reales de a pie, todos ellos armados hasta los dientes.

El rey y los dos nobles desmontaron y se apostaron en lo alto de un berrocal. Por la excelente elección del emplazamiento resultaba evidente que conocían el terreno. El escarpe rocoso les proporcionaba un parapeto elevado sobre el claro, al tiempo que impedía el paso a ambos lados del sendero. Cualquier animal que viniese huyendo de los batidores tendría que pasar muy cerca de esa posición.

Mientras el rey y su séquito elegían el punto de mejor visibilidad, el resto de los guardias se

afanaba en preparar la emboscada. Entre cuatro hombres desplegaron una suerte de red de cáñamo similar a las que los pescadores utilizan en alta mar, disponiéndola en vertical para cubrir todo el ancho del angosto desfiladero. Después, mediante cuerdas, la fijaron a raíces, ramas, y cualquier otro asidero natural que pudiera servirles para mantenerla tensa. Teñida de negro, la malla se confundía con las sombras del atardecer.

Aquello sí era nuevo. Impresionado por la rapidez con la que se movían los guardias, el lobero escrutó los preparativos con interés profesional. Nunca en su vida había visto una montería con red, y le apetecía presenciar el espectáculo.

Todo el proceso se desarrolló con la celeridad y la precisión propias de algo muy bien ensayado. Apenas tardaron un cuarto de hora en preparar la trampa. En contra de lo que había ocurrido durante la espera previa, el tiempo esta vez se le pasó volando.

Finalmente, los guardias se repartieron en dos cuadrillas. La primera se desplazó hacia el norte, siguiendo la pared de roca del desfiladero, mientras que la segunda hizo lo propio hacia el sur. Su cometido era redirigir a cualquier presa que intentase rodear la posición de los tiradores hacia la cerrada.

Desde el parapeto rocoso llegó el sonido prolongado y grave de un cuerno de caza. Momentos después, se escuchó en la lejanía una réplica. La batida había comenzado. Se palpaba la tensión en el ambiente. Rígidamente como estatuas, los cazadores permanecían en sus puestos, con los mosquetes cargados y sus cañones apoyados sobre la roca. Todos sin excepción tenían la mirada fija en la salida del desfiladero. Nadie decía una palabra, nadie movía un músculo, nadie hacía ningún ruido.

El lobero extremó las precauciones. En silencio, se ajustó bien el cinto para asegurarse de que ninguno de los enseres que colgaban del mismo —cuchillo de caza, bolsa y pistolón de chispa—, corría el riesgo de caer al suelo. Cualquier movimiento en falso podía dar a conocer su posición, e interrumpir una montería no era la mejor manera de presentar sus respetos al monarca.

Pasaron los minutos. Reinaba ahora un silencio opresivo, casi sobrenatural, roto solo por el crujir sordo de las ramas mecidas por la brisa. Los pájaros habían dejado de piar hacía ya mucho rato. Era como si el pinar entero estuviese a la expectativa.

Todo sucedió muy rápido. Primero, un cuerno. Luego, el ruido de algo —o alguien— moviéndose a toda velocidad entre la espesura. Ladridos de perros. Gritos de monteros. De nuevo, el cuerno de caza... Y, de repente, la imponente silueta de un ciervo emergió a toda velocidad de la maleza.

Galopaba en zigzag, brincando de un lado a otro, pero siempre en dirección a la trampa. Los batidores habían hecho bien su trabajo.

Por un instante, todos se asombraron ante la planta del animal. Diríase que no habían visto un ciervo nunca antes en sus vidas, y tal vez no habría sido descabellado hablar así, puesto que en verdad se trataba de uno muy especial: desde las uñas de las patas a la base de la cornamenta su pelaje era de color blanco, tan puro como el de los copos de nieve recién caída.

Lejos de constituir motivo de indulto, la rareza del animal no hizo sino excitar la ambición de los cazadores. Todo montero deseaba un albino en su colección de trofeos.

Los primeros perros entraron en el claro, pisándole los talones a su presa. Bien adiestrados, ladraban con fiereza, pero sin embestir. El ciervo, despavorido, se encontraba ya a pocos pasos de la cerrada, hacia la que galopaba sin remisión. Estaba muy cerca de los cazadores, tanto que estos podían distinguir con nitidez el perlado de la cornamenta.

Superada la primera reacción de asombro, el rey y sus acompañantes aguardaron al momento

oportuno para abrir fuego. A cualquiera que no se haya visto nunca en semejante tesitura, esperar unas décimas de segundo le podrá parecer algo trivial. Sin embargo, para un cazador experto, los instantes previos a apretar el gatillo constituyen un mortificante ejercicio de paciencia; una demostración del más férreo autocontrol, adquirido solo a base de grandes pifias y presas perdidas.

Se escuchó el estallido del primer disparo. Después vinieron otros dos, tan seguidos que parecieron uno solo. Las balas de plomo colado silbaron raudas en dirección al objetivo, penetrando en el viento con la misma facilidad con la que un hacha rompe un bloque de mantequilla.

Fallaron.

Los bruscos cambios de dirección del animal habían burlado la andanada. Las dos primeras balas se perdieron entre la maleza, y la tercera levantó astillas de la corteza de un pino.

Los cazadores se apresuraron a coger los mosquetes de reserva. Recargar al paso fugaz de la presa era demasiado lento. «Ventajas de ser rey», pensó el lobero. Solo alguien así de poderoso podía permitirse el lujo de tener una hilera de mosquetes cargados a su disposición.

Otro disparo. Y otro más. El ciervo, ahora ya a solo unos pocos pasos de distancia, los esquivó milagrosamente.

De poco le sirvió. Tan pronto como la segunda andanada se perdió en la espesura, el animal vio frenada su carrera al toparse de bruces con la trampa. La red se abombó ante su peso, con un fuerte chasquido, y los asideros crujieron, amenazando con romperse. Por un momento pareció que no aguantarían la brutal inercia, pero se mantuvieron firmes.

Enredado, el animal no cesaba de revolverse. Cabeceaba a un lado y a otro en su intento de escapar, pero la cornamenta se lo impedía. Miraba a su alrededor con ojos asustados. Resoplaba, caía, y volvía a ponerse en pie. Y, sin embargo, cuanto más intentaba liberarse, más intrincada se volvía la maraña de nudos en torno a sus astas.

Guardias y batidores vitorearon de júbilo. Entonces, los cazadores salieron de su escondite. Primero el rey, luego Scotti y, por último, el noble extranjero. Los tres se movían con parsimonia, confiados en su posición de ventaja. La presa era suya.

—¡Magnífico animal! —palmoteó admirado el rey. Su voz, aguda de por sí, había adquirido con la excitación un timbre chillón.

—Magnífico sin duda, majestad —coreó el marqués.

—¡Admirad ese pelaje, Scotti! ¡Nunca vi nada igual! Una lástima no haber podido cazarlo en movimiento, una lástima... En fin, el trofeo será igual de vistoso. Haced que los guardias recarguen mi mosquete.

—Creo que eso no será necesario, majestad.

Tanto Scotti como el monarca se volvieron estupefactos en dirección a Lorenzo de Parma, que por primera vez en todo el rato había osado abrir la boca.

—Mi mosquete aún está cargado —alegó este, con calma.

La expresión de curiosidad del rey se tornó en una de visible fastidio.

—Entonces os corresponde a vos el disparo —dijo—. Dos cada uno. Son las reglas.

El rostro ovejuno de Scotti reflejaba una mezcla de sorpresa y cólera contenida. No podía creer que el pamesano, a quien había invitado a la montería para introducirlo en el círculo íntimo de su majestad, pudiese cometer una torpeza de tal magnitud. Sin embargo, Lorenzo no tenía ningún interés en la presa. Sus anhelos eran de otra índole. Con gesto servil, hincó la rodilla en tierra y extendió ambas manos hacia el frente. Su arma quedó al alcance del monarca.

—Nada más lejos de mi intención, mi señor —dijo entonces—. Solo pretendía ahorrarnos la molestia de recargar. La bala que queda en el tambor es para vos.

De nuevo cambió la expresión en la cara del rey: del fastidio a la incredulidad, de la incredulidad a algo semejante al remordimiento, y, finalmente, del remordimiento a la alegría de un niño con zapatos nuevos. Scotti suspiró, aliviado.

—Sois muy amable, señor de Parma. El rey agradece vuestra consideración: una pieza así no se caza todos los días.

—El agradecimiento es mío —repuso Lorenzo—. Será para mí un honor que su majestad acepte este humilde servicio.

El rey respondió con una ligerísima inclinación y tomó el arma que se le ofrecía. Scotti asintió para sus adentros, en aprobación con el gesto de su protegido. «Este muchacho ha nacido para la corte», pensó, «pero debe aprender a canalizar su audacia: la forma en que se ha expresado podría haber dado lugar a un equívoco».

Aún discurría sobre ello Scotti cuando el ruido del último disparo rompió la calma del atardecer. Un instante después, el ciervo caía al suelo, abatido por el tiro de gracia del monarca.

El lobero dejó pasar un buen rato antes de descender del árbol. Toda precaución era poca para un alimañero en el corazón del cazadero real, y más en jornada de montería. Había sido un día largo y duro. Tenía los músculos del cuello entumecidos por el frío y lo incómodo de la postura, y las ramas le habían dejado algún rasguño. Pese a todo, el brillo de sus ojos denotaba satisfacción.

Se situó en el centro del claro, cerca de donde había caído el animal. Después, con pasos tan largos como le permitían sus piernas, midió el diámetro del mismo de una punta a otra. Observó el parapeto de roca, el estrecho sendero que se adentraba en la espesura y la copa del árbol donde se había pasado la tarde encaramado. Luego calculó el ancho del desfiladero, y examinó las posiciones de los cazadores, su espacio de maniobra y sus ángulos de disparo.

Repitió la operación una y otra vez, para grabar en su mente cada detalle del puesto de caza.

Todo encajaba a la perfección.

Sí, todo encajaba.

De improviso, un aullido en la lejanía le recordó que apenas quedaba luz. Hora de regresar. Los montes no eran un lugar seguro después del crepúsculo, ni siquiera para un cazador experto.

Dedicando un último pensamiento al magnífico ciervo albino abatido por el rey, el lobero emprendió el camino de vuelta a su choza. Sin duda, el desfiladero era un excelente lugar para la caza. Estaba seguro de que tendría nuevas ocasiones de presenciar monterías reales por los pinares de Valsaín.

II

—Pasad, pasad, don Teodoro, estáis en vuestra casa —la estentórea voz del conde de Ortigosa resonó en la sala de estar principal de su lujosa residencia, ubicada a solo unos pocos pasos del alcázar de Segovia—. Tenéis buen aspecto.

—Muchas gracias, querido Alfonso, pero creo que sois vos quien me veis con buenos ojos —respondió el arquitecto—. La gota no remite y los dolores son terribles. Creedme.

—No sabéis cuánto me entristece escuchar eso. Nos hacemos viejos...

—Eso es tan cierto como los evangelios, amigo mío.

—En fin, Teodoro, confío en que, con gota o sin ella, tendréis a bien quedaros a almorzar. Pediré a Mariela que ponga otro cubierto en la mesa —prosiguió, mientras alargaba el brazo hacia una campanilla plateada que había sobre la mesita de té—. Mi hija Beatriz estará encantada de veros. El otro día me preguntó por vos...

—No, no, querido amigo —interrumpió Ardemans, antes de que el otro tuviese tiempo de avisar a la criada—. Hoy estoy solo de paso. He aprovechado que tenía la mañana libre para venir a saludaros, pero debo estar de vuelta en palacio a mediodía para despachar con maese Román.

Una expresión de sorpresa se dibujó en el semblante del conde. Su amigo no solía declinar la oportunidad de charlar sobre los viejos tiempos en torno a una buena mesa.

—¿Aceptaréis una invitación a cenar, pues?

—Me temo que tampoco me será posible, por desgracia. El rey desea verme mañana mismo. Han sido seis semanas de ausencia y necesito ponerme al corriente cuanto antes sobre el estado de las obras de palacio.

—Pensaba que ya estaba todo terminado...

—Podríamos decir que casi lo está —corroboró el arquitecto—. En realidad, solo faltan algunos flecos, pero vos como yo sabéis que el diablo se esconde en los detalles.

—Entiendo. Es una pena. Aun así, confío en que nos haréis el honor otro día.

—Por supuesto, amigo mío. Tan pronto como don Felipe esté satisfecho, dad por seguro que seré todo vuestro.

Mientras pronunciaba estas palabras, Teodoro de Ardemans observó la voluminosa figura de su amigo. El conde había cambiado mucho desde los tiempos de Madrid. Por aquella época era un simple advenedizo que intentaba hacer carrera en la estrambótica corte de Carlos II. Allí no le fue todo lo bien que hubiera deseado, pero no menos cierto era que supo cuándo y cómo retornar a su Segovia natal. Y, por san Frutos, que el tiempo le había dado la razón: hábil político a pesar de todo, pronto se convirtió en el niño bonito de la nobleza segoviana, y, con el paso de los años, se las arregló para granjearse la consideración de sus paisanos y medrar en el gobierno de la ciudad.

—Se rumorea que nuestro soberano planea hacer de Segovia la capital del reino —la voz de Ortigosa interrumpió sus pensamientos.

—Ya lo es, en la práctica. La Villa podrá ser la capital nominal, pero don Felipe pasa más tiempo en Valsaín que en su alcázar de Madrid. De hecho, es *vox pópuli* que lo detesta. Hay quien

le ha escuchado decir que esa mole de madera solo sirve para prenderle fuego y construir un palacio nuevo en su lugar.

—En cuanto al alcázar, no sé qué decir, pero en lo que respecta a la querencia de su majestad por nuestra tierra, debo daros la razón. Segovia ya está llena de franceses e italianos.

—Lo sé, lo sé, no me lo recordéis —por la mente del arquitecto pasó fugaz el recuerdo de Lorenzo de Parma—. Os lo ruego.

—Y bien, ¿qué se cuece por Madrid?

—Lo de siempre. La población crece y crece, y el caudal de las aguas mengua y mengua. Dentro de algunas décadas garantizar el abastecimiento será imposible —entonces formuló una idea que llevaba semanas rondándole la cabeza—: a no ser, claro está, que se empiece a llevar el agua de la sierra a la urbe.

—¿Desde aquí? Por favor, Teodoro, no me hagáis reír. No hay ingenio humano que permita salvar el desnivel de las montañas para llevar las aguas de nuestros manantiales a Madrid —Ortigosa había respondido con amabilidad, pero las aguas de la capital se la traían al paio. Él ansiaba otro tipo de noticias.

—No será desde aquí, querido Alfonso —explicó paciente el arquitecto—. En todo caso será desde el valle del Lozoya. Allí hay agua de sobra, pero hará falta una obra de ingeniería de primera magnitud. Tanto que dudo que llegemos a verla. Además, ahora el rey está más preocupado por otros asuntos.

Eso está mejor, pensó Ortigosa. Ardemans no sería un político, pero se movía en las altas esferas. Hasta se decía, no sin cierto fundamento, que gozaba de la confianza personal del monarca. Sus impresiones sobre la corte, cualesquiera que estas fuesen, no tenían precio. Sin embargo, Ortigosa sabía también que don Teodoro era un hombre discreto, y que había que leer entre líneas para sacar el máximo partido de sus palabras.

—¿Y qué asuntos ocupan a su majestad? Si es que puede saberse... —preguntó.

—En realidad, nada que escape al dominio público. Como sabréis, existe cierta preocupación en la corte por la estabilidad de los territorios de la antigua Corona de Aragón.

—No me cabe la menor duda —convino el conde—. Parece mentira que la guerra se diese por terminada hace ya casi diez años.

—Abolir las prebendas de aragoneses y catalanes fue un movimiento audaz, pero el castigo impuesto por las tropas del rey a las gentes de esos territorios ha sido severo. Las heridas tardarán en sanar.

—Aragón, Baleares, Valencia... hasta en Castilla cunde el descontento —convino Ortigosa—. Y el carácter melancólico de su majestad le hace un flaco favor al orden público.

—Hay quien piensa que las melancolías del monarca no son la causa de los desórdenes, querido amigo, sino más bien una consecuencia de los mismos.

—Puede que eso sea cierto, pero su majestad nunca ha dudado en poner en práctica medidas impopulares: ha prohibido las corridas de toros, llenó la corte de extranjeros... Se dice, incluso, que muestra más interés por la caza que por las labores de gobierno.

Ortigosa nunca habría hablado con tanta franqueza en presencia de cualquier otra persona. Sin embargo, Ardemans era de fiar.

—Os encuentro hoy muy subversivo, amigo mío —sonrió el arquitecto, con sorna—. ¿Planeáis persuadirme para que me dé a algún tipo de conspiración?

—Nada más lejos de mi intención —respondió el conde en tono amable. Cuando continuó su voz sonó algo más seria—. Tampoco he manifestado repulsa o aprobación. Solo pongo de manifiesto

lo que piensa una mayoría del pueblo llano.

—Por supuesto, por supuesto... pero sabéis tan bien como yo que eso no es del todo justo. Don Felipe también ha reformado la administración del Estado, y se preocupa por las artes, la medicina...

—Soy el primero en reconocer los méritos de nuestro soberano —argumentó Ortigosa—, pero en tiempos convulsos todo el mundo tiene su parte de razón. El pueblo está desmoralizado. No hay ilusión. Y ese es el mejor caldo de cultivo para las aberraciones que presenciamos a diario.

—La Paz de Utrecht nos ha hecho demasiado daño —sentenció Ardemans—. En verdad que los buitres europeos se han dado un festín de carroña a costa del imperio.

—Se rumorea que el archiduque Carlos de Austria todavía ambiciona el trono de España.

—Se rumorean tantas cosas...

Se produjo una breve pausa en la conversación. Por la entonación de esta última frase, Ortigosa se dio cuenta de que Ardemans sabía algo que no quería o no podía contar, pero lo conocía desde hacía tiempo suficiente como para saber que no diría una palabra más al respecto. Decidió cambiar de tema.

—En fin, ¿qué hay de nuevo por Valsaín?

—Si os digo la verdad, todavía no lo sé. He llegado hace tan solo unas pocas horas. Me temo que estaréis mejor informado que yo.

—Quizá, pero no por mucho tiempo. Permitid que os diga, querido Teodoro, que sois uno de los más hábiles espías que conozco.

Ardemans rio de buena gana ante la chanza. ¡Un espía! ¡Él! Solo a Ortigosa se le ocurriría hacer de un arquitecto un espía. Alguien bien informado, tal vez, pero nunca un espía. ¡Valiente monserga!

—Entonces, quizá por un módico precio podría convertirme en vuestro agente en la corte —contestó de buen humor.

—Sabéis tan bien como yo que no revelaríais un secreto ni por todo el oro del mundo. Y yo sé que debo conformarme con interpretar la ambigüedad de vuestras palabras.

Los ojillos azules de Ardemans brillaban con un destello de genuina sinceridad.

—También sabéis que es cuanto puedo hacer por vos —repuso.

—Y lo habéis hecho admirablemente bien a lo largo de los años.

—Me alegro de que penséis así. De todas maneras, ya no podré seros de utilidad durante mucho más tiempo.

Ortigosa se mostró a la vez sorprendido y contrariado ante estas últimas palabras. Era una mala noticia. Ardemans había sido una de sus más valiosas fuentes de información. Fiable y discreto con unos y con otros, era enigmático en ocasiones, pero siempre sincero. Y todo gratis en honor a una amistad de años. No era alguien de quien se pudiera prescindir con facilidad.

—¿Qué queréis decir? —preguntó, incrédulo.

—Soy un hombre viejo, y estoy enfermo. Los viajes ya no me sientan bien. Solo ansío volverme a Madrid a cuidar tranquilamente de las fuentes de la Villa. Quizá de alguna obra de arquitectura... menor a ser posible.

—Pero el rey os querrá aquí.

—Solo hasta que las últimas obras de San Ildefonso concluyan, y para eso ya no falta mucho. Puede que ni tan siquiera, en realidad. En los últimos meses no han hecho más que llegar arquitectos y escultores franceses —se quejó—. No me extrañaría que el rey quisiera relevarme de mis responsabilidades.

—Lo dudo.

—Estoy seguro de que lo haría mañana mismo si no soy capaz de satisfacer sus deseos — comentó Ardemans, en tono distraído, mientras consultaba la hora en un reloj de fabricación suiza que acababa de extraer del bolsillo interior de su chaqué—. Me temo que mi visita se ha prolongado más de la cuenta, Alfonso. Debo ir sin más dilación al encuentro de maese Román.

—No os entretendré más, en ese caso. Por favor, presentad mis respetos a su majestad.

—Descuidad. Así lo haré.

—Por cierto, Teodoro —dijo entonces Ortigosa, como recordando una cuestión importante que había olvidado mencionar.

—¿Sí?

—Me gustaría pedir os un pequeño favor.

—Mientras esté en mi mano...

—No dudo de que lo estará. Es relativo a mi hija Beatriz.

—En ese caso, dadlo por hecho —prometió Ardemans.

La respuesta no sorprendió al conde. Su amigo sentía debilidad por Beatriz desde que esta era una niña.

—Como sabéis, está ya en edad de merecer y no le faltan los pretendientes, pero temo que ninguno de los muchachos que la rondan sea adecuado para ella.

—Estoy ya demasiado viejo para el matrimonio, amigo mío —ironizó el arquitecto.

—No os preocupéis, no pensaba en vos —sonrió cortés el conde—. Veréis, creo que he descuidado mis deberes de padre durante demasiado tiempo, negándole la oportunidad de presentarse en sociedad como es debido. Es por ello que me gustaría asistir con ella a la recepción que darán en palacio por la festividad de Todos los Santos.

Ardemans esbozó una sonrisa comprensiva.

—Tratándose de Beatriz, creo que podré ayudaros —accedió—. Transmitiré vuestra petición al servicio ceremonial de palacio. Vos decidle que vaya eligiendo vestido.

—Muchas gracias, amigo mío.

—No hay de qué.

Los dos amigos se despidieron, emplazándose para cenar tan pronto se presentase la oportunidad. Poco después, la oronda figura del arquitecto desaparecía por la portezuela del transporte de la corona que esperaba en el patio de los Ortigosa. Con un chasquido del látigo, los caballos emprendieron raudos la marcha calle abajo. Muy pronto, el ruido de los cascos sobre la tierra se difuminó entre el bullicio del mediodía.

Los últimos rayos de luz se filtraban tenuemente entre los pinos cuando Beltrán llegó por fin a casa. Estaba exhausto. Imágenes confusas se agolpaban en su cabeza, incapaz de discurrir con claridad. Hacía apenas una semana tenía un padre, un rebaño y una madre enferma. Aquel frío anochecer ya no tenía padre, ni ovejas, ni modo de subsistir.

Intentaba decidir qué hacer en adelante, sin éxito. Cada vez que intentaba plantear su futuro inmediato, resonaban en lo más profundo de su mente las palabras del lobero: «tú no necesitas matarme, tú lo que necesitas es salir adelante». Y entonces, su pensamiento volvía a centrarse en el arrogante hombretón, en su tupida barba negra, en su mirada dura y penetrante.

El dolor en el brazo derecho interrumpió sus cavilaciones. Tenía un corte de varias pulgadas de longitud sobre el que se acumulaba una masa informe de sangre coagulada, barro húmedo y alguna

que otra sanguijuela. No recordaba cómo se lo había hecho. Quizá había sido durante el encontronazo con el lobero o, tal vez, fruto de una de las múltiples caídas que había sufrido en el camino de vuelta. Su andar cansino, arrastrando los pies sobre las rocas afiladas de los canchales, le había hecho tropezar y rodar sin control ladera abajo en más de una ocasión.

Casi sin fuerzas, el joven empujó la pesada puerta de madera que daba acceso a su morada. Los goznes de hierro, oxidados, cedieron con un chirrido.

Ante él se erguía una destartada escalinata de madera. A la izquierda, el aprisco vacío donde su padre solía guardar las ovejas para que proporcionasen algo de calor al piso de arriba en las noches de invierno. La cabaña estaba extrañamente silenciosa en ausencia de balidos. Silenciosa y fría.

Todos y cada uno de los escalones crujieron quejumbrosos bajo las botas de Beltrán a medida que este ascendía hacia el piso superior. Protestaban como si al peso de su cuerpo le hubiesen añadido la aflicción de su espíritu. Llegó arriba y se encontró en la única estancia habitable de la casa. En un rincón, la chimenea, que hacía las veces de cocina y hogar; en el otro, separados por una improvisada pared de caña, dos catres de paja: el de sus padres y el suyo. Entre medias quedaba un pequeño espacio donde solo cabía una rudimentaria mesa de madera de pino rodeada por tres sillas. De las paredes de piedra, ennegrecidas por el hollín, colgaban cuencos de latón, cubiertos y otros útiles de cocina.

Por el aspecto de la chimenea, resultaba evidente que el fuego llevaba horas apagado. Beltrán trató de avivar las cenizas de la hoguera. Sopló y azuzó con energía, pero fue en vano. No había rescoldos. Tampoco yesca suficiente.

Reparó entonces en la figura de su madre, que yacía en uno de los dos catres. Se acercó y la besó en la mejilla. Ella giró la cabeza, pero Beltrán no pudo evitar tener la impresión de que sus ojos miraban a través de él. Con dificultad, la mujer alargó una mano de dedos lánguidos. El muchacho la tomó con ternura entre las suyas y la acercó a su cara. Estaba helada.

Beltrán miró con intensidad a su madre, mientras los ojos se le anegaban de lágrimas. Entre los dos sobraban las palabras. Ella no era capaz de articular sonidos coherentes, en parte por su debilidad, y en parte porque la enfermedad la había afectado a las cuerdas vocales. Él ni siquiera estaba seguro de que su madre pudiese oír. Sin embargo, gustaba de pasar largos ratos a la vera de esa mujer, prematuramente envejecida, que un día lo había traído al mundo. Ella había sido siempre más bien tosca y poco dada a los arreglos, de manera que entre ambos nunca había existido una gran complicidad. Sin embargo, Beltrán amaba a su madre con locura. Y sufría con su dolor casi tanto como con su propia soledad.

Sentado sobre el duro suelo, con los ojos perdidos en algún rincón de la estancia, Beltrán reprimió un sollozo. Se sorbió los mocos y se limpió la cara con la manga, todavía húmeda. Entonces, sintió cómo los dedos huesudos de su madre ejercían una ligerísima presión sobre los suyos.

—No pasa nada, madre. Es el frío —dijo con voz quebrada mientras intentaba ahogar un nuevo suspiro—. Voy fuera, a por yesca.

Al cabo de unos minutos, los pasos del muchacho volvieron a oírse por la escalera. Esta vez traía consigo dos trozos grandes de madera y un fardo de ramas secas. Se sentó ante la chimenea y comenzó a manipular leña y lumbre con destreza. Pronto se escuchó el arrítmico crepitar de la hoguera. Con él, una agradable fragancia a madera de pino quemada comenzó a invadir poco a poco la estancia.

«Con esto bastará por esta noche», pensó Beltrán.

Se asomó entonces a la despensa, casi vacía, y tomó un trozo de queso rancio. Mientras lo mordisqueaba con avidez, puso a calentar un poco de agua con pan duro, algo de sal y el tuétano de un hueso de oveja. Aquella no sería la sopa más nutritiva, pero engañaría al estómago durante unas horas. Además, algo caliente les vendría bien a los dos.

Tras la frugal colación, Beltrán se tomó un tiempo para lavar y curar las heridas del cuerpo frente a la pila. Por último, agotado del trasiego del día, se sentó al calor de la chimenea. Durante algunos minutos evitó pensar, limitándose a observar el imprevisible vaivén de las llamas. De vez en cuando avivaba el fuego para evitar que se apagase. La casa tenía que estar caliente, repetía para sí. Estaba convencido de que su madre lo agradecería.

Con el estómago lleno se sentía algo mejor. Poco a poco perdió el miedo a hilvanar razonamientos. La expresión de su rostro, aún triste, pronto se transformó en una de lastimera ensoñación. Sin saber muy bien por qué, el pensamiento de Beltrán se remontó al pasado. Evocó la primera vez que pastoreó el rebaño sin su padre, el cual, con un tobillo fracturado, tuvo que quedarse encerrado en casa durante semanas. Él contaba entonces nueve años. Tuvo la protección de los mastines, sí, y la seguridad de hacerse al monte junto con otros pastores, pero pasó miedo durante muchas de aquellas interminables noches de otoño. Recordaba la cerrada oscuridad del monte y la inquietud que sentía cuando sonidos de origen incierto rompían el silencio sepulcral del pinar. También tenía grabado en su mente el puñal helado de la brisa nocturna colándose entre las costuras de su manta. Y, por encima de todo, recordaba haber mojado los pantalones al distinguir las orejas puntiagudas de un lobo entre las sombras de los árboles.

Su imaginación voló hacia el asesino de las montañas, el enemigo ancestral del pastor. El animal que se había cobrado la vida de su propio padre tan solo unas noches atrás. Beltrán no sabía mucho de lobos, solo que eran alimañas, parásitos a erradicar; monstruos que, lejos de matar solo lo que podían comer, mataban todo lo que podían antes de detenerse a comer.

¿Por qué —se preguntaba con lógica adolescente— si el rey de todas las Españas velaba por sus súbditos, no estaba permitido cazar lobos en los montes de Guadarrama? ¿Por qué los loberos del rey permanecían siempre ociosos fuera de los períodos de monterías reales? ¿Por qué se perseguía, se azotaba, se desterraba, o incluso se condenaba a galeras a todo aquel ciudadano que cazaba un lobo por aquellos lares? ¿Pues no era acaso digno de elogio que una persona hiciese por el bien de sus semejantes? ¿No era el lobo azote incansable de caminantes, pastores y gabarreros?, ¿No mataba por igual ovejas, vacas y mastines? ¿Por qué, entonces, proteger al verdugo impenitente sobre la víctima indefensa?

Estos últimos pensamientos lo devolvieron a la cruda realidad de su nueva vida. Sus ojos se humedecieron de nuevo y la zozobra se apoderó de su ánimo. Se sentía desvalido, solo, sin nadie a quién acudir. ¿Qué iba a ser de él? ¿Qué sería de su madre? ¿De qué vivirían a partir de aquel momento? ¿Qué iban a comer al día siguiente?

Algunas mujeres del pueblo, apiadándose de ellos, les habían traído algo de comida los dos o tres días posteriores a la muerte de su padre, pero desde entonces los donativos habían remitido. No le sorprendía. Hasta un muchacho tan joven como Beltrán sabía que eso no podía durar para siempre. Perduraría tanto como la compasión de sus vecinos, y siempre estaría en función de los términos que dictase el riguroso invierno de la sierra.

«Salir adelante». Odiaba esas dos palabras. Las odiaba desde el mismo momento en que oyó pronunciarlas al lobero. Las odiaba por apremiantes, porque le urgían a superar el dolor, porque le obligaban a levantarse de la poltrona de la autocompasión. Las odiaba, en fin, porque le forzaban a tragarse las lágrimas.

Salir adelante, repitió para sí, esta vez en voz baja. Eran odiosas, sí. Y, sin embargo, ¡qué gran desafío encerraban! Solo. Desamparado. Sin medios. Pero luchando. Beltrán llevaba dieciséis años largos mamando la dura vida de los montes: los madrugones, el frío, las enfermedades y los lobos. Puede que la gente como él, la gente de la comarca, no llevase en el alma la impronta del soldado; puede que no fuesen héroes y que vistiesen de harapos, pero nadie podía poner en duda que pertenecían a una estirpe de supervivientes.

En todo esto pensaba aún el muchacho cuando las luces grises del alba comenzaron a iluminar los postigos agrietados de las ventanas. Permaneció sentado, inmóvil, sin prestar atención al nuevo día. Le dolían todos los músculos del cuerpo y le pesaban los párpados. Estaba harto de llorar. En realidad, no habría podido derramar una lágrima más aunque hubiese querido. Sus lacrimales estaban secos.

Cuando sentía que ya había tocado fondo, en lo más profundo de su alma comenzó a abrirse paso un rayo de esperanza irracional, un palpito audaz que pronto se convirtió en estoica determinación; una certeza desafiante y tranquila, hija del sufrimiento más intenso y de la soledad más hermética. No sabía qué iba a pasar durante el frío día que despuntaba, ni en los muchos que le seguirían; no sabía de qué iba a vivir a partir de aquel momento, ni cómo se las iba a arreglar para poner un plato de comida en la mesa cada día. Tampoco cuánto tiempo de vida le quedaba a su pobre madre, ni cómo se las ingeniaría para aliviar su dolor.

Sin embargo, por algún motivo que no acertaba a identificar, Beltrán Sánchez tenía la absurda certeza de que iba a *salir adelante*.

—¡El pastor contravenía las ordenanzas! —berreó desahogado Vicente Campillo—. ¡Solo un imprudente se hace al monte sin dos buenos mastines!

Un murmullo de desaprobación recorrió la sala. Campillo era un personaje impopular, y su ademán agresivo levantaba todavía menos simpatías. Dejarle hacer a sus anchas no parecía una actitud inteligente, al menos no en esa ocasión. Por primera vez, Lorenzo de Parma presidía la sesión de la Junta de Obras y Bosques de la ciudad de Segovia, y no quería que las cosas se saliesen de madre. Ante el incipiente tumulto, decidió tener un pequeño gesto de complicidad con el pueblo: serían chusma, pero no convenía desairarlos demasiado.

—Callad, Campillo —indicó con un gesto a su subordinado—. Dejad que termine el señor conde.

Sorprendido por la intervención del italiano, Campillo se hundió en su silla bajo la mirada burlona de los representantes de los estamentos sociales.

En la sala había expectación por saber cómo se desenvolvería el advenedizo. De él se sabía poco con certeza, solo que había sido nombrado nuevo intendente para el cazadero. Lo demás se deducía. Estaba claro que disponía de conexiones con las esferas de decisión de palacio, y se rumoreaba que el mismísimo marqués de Scotti lo tenía en estima.

—El pueblo de Segovia agradece vuestra deferencia, señoría —contestó el conde de Ortigosa.

Carraspeó para aclararse la garganta antes de continuar su discurso. La interrupción de Campillo le había hecho perder el hilo, y necesitó unos instantes para recuperarlo. Cuando retomó la palabra, lo hizo en el tono firme y afable que caracterizaba todas sus intervenciones públicas.

—Como decía, mi señor de Parma, tanto Segovia como las aldeas de sus alrededores sufren desde hace tiempo las tropelías de las alimañas que campan por el pinar. Los lobos atacan a nuestros rebaños, cuando no a los propios pastores —al pronunciar estas últimas palabras dirigió

una ostensible mirada a Campillo por encima de sus anteojos de lectura—. Los jabalíes destruyen nuestros sembrados. La situación es ya insostenible para el pueblo. Segovia no puede vivir solo de la madera...

De Parma estudiaba con calma al ponente. Se había informado sobre él antes de acudir a la reunión. El conde de Ortigosa, lo llamaban. Un noble rural que no pudo hacer carrera en Madrid, pero que había demostrado ser lo suficientemente hábil como para manejar a su antojo al populacho segoviano. Conocía los usos y costumbres del lugar y gozaba de prestigio ante la plebe. Era sin duda un personaje interesante. Además, tenía fama de lúcido.

—Por tanto, en representación de la ciudad de Segovia y los pueblos de los alrededores, solicito de su reverendísima majestad la gracia de permitirnos cazar cada año ochenta ciervos, cinco osos, una veintena de lobos y cincuenta jabalíes dentro de los lindes del cazadero real.

Campillo se estremeció en su asiento ante las desorbitadas demandas del conde, pero guardó silencio. No quería sufrir otro rapapolvo público. Además, cuanto más cazasen otros, menos tarea le quedaría a él.

Tiran por elevación, pensó por su parte de Parma. Probablemente creían que un italiano recién llegado no habría tenido tiempo de informarse sobre las poblaciones de animales del cazadero, e intentaban sacar tajada. Muy español, sin duda, pero también muy italiano. En el fondo el populacho no difería tanto de un país a otro. Por fortuna, Lorenzo era un hombre inteligente. Y precavido. El hecho de que no le agradase su labor como intendente no implicaba que hubiera descuidado sus deberes. Se había puesto al día y sabía que la petición era inaceptable para la corona. Sin embargo, era también consciente de lo poco que le convenía un enfrentamiento frontal desde el primer día. No dejaba de repetirse que su misión era proteger los intereses del rey, y que para ello había que preservar a toda costa la caza, apaciguando en lo posible los recelos de la plebe.

—Señor de Ortigosa —respondió con estudiada parsimonia—. Entiendo vuestras razones, pero convendréis conmigo en que la petición que acabáis de formular es inasumible.

Lorenzo había escogido con cuidado las palabras. Deseaba mostrarse lo más comprensivo posible a los ojos de los presentes, pero sin dejar de aparentar firmeza.

—Dejando a un lado el problema del conteo, que podría degenerar de hecho en monterías libres dentro del cazadero —continuó—, creo que os falta información sobre el número de ejemplares de cada especie que pueblan nuestros montes. Temo que Valsaín termine por convertirse en un inútil erial de vida si aceptamos vuestras demandas.

Un nuevo murmullo recorrió la sala. El italiano tenía las ideas más claras de lo previsto

—Además —remató—, es público y notorio que el pueblo paga a alimañeros para que infrinjan las leyes y se cobren ilegalmente piezas de caza mayor.

Ortigosa no esperaba una respuesta de ese tipo. El joven italiano había demostrado ser un hombre competente, y con ello acababa de ganarse su respeto. Sin embargo, el conde era perro viejo y conocía el percal. Eran ya muchos años viendo las mismas caras.

—Señor intendente —respondió en tono tranquilo, tras asegurarse de que el italiano había concluido—, con el debido respeto, quisiera recordaros que la servidumbre del palacio de Valsaín incluye una dotación de loberos reales; dotación cuyo cometido no es otro que controlar la población de alimañas. Y es también de dominio público que estos no hacen sino entregarse a las diversiones, y que, en lo que va de año, no han cazado ni un solo lobo.

Touché. Esto sí era nuevo para Lorenzo. Sus profundos ojos claros dirigieron una mirada asesina a Campillo.

¡Ni un solo lobo a mes de octubre! ¡Maldito inútil! ¿Cómo había podido omitir ese detalle?

Su gesto no pasó inadvertido a ninguno de los presentes, que asintieron en señal de aprobación ante las palabras del conde.

Ortigosa sonrió triunfal para sus adentros. Lo de la caza libre en los montes había sido un brindis al sol, pero a raíz del último comentario parecía posible que el de Parma acabase por reactivar la labor de los loberos reales. Y, de paso, a ver si el inútil de Campillo se llevaba una buena patada en el culo. Con eso bastaría para tener a la gente contenta por el momento, sin buscarse un enfrentamiento frontal con el rey.

Años de experiencia le habían enseñado que saber ceder un poco ante el adversario era no solo un acto políticamente noble, sino también una inversión de futuro, por si luego venían mal dadas. Tal vez por ello, su instinto le dijo que podía sacar todavía más partido de la situación: sabiendo que el italiano estaba acorralado, decidió darle una salida honrosa. Ya tendría tiempo de cobrarse el favor.

—Mi señor —prosiguió—, creo que hablo por boca de todos si os digo que estamos impresionados por la rapidez con la que os habéis hecho con la realidad diaria del cazadero. Los presentes convendrán conmigo en que, en el pasado, pocos representantes de la corona han expuesto las cosas con tanta objetividad como vos.

Llegado a este punto paseó su mirada por las caras de todos los asistentes. En realidad, estos difícilmente podían dar su aprobación cuando él todavía no había hecho ninguna propuesta, pero eso no importaba. Con la teatralidad de ese gesto, el conde solo pretendía transmitir al pamesano la sensación de que por su boca hablaba la aquiescencia general.

Lorenzo lo observaba con atención. Se sentía confuso. Todavía no se había recuperado del golpe de efecto anterior cuando Ortigosa lo acababa de eximir de dar respuesta a una situación incómoda. Y, no contento con ello, ahora le dirigía un halago. Si se trataba de un insulto, era de lo más refinado, pensó. Desde luego no era la clase de mofa que habría esperado de un palurdo español.

—Sin embargo, es evidente que alguno de vuestros subalternos ha vuelto a hacer gala de su habitual y solemne incompetencia —de nuevo Ortigosa fijó la mirada en Campillo, que ya no sabía dónde meterse—; lo cual, por otra parte, no nos extraña lo más mínimo. Sea como fuere, me gustaría haceros una propuesta.

La sala callaba. No estaba muy claro adónde quería llegar Ortigosa, pero tenía un pico de oro. Lo que dijese, bien dicho estaría y bueno sería para todos: su alma de ajedrecista le permitía ir siempre tres o cuatro movimientos por delante del resto.

—Os escucho —fue la escueta respuesta de Lorenzo.

—Señor de Parma, os propongo aplazar la presente reunión hasta la semana próxima.

Lorenzo se quedó boquiabierto. Esto era, en verdad, lo último que esperaba escuchar. En su Parma natal, cuando un adversario político quedaba en evidencia, se le remataba hasta que ya no podía levantarse. Él mismo lo había hecho así en multitud de ocasiones. Sin embargo, Ortigosa optaba por darle aire. Aquel segoviano debía ser un gran genio, se dijo; o quizá el hombre más estúpido del mundo. Le resultaba del todo imposible precisarlo, pero era evidente que no le habían mentado. Se trataba de un personaje al que no convenía ignorar.

La oferta era demasiado buena como para dejarla pasar. Aunque había preparado la junta con ahínco, tuvo que rendirse a la evidencia de que su información solo podía ser tan buena como sus informadores. Unos días más le darían la oportunidad de asentarse mejor en su puesto y de hacer

algunas averiguaciones. Además, era mejor un aplazamiento prudente que un desliz a las primeras de cambio.

—Está bien —convino, sin dejar traslucir su alivio—. A petición del representante de la ciudad de Segovia, se aplaza la presente reunión de la Junta de Obras y Bosques hasta el próximo jueves.

El lobero tomó un fósforo y encendió el candil. Una llama se alzó danzarina en su interior, permitiéndole examinar mejor la multitud de papeles que se acumulaban sobre la mesa de madera de pino. Había notas manuscritas, dibujos, algún fajo de hojas agrietadas anudado por el lateral con un cordel, a modo de cuaderno, mapas y más mapas. Con una seguridad que contradecía el aparente desorden, el lobero extrajo un documento de una pila de papeles. Se trataba de un croquis a escala que él mismo había trazado. Dedicó unos minutos a examinarlo por enésima vez. Se lo sabía ya casi de memoria. Le había costado meses de trabajo y muchas horas de observación, pero por fin estaba terminado. Cada árbol, cada roca, cada distancia estaba minuciosamente representada a escala. También lo estaban todas las sendas cercanas, las torrenteras y la inclinación de las pendientes.

Fuera llovía a cántaros. Las gotas de agua repiqueteaban con fuerza sobre el tejado y las ventanas. Un relámpago iluminó por un instante el firmamento, y al poco siguió el ruido ensordecedor del trueno. Por temor a que el rayo hubiera caído demasiado cerca, el lobero se puso en pie y se asomó al pequeño ventanuco que constituía la única abertura en la pared de su choza. Lo tranquilizó no advertir indicio alguno de fuego, pero decidió esperar para asegurarse.

Observó melancólico los negros nubarrones, la gris cortina de agua que no permitía ver más allá de unos pocos pasos, el barro y los charcos. Le recordaba tanto a aquel fatídico día... ¿Cuántos años habían pasado ya? ¿Ocho?, se preguntó. Sí, se habían cumplido ocho apenas unas pocas semanas atrás. Ocho años sin Estefanía, sin María del Pilar. Ocho años lejos de casa. Y todo se había torcido en un día de tormenta como aquel...

De pronto, escuchó un ruido de nudillos en la puerta. Sobresaltado, dejó de lado sus pensamientos. No esperaba a nadie aquella tarde, y menos en medio del aguacero. A decir verdad, casi nunca esperaba a nadie. Eran muy pocos los habitantes de la zona que conocían la ubicación exacta de su choza, e incluso los que la conocían no solían desplazarse hasta allí para hacerle encargos. Era demasiado peligroso. Preferían abordarlo cuando bajaba a los pueblos.

Su primer impulso fue el de esconder las pieles que había puesto a secar junto al fuego y los documentos extendidos sobre la mesa, pero su instinto le dijo que no había tiempo para eso. Si el intruso venía con intenciones hostiles, debía pasar a la acción cuanto antes.

Con agilidad felina, se apartó de la ventana. Recorrió la distancia que le separaba de la pared opuesta en un abrir y cerrar de ojos. Descolgó de un gancho su imponente pistolón de chispa, sin malgastar ni un solo instante en comprobar si estaba cargado: siempre lo tenía en perfecto estado de revista.

Volvieron a sonar los golpes en la puerta, esta vez más fuertes. El lobero se aproximó con cuidado. A pesar de su corpulencia, un hombre capaz de perseguir animales hasta su madriguera no tenía ninguna dificultad para moverse con sigilo. Quería ver a qué se enfrentaba antes de revelar su posición. Había una mirilla convencional en la puerta, pero nunca la utilizaba porque abrir la plancha redonda de metal que la tapaba equivalía a darse a conocer. Para ocasiones como esta había practicado un pequeño agujero sobre el dintel que le permitía examinar el exterior sin ser visto.

Subido a un taburete, descorrió con cuidado la fina hoja de madera que lo cubría. El agujero presentaba una ligera inclinación, con la parte de dentro de la choza más alta que la de fuera, lo que le proporcionaba un radio de visión de una decena de pasos alrededor de la puerta. Enseguida vio una figura que se cubría la cabeza con una manta de lana de oveja. No era capaz de distinguir su rostro. Lo que sí parecía claro era que no había nadie más.

—¡Lobero! —el grito sonó tan de improviso que le hizo tambalear sobre el taburete—. ¡Lobero! ¡Abridme! ¡Soy yo, Beltrán Sánchez!

¿Beltrán Sánchez? ¿Beltrán...?

¡Por todos los diablos! ¡El mocoso del cuchillo otra vez! Encolerizado, el lobero bajó del taburete, lo apartó de un patadón y abrió la puerta de la choza con violencia.

Ante él, en efecto, se erguía el mocoso del cuchillo.

—¿Qué haces aquí? —bramó.

Asustado ante la repentina aparición, Beltrán dio un paso atrás. Miraba alternativamente al lobero y a su pistolón con los ojos muy abiertos. Tardó unos instantes en reaccionar. Sopesaba si el hombretón iba a pegarle un tiro. Cuando por fin decidió que su actitud no era lo suficientemente agresiva, recordó la frase que había preparado para la ocasión:

—Quiero... —balbuceó—. Quiero aprender vuestro oficio. ¿Me aceptaréis?

El lobero arqueó sus pobladas cejas negras, sorprendido. Algo tenía aquel crío que le rompía los esquemas cada vez que abría la boca. Sin embargo, ni por un momento se planteó acceder a su petición. No estaba para cargar con un niño. Él se bastaba solo para la caza, y no tenía dinero para costear los gastos de un aprendiz. Aceptarle era una completa locura.

—No —respondió cortante—. ¡Fuera!

El estruendo del portazo levantó ecos en centenares de pasos a la redonda. Las jambas detuvieron la puerta a apenas dos dedos de la cara del muchacho.

Por segunda vez en pocos días, Beltrán se quedó con un palmo de narices en presencia del lobero. Esta vez no estaba magullado, pero su posición, rechazado bajo el diluvio, no era mucho mejor que la de la ocasión anterior. Hizo lo que pudo por recomponerse. De nuevo se sentía abrumado: no tenía rebaño que pastorear, ni tampoco servía para palacio. Los pocos artesanos que había en su pueblo tenían ya un aprendiz. Algunos, dos. Mucho más de lo que necesitaban, en cualquier caso. Por ahí no había oportunidades. Además, no sabía leer ni escribir, ni tampoco tenía suficiente edad ni pericia con las armas como para apostarse en los caminos.

Un violento estornudo sacudió su anatomía. El resfriado era inminente, y él no podía permitirse caer enfermo. No con su madre postrada y la despensa vacía. En su interior, la frustración crecía por momentos. Se resistía a aceptar que la vida le cerrase todas las puertas a la vez.

Con la determinación de quien no tiene nada que perder, volvió a golpear la hoja de roble con los nudillos.

No hubo respuesta.

Insistió.

Tampoco.

Harto, comenzó a aporrear la puerta con los puños cerrados.

—¡Lobero! ¡Lobero! —aulló con todas sus fuerzas.

Los goznes chirriaron de nuevo, y la corpulenta figura del lobero apareció en el umbral. Su rostro reflejaba un malhumor superior al de antes, pero Beltrán no se detuvo a considerarlo. Esta vez no iba a amilanarse. No iba a permitir que lo mandasen de vuelta a casa con las manos vacías.

—¿Por qué no? —le espetó con firmeza.

—¿Por qué no... qué? —contestó el lobero. Había hablado muy despacio, en tono quedo, remarcando cada sílaba.

—¿Por qué no puedo ser vuestro aprendiz?

—Porque no.

El lobero intentó zanjar la conversación con un nuevo portazo, pero esta vez algo se lo impidió. Beltrán había introducido su bota entre la puerta y el marco.

¡Insolente rapaz! Llevado por la cólera, el hombretón abrió de golpe, levantó con rapidez el brazo y dejó caer todo el peso de su manaza sobre la cara de aquel niño, que había osado perturbar su paz y que con tanta desvergüenza le hablaba.

Beltrán cayó al suelo, desequilibrado. No había previsto el golpe, y este lo había alcanzado de lleno. Durante algunos instantes permaneció aturdido. Le dolía la cabeza y le zumbaba con fuerza el oído izquierdo. Lágrimas de dolor afloraron a sus ojos, pero no se achantó. Le habían pegado más fuerte antes; su padre, sin ir más lejos, cuando perdió por negligencia dos corderos una tarde apacible de primavera.

Sacando fuerzas de flaqueza, Beltrán consiguió expresarse entre sollozos:

—Puede que todavía sea un crío, y que no sepa manejar un arma, pero conozco bien los montes —se sorbió los mocos—. También puedo andar durante todo el día sin desfallecer, sin una queja... Y puedo pasar días sin probar bocado.

El lobero lo miró de hito en hito. No daba crédito. Sabía que no tenía sentido discutir con aquel criajo cabezota y, sin embargo, había en su gallardía algo que le subyugaba: en vez de salir despavorido, casi le estaba exigiendo que le escuchase. Ni un solo instante había intentado dar pena; ni había hecho valer su condición de huérfano. Tenía la impresión de que podría haberle sacudido hasta romperle la cara y, sin embargo, estaba convencido de que su joven espíritu, que parecía labrado en granito, no era ni de cerca tan vulnerable como las lágrimas de sus ojos daban a entender. Era insolente, sí; y mal encarado, y reivindicativo; pero su ímpetu no nacía del capricho. Nacía de la necesidad.

—Y, además —Beltrán levantó la mirada hasta encontrar los ojos del lobero—, los lobos y yo tenemos cuentas pendientes.

Por primera vez, el lobero casi sintió la tentación de aceptarle.

—Espérame aquí.

Beltrán observó sorprendido cómo el hombre desaparecía en el interior de la choza y cerraba tras de sí la puerta. Se incorporó tambaleante, todavía dolorido por el bofetón. Recogió de un charco su manta de lana gris, ahora teñida de un color parduzco por el barro. Volvió a cubrirse la cabeza mientras se frotaba la mejilla en la que había recibido el impacto y esperó pacientemente.

En el interior de la choza escuchó ruidos, como si el lobero estuviese moviendo cosas de un lado para otro. No tenía ni idea de lo que pasaba. Solo sabía que sus últimas palabras le habían dado un hilo de esperanza, y que a él tenía que aferrarse. La lluvia comenzó a arreciar. Beltrán se arrimó tanto como pudo a la pared de la cabaña para cobijarse bajo los aleros.

La puerta volvió a abrirse. Sin pronunciar una palabra, el lobero lo instó a pasar, y Beltrán accedió, aliviado. Estaba empapado, y agradecía la idea de fuego con el que calentarse.

Al cabo de poco rato, se encontraba sentado frente a frente con el lobero. Sobre la mesa, un cuenco de leche caliente y un trozo de pan.

—Come —le ordenó el hombre.

Beltrán no necesitó que el lobero insistiese. En cuestión de unos pocos segundos engulló el pequeño festín que había preparado su extraño anfitrión. Mientras, este lo observaba con ojos

inexpresivos. Era difícil saber lo que pasaba por su mente.

Satisfecho su apetito, el muchacho se limpió la boca con la manga de la camisa. Entonces, el lobero decidió por fin romper su silencio.

—Escucha, chico —su voz sonó severa, pero menos que antes—. Siento lo de tu padre. Y siento la situación en la que estáis tu madre y tú, pero no puedo hacerme cargo de ti. Tal vez en un futuro las cosas sean diferentes... Aun así, no quiero que albergues falsas esperanzas.

—El futuro está demasiado lejos, y yo tengo la despensa vacía —repuso Beltrán. Su tono era casi tan firme como resignado.

—Beltrán Sánchez, eres el crío más insolente que he conocido en toda mi vida —le recriminó el lobero—. Y quiero que te quede claro que no siento ningún remordimiento por haberte dado un bofetón. Pese a ello, voy a ayudarte.

La expresión todavía crispada del rostro de Beltrán se distendió un poco ante el anuncio, pero estaba tan impaciente por oír lo que el lobero le iba a proponer que no fue capaz de articular ni una palabra de agradecimiento.

—Habla con Bartolomé Robledo. Trabaja en la granja de paredes encaladas de la pradera de Riofrío. Creo que necesita un mozo. Dile que vas de mi parte.

La oferta era buena. Sin embargo, Beltrán sintió una punzada de desazón. Los lobos tendrían que esperar. Tal vez no pudiera cobrarse nunca la cuenta pendiente, pero por el momento no había más que hablar. El lobero había sido tajante.

—Así lo haré —suspiró.

—Y sé más amable cuando vayas a verle, si sabes lo que te conviene —remató el hombretón.

Fuera, la tormenta comenzaba a amainar. Pronto dejaría de llover. Beltrán se despidió del lobero sin ceremonias, dándole las gracias por la recomendación y el almuerzo antes de emprender el camino de vuelta a casa.

Poco después, el lobero retornaba a sus quehaceres. Con cuidado, sacó los papeles del baúl en que los había depositado apresuradamente y volvió a extenderlos sobre la mesa. Durante horas intentó concentrarse en ellos, pero fue en vano: su cabeza no hacía más que dar vueltas en torno a su inesperado visitante.

III

Fiel a su costumbre, el lobero permanecía quieto como una estatua de mármol. Había trepado muy arriba para que su olor no lo delatase, y ya solo esperaba el momento oportuno. La manada había salido a cazar hacía un buen rato, aunque las pisadas en el barro permanecían frescas una docena de varas por debajo de sus pies. En el cubil solo quedaba la hembra con los cachorros. Estimó que, con que hubiera tres o cuatro, tendría dinero de sobra en la bolsa para todo el invierno; si además caía la loba, podría pasar la primavera entera sin volver a jugarse la vida.

Pensó en su padre. Siempre se acordaba de él durante la aproximación final a una presa, como si dar pábulo a aquellos recuerdos formase parte del ritual de caza. Joaquín de Allepuz había sido un hombre tenaz, seco e irascible, que pasaba más tiempo en el monte que con su mujer y su hijo. Los vecinos le veían como a un salvaje, casi más emparentado con el lobo que con el ser humano, y fue tal vez por ello que nunca tuvo amigos. A decir verdad, el lobero tampoco podía afirmar que hubiese llegado a conocerlo íntimamente, a pesar del vínculo paternofilial.

Lo que sí aprendió de él, y muy bien, fue su oficio.

Un amanecer escarchado de abril, cuando apenas era un crío, su padre le obligó a acompañarlo hasta las orillas del Alfambra. En aquellas aguas poco profundas, ambos se desnudaron y se cubrieron el cuerpo con una pátina de barro y plantas aromáticas para tapar el olor humano. De ello hacía casi tres décadas. Aun así, y como cada vez, no pudo reprimir un escalofrío al recordar el agujijón del viento y de las aguas gélidas del río en su piel. Después, mientras remontaban un barranco cercano, su padre le enseñó a distinguir huellas y excrementos; a leer el viento y a encontrar restos de pelo y carroña. No vieron ningún lobo aquel día, ni en las semanas posteriores, pero a menudo escucharon aullidos al alba y durante el crepúsculo. El pequeño Germán pronto aprendió a reproducirlos hasta conseguir que los lobos respondiesen a su llamada. Aquello no estaba nada mal para un mocoso que apenas llevaba unas semanas en el oficio y que aún no había visto un lobo en su vida, pero él no le dio mucha importancia. Tampoco su padre, capaz de distinguir el aullido del macho alfa del de una loba preñada, y de adivinar la antigüedad de una meada con solo husmear la base de un tronco.

Puede que el muchacho hubiera terminado por adquirir la agudeza sensorial de su progenitor a fuerza de compartir batidas, pero la viruela se llevó a Joaquín de Allepuz a la temprana edad de treinta y ocho años. Aquello le privó para siempre de la oportunidad. A cambio, le forzó a ingeniárselas para desarrollar sus propios métodos de caza. Por entonces no contaba más de quince primaveras, pero ya era capaz de rastrear alimañas por sí mismo. Haciendo virtud de su afición por trepar a todo aquello que quedaba por encima de su cabeza, pronto comprendió que, encaramado entre las ramas, o desde un promontorio rocoso, podía pasar desapercibido ante cualquier animal, y que eso le permitía estudiar su comportamiento a base de abandonar despojos a tiro de piedra de su puesto de observación.

Durante meses gozó de un enclave privilegiado a apenas ciento cincuenta varas de un cubil. Aprendió entonces a comprender la jerarquía de la manada. Observó el derecho exclusivo del

macho y la hembra dominantes a reproducirse. Constató también que el cuidado de los cachorros era cosa de todos, y que el reparto de las presas se desarrollaba de acuerdo a un primitivo orden de preferencia, según el cual los miembros más importantes de la manada comían hasta saciarse antes de que los demás pudieran participar del festín. Junto con las interminables jornadas en compañía de su padre, para él fue la experiencia de aprendizaje más importante de su vida.

Con los años, acabó por conocer a muchos alimañeros que se hacían al monte acompañados por mastines. También participó en batidas a caballo, en las que se empujaba a las manadas hasta jaulas o fosos profundos donde los cazadores las ajusticiaban sin peligro. Sin embargo, descubrió que los usos más arriesgados, los que solo los más temerarios se atrevían a emplear, eran también los más rentables. En esto acabó por dar la razón a su difunto padre, que nunca había creído demasiado en batidas multitudinarias. Con eso solo se cazan lobos adultos, solía decir, y además tocaba repartir el botín entre muchos.

Por el contrario, las pieles de cachorro y de hembras reproductoras se cotizaban hasta diez veces más caras, puesto que las autoridades, a la usanza de la época, estimaban necesario atacar la plaga del lobo por la raíz. Rastrear cubiles constituía, por tanto, un negocio más lucrativo. El problema, claro, es que no está en la naturaleza del lobo asumir el rol de presa. Acceder a un cubil lleno de cachorros constituía una empresa harto arriesgada. Desde el principio, Germán había aprendido que, si algo domina el lobo es el arte de la emboscada, y que, para llegar a su escondrijo, debía exponerse primero a ser cazado.

Algún mal encuentro sufrieron, padre e hijo, y en más de una ocasión pensaron que había llegado su hora. Con todo, siempre que conseguían abrirse camino hasta la camada dejaban algún cachorro vivo, hembra dos veces de cada tres. A fin de cuentas, el pan de la familia dependía de que en los montes quedasen lobos por cazar...

Sobre esto último cavilaba cuando, de improviso, la loba salió del cubil.

Extrañado, el hombre la contempló durante algunos instantes. Era ciertamente impresionante: tres palmos largos desde las uñas hasta la cruz, con la cabeza maciza y ojos grandes y oblicuos. Parda de piel y con manchas negruzcas en el lomo y los cuartos delanteros, a la ibérica. Se movía despacio, con elegancia. Dirigía la mirada a un lado y al otro mientras olisqueaba el aire, como si intuyese que sobre ella se cernía una amenaza.

A pesar de los años que llevaba observando escenas como esa, la plasticidad de la imagen lo fascinó. Hubo de recordarse a sí mismo que el hecho de que la loba se hubiera mostrado abiertamente, en lugar de quedarse a resguardo, constituía una oportunidad única para abatirla sin los riesgos de un enfrentamiento cara a cara.

Con sigilo, empuñó el fusil de caza y situó a su presa en el punto de mira. La línea de tiro era clara, pero acertarle a un cráneo de loba a medio centenar de varas distaba mucho de ser sencillo. Sabía que tenía una única oportunidad. Si conseguía hacer blanco, podría acercarse a la madriguera sin peligro y acabar con los cachorros en menos que canta un gallo; si por el contrario fallaba el tiro, ella se escondería en la espesura. Cualquier intento de acercarse a la madriguera con la loba al acecho se convertiría entonces en un suicidio.

Acompasó la respiración para reprimir los nervios del momento. Solo cuando esta se hizo lenta y regular, se atrevió a accionar el percutor sin hacer ruido.

La loba permaneció quieta.

Él acarició con suavidad el gatillo con el dedo índice, mientras fijaba el objetivo. Entonces lo apretó.

En la quietud del pinar se escuchó el estruendo de un disparo.

La loba se desplomó con un gruñido.

Satisfecho, el lobero aulló a la manera de los lobos, tal como había aprendido a hacer de pequeño. Aguzó bien el oído a la espera de respuesta. De la lejanía llegaron los ecos de la manada poco después. Supo entonces que no había peligro: aún tardarían en regresar.

Como alma que lleva el diablo, descendió del árbol y se dispuso a cobrarse su presa.

—¡Padre! Ya estoy en casa.

La voz cantarina de la joven hizo que el conde apartase por un momento los ojos del libro de actas de la Junta de Obras y Bosques. No solía llevarse el trabajo a casa, pero aquel día había hecho una excepción. Corrían tiempos convulsos. Acostumbrado como estaba a la vida política de un entorno rural, la llegada de la corte a Valsaín había supuesto para él un cambio importante. Tras décadas dedicadas a labrarse una buena posición social, Ortigosa sabía que ahora ya no le bastaba con un poco de carisma para manejar desde la sombra al puñado de consejeros y nobles rurales que regían los designios de la ciudad. La proximidad de la corte implicaba un nuevo orden de alianzas, poder e influencias que, a sus casi sesenta años, en ocasiones tenía dificultades para desentrañar.

Entre estas reflexiones se hallaba cuando escuchó el ruido sordo de los pasos de su hija sobre los escalones de madera. Cerró por un momento los ojos, cansado de la lectura, y echó la cabeza hacia atrás, buscando el mullido cabezal del sillón.

Al poco asomó por la puerta la esbelta figura de Beatriz, ataviada con chaquetilla ceñida y gorro de lana. La joven no había reparado aún en la presencia de su padre, quien la contemplaba desde el otro extremo de la estancia con esa mezcla de orgullo y admiración con la que solo un padre puede mirar a su hija.

En silencio, Beatriz se soltó el cordel del gorro bajo el mentón y se ahuecó vigorosamente la melena. Largos mechones de ensortijados cabellos azabache cayeron sobre sus hombros, llegándole casi a la mitad de la espalda. El óvalo de su cara, de piel blanca como la flor de la azucena, contrastaba con el marco de su cabellera. Cuando por fin levantó la vista, las hileras de larguísimas pestañas que poblaban sus párpados dejaron al descubierto dos grandes ojos negros. El conde observó la nariz pequeña y respingona de la joven, y sus labios rosados, siempre entreabiertos.

Era la viva imagen de su madre.

En ocasiones, cuando los avatares de la vida le hacían creerse peor de lo que en realidad era, el conde pensaba que todo cuanto de bueno había en su hija era herencia materna. En realidad, su orgullo de padre cuestionaba que pudiera haber en Beatriz imperfección alguna. Si tan solo se preocupase un poco más de encontrar marido y un poco menos de los necesitados... Con los diecinueve años que tenía debería estar ya comprometida, o felizmente casada, pensaba. Él se lo había reprochado muchas veces. A su edad, la mayoría de las jóvenes de la burguesía segoviana ya lo estaban. Sin embargo, parecía que la joven no tenía prisa por arrodillarse ante el altar. Al menos no con alianzas de boda de por medio, claro; tanto su devoción a Dios y a su santísima madre como su compromiso con la iglesia estaban fuera de toda duda.

—Buenas tardes, hija —Ortigosa rompió el silencio—. ¿Qué tal te ha ido?

Beatriz se sobresaltó al escuchar la voz de su padre.

—¡Padre, me habéis asustado! —protestó.

Pero el enfado le duró poco. Se inclinó sobre él y lo besó en la frente. Después, como tenía por costumbre, prorrumpió en un torrente de noticias sobre las donaciones para los huérfanos del hospicio de san Frutos, la hambruna en las pedanías de la ciudad y Dios sabe qué peregrinos asuntos relacionados con la caridad y los menesterosos. Tampoco importaba mucho. El conde tenía por costumbre dejarla hablar, pero nunca la escuchaba con demasiada atención. Se limitaba a contemplarla embelesado. Dejaba caer algún monosílabo o algún comentario vago aquí y allá para dar a entender que seguía el curso de sus razonamientos. Nada más.

—He pasado la mañana en el orfanato, ayudando a sor Purificación.

—Ajá...

—Es un sitio terrible, padre. Ese caserón es tan húmedo y frío que se te entumecen los huesos. Además, está muy sucio. Hay ratones, ¡y chinches por todas partes!

—Y sin embargo nunca faltas a tu visita semanal —repuso el conde. No desaprobaba el interés de su hija por la beneficencia, pero sí el que frecuentase ambientes insalubres—. No tienes por qué ir si tanto te desagrada.

—Te lo he explicado mil veces —refutó ella—. No me escuchas cuando te hablo.

—Claro que te escucho —mintió el conde con fingida indignación.

—Deberías acompañarme un día, padre. Nosotros somos muy afortunados. Y no me salgas con lo de que la fortuna es fruto del trabajo. La mayoría de esos niños ni siquiera van a tener la oportunidad de labrarse un futuro —su rostro angelical se ensombreció—. Un día están allí, les lavas las heridas, te encariñas con ellos, pero a la semana siguiente ya no están... Y nadie, ni siquiera las hermanas, se acuerda de ellos.

La joven se interrumpió y guardó silencio durante un momento. No quería ponerse emotiva. Además, no veía que sus palabras llegasen al corazón de su padre. Cambió de tema:

—He oído que el señor de Ardemans ha regresado de Madrid.

—Así es, hija mía.

—¿Crees que vendrá a visitarnos?

—Ya lo ha hecho. Esta misma mañana.

En el rostro de la joven se dibujó una expresión entre sorprendida y decepcionada.

—¡Qué lástima no haber tenido la oportunidad de saludarle! —se encogió de hombros—. No sabía que iba a venir...

—La verdad es que apareció sin previo aviso. Al parecer, tenía asuntos importantes que atender en palacio y se vio obligado a rechazar mi invitación de quedarse a comer. De todas formas, me aseguró que nos veremos pronto.

—Me alegro mucho, padre —respondió ella—. Hacía ya tiempo que no sabía nada de él. ¿Ha sido el propio rey quien lo ha mandado llamar?

—Como siempre. Ya sabes que don Teodoro es un hombre importante.

—Sí. Y también un hombre bueno —puntualizó la joven—. Pero creo que está enfermo.

—Su enfermedad se llama sesenta años, hija. La edad no perdona —dulcificó el tono—. Lo que tiene don Teodoro son simples achaques, pero a ti te falta mucho aún para preocuparte por esas cosas... Por cierto, ¿quién te dio la noticia?

—Fuencisla Mendoza, la hija de don Agapito. Me la he encontrado junto a la catedral.

—La joven Fuencisla... ¿contaba algo de nuevo?

—No mucho. Parece que el negocio de los paños va de mal en peor. O eso dicen siempre en su familia, pero yo no sé muy bien qué pensar. Escuchándola dirías que llevan años en la indigencia y, sin embargo, a mí no me parece que pasen penurias.

—Los paños segovianos ya no son lo que fueron, hija.

—Lo sé, padre, pero...

De nuevo se interrumpió, como temiendo acabar en una conversación llena de lugares comunes.

—¿Sí, hija?

—A veces es todo tan... tan... injusto.

—El mundo dista mucho de ser un lugar ideal, Beatriz, pero eso no es culpa tuya.

—Lo sé, lo sé. Y también sé que dedicar unas horas a la semana a los necesitados es una gota de agua en el océano.

¿Unas horas? Cuestionó el conde para sus adentros. ¡Si se pasaba la vida entre monjas y huérfanos! Pese a ello, no exteriorizó sus pensamientos. Sabía de sobra que sacar el tema conducía al mismo callejón sin salida de siempre, y él no tenía ganas de discutir.

—Bueno, no te preocupes más. Por hoy has cumplido con el mundo.

Beatriz suspiró pesadamente. De repente se sentía muy cansada.

—Creo que voy a retirarme un rato a mi alcoba, padre. Estoy agotada.

—Que descanses.

De nuevo la joven se inclinó para besar la frente de su padre. Él la observó mientras se alejaba en silencio por el pasillo en dirección a sus aposentos. En ocasiones, después de diálogos como aquel, Ortigosa pensaba que la voz de Beatriz no era sino la de su propia conciencia. Había hecho muchas cosas en su vida de las que no se sentía orgulloso, pero con los años había desarrollado una suerte de mecanismo de defensa que le permitía relativizarlas, e incluso olvidarlas. «Se puede ser noble y tener la conciencia tranquila», se repetía a menudo, «pero no se puede ser político y tener la conciencia tranquila. No en este país del demonio».

El conde se incorporó en su asiento. Lo pasado, pasado estaba. Además, gracias a todo ello, a sus luces y sus sombras, su hija disfrutaba ahora de una posición social envidiable. Eso lo justificaba todo.

Sus cavilaciones volvieron sobre ella. En realidad, ya casi no pensaba en otra cosa. Cercano a la retirada, el conde de Ortigosa, conocido por muchos como el virrey de Segovia, solo esperaba obtener una última prebenda de la política: un matrimonio ventajoso para Beatriz.

El humo de tabaco barato y la peste a sudor y a cerveza inundaban la atmósfera sofocante de la taberna. A cualquiera que se hubiese internado por primera vez en aquel antro el aire se le habría hecho irrespirable, pero el lobero, acostumbrado como estaba al ambiente, ni siquiera lo percibía. En las contadas ocasiones en que bajaba a los pueblos al cabo del año establecía su base de operaciones en sitios de mala muerte como aquel, donde se alojaba por espacio de una semana o menos. Siempre iba a las posadas más baratas, donde se juntaba lo mejor de cada casa: bandidos y hampones, matones y contrabandistas. Allí no entraba la autoridad, y la ausencia de normas constituía un excelente caldo de cultivo para sus negocios. Solo había que hacer correr la voz entre los correveidiles locales de que allí estaba, aceptando encargos.

En el cazadero real no se permitía abatir más alimañas que las acordadas por la Junta de Obras y Bosques al principio de cada año natural, y la tarea estaba reservada en exclusiva a los hombres de Campillo. Sin embargo, la realidad era bien distinta. Ante la inoperancia de las patrullas, pastores, granjeros y otros habitantes del entorno tenían buenas razones para contratar a todo aquel que estuviese dispuesto a jugarse la vida para librarlos de la amenaza, y no era infrecuente que juntasen pequeñas fortunas de dinero que intercambiar por pieles de lobos, jabalíes y osos.

Años atrás, en Valsáin habían proliferado los alimañeros, pero la llegada de la corte y las prohibiciones los habían ahuyentado poco a poco del pinar. Por lo que el lobero sabía, ya no quedaba por allí nadie más que él, de manera que nunca le faltaba el trabajo. Lo único que la situación requería era adoptar una actitud discreta y moverse con la suficiente pericia como para mantenerse fuera del alcance de Campillo. Nada, pues, que supusiese una proeza para alguien acostumbrado a la vida en los montes.

A aquella hora tardía, bien entrada la madrugada, lo normal habría sido que cualquier interesado en contratar sus servicios lo hubiera encontrado demasiado ebrio para negociar, o quizá en el catre con alguna que hubiera tenido a bien aceptar unas monedas. No esa noche. Con los ojos aparentemente fijos en el fondo de su jarra, el lobero evitaba perder detalle de cuanto sucedía a su alrededor. Le dolían las nalgas por la madera dura del banco, pero tampoco era como para quejarse: peor era una noche en vela entre las ramas de un pino.

Rechazó el enésimo escote antes de dar un largo trago. Aunque estaba tentado de irse a dormir, se convenció a sí mismo de que sería mejor esperar un poco más. Su paciencia se vio recompensada cuando, al filo ya de las tres, se abrió la puerta y entraron dos hombres embozados.

Nadie en la taberna levantó la cabeza, ni hubo gestos de saludo, pero todo el mundo se percató de su aparición. Los parroquianos estaban acostumbrados a ver con los ojos del cogote. El lobero tampoco buscó a los desconocidos con la mirada. No era necesario. Como si lo hubiesen tenido todo previsto de antemano, uno de ellos se ocultó entre las sombras del rincón más alejado de la sala, para montar guardia, mientras que el otro se encaminó directamente hacia él. Tomó asiento en el mismo banco, sin molestarse en pedir permiso.

El lobero mantuvo la mirada gacha, para que fuese el desconocido quien abriese fuego.

—Germán de Allepuz —saludó este al fin. Tenía un timbre de voz profundo y un fuerte acento extranjero—. Os encuentro cambiado.

—Aquí se me conoce como Germán, el lobero, Steiermark; o «el lobero» a secas. Es más discreto.

—Cualquier nombre en este país es más discreto que Germán de Allepuz. Aun así, no alcanzo a comprender por qué, si os quitasteis un nombre de proscrito, ahora habéis decidido adoptar otro.

—Hay método en mi proceder, aunque parezca lo contrario —repuso el lobero—. El oficio de alimañero es el más práctico para conocer estos montes.

—Pero seguís siendo un fugitivo.

—No cabe comparación posible. Germán de Allepuz huía del ejército, mientras que Germán, el lobero, solo necesita dar esquinazo a Campillo y a sus cuatro ineptos.

—¿Anda ese Campillo sobre vuestra pista?

—Campillo no sabe qué viento le da.

—¿Y en palacio? ¿Están al tanto de vuestras andanzas?

—Soy un pez pequeño en un estanque muy grande.

—Parecéis muy seguro.

—Lo estoy.

El lobero observó cómo en el rostro de su interlocutor se dibujaba una sonrisa feroz.

—Alimañero... —masculló Steiermark entre dientes.

—¿Os hace gracia?

—No. Solo me parece extrañamente... adecuado.

—¿Pues?

—Sin duda, hará falta un buen alimañero para dar caza a la mayor de las alimañas.

—Se hará lo que se pueda.

—Entonces, ¿seguís adelante con vuestro plan?

—Es un país libre.

Ambos quedaron en silencio. En realidad, no tenían mucho más que hablar. Tampoco era prudente estirar la conversación sin necesidad. Antes de levantarse, el extranjero sacó una pequeña bolsa de ante de los pliegues de su capa y la depositó sobre el banco, a salvo de miradas indiscretas, a mitad de camino entre sus posaderas y las del lobero.

—Cincuenta reales de vellón, para gastos —anunció.

—Recuerdos al archiduque —respondió con ironía el lobero.

—Esta bolsa no tiene nada que ver con el emperador —Steiermark recalcó con cuidado cada una de las palabras de la frase—. Solo con gente que le quiere bien.

—Tampoco yo tengo nada que ver con él. Mis asuntos son cosa mía.

—Aun así.

No hubo más. Ni siquiera despuntaban los primeros rayos del alba cuando dos caballeros austriacos salieron embozados de la taberna del Gato, encaminando sus pasos hacia las viejas murallas de la ciudad. El ruido de las pisadas sobre los charcos se extinguió poco a poco, sin apenas perturbar el silencio de las calles, y los asuntos que habían tratado aquella noche en los bajos fondos de Segovia pasaron inadvertidos a toda la cristiandad, con la sola excepción del lobero Germán de Allepuz.

IV

La última de las doce campanadas resonó, rotunda, por todo el casco medieval de Segovia. Era mediodía, hora de la misa dominical; y la catedral, el punto de encuentro obligatorio para nobles, burgueses y pueblo llano.

Entre aquellos imponentes muros de piedra se daba cita desde hacía casi doscientos años lo más granado de la sociedad segoviana. Tan pronto el rey Felipe se había establecido en la ciudad, la misa del domingo había adquirido un eco social comparable al de las ceremonias de cualquier gran urbe europea. Así, aquel pequeño rincón de la meseta castellana se convertía cada semana en un muestrario de sedas de la China, encajes venecianos y prendas de algodón de Florida y Luisiana, que no tenía nada que envidiar a las mejores recepciones de la corte imperial vienesa. La mismísima reina Isabel de Farnesio se dejaba caer por allí con alguna frecuencia, menos por devoción cristiana que por el placer de eclipsar con la riqueza de su atavío y la pompa de su séquito al resto de damas de la corte.

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...

Beatriz de Ortigosa, hija única del conde de Ortigosa, se santiguó maquinalmente junto con el resto de la concurrencia. Con idéntica y rutinaria precisión, si bien con disimulo, fue pasando lista a su alrededor. Fuencisla Mendoza aún no había llegado. No era de extrañar. Su amiga era una perezosa que dormía hasta bien entrada la mañana, y que no solía presentarse mucho antes del sermón. Tampoco veía a Adelita de Guzmán. Eso resultaba aún menos raro. Adelita era una descreída como su padre, el marqués de Coca, y ni siquiera hacía por ocultarlo. Tampoco era muy dada a los eventos sociales, así que, como mucho, aparecía por allí una vez al mes. Pocos años atrás, tal actitud habría constituido motivo cierto de escándalo entre la gente decente, y más tratándose de una joven de la nobleza; pero, de un tiempo a aquella parte, los coloridos aires de las cortes francesa e italiana se habían tornado en una suerte de vendaval de primavera que amenazaba con desenraizar por completo las adustas costumbres locales.

A nadie parecía importarle ya si el de al lado era temeroso de Dios o no.

La que sí se encontraba en la catedral desde el comienzo de la misa era Angélica de Pedraza, sentada en el otro extremo de la nave central, junto con sus padres y sus siete hermanos. Pobrecilla. De ángel solo podía arrogarse el nombre. Mira que tenía dinero aquella familia, y ni toda la plata que traían de las Indias desde hacía generaciones, ni la que traerían en décadas por venir, podría jamás hacer realidad el más profundo de sus anhelos: dejar de ser fea. Con sus ojos saltones y su figura desgarrada, aquella niña no enamoraría jamás a ningún hombre. Menos mal que sus padres, a hurtadillas, le habían conseguido concertar un matrimonio de conveniencia con un comerciante abulense deseoso de dar un braguetazo. Si no, no le cabía la menor duda de que su amiga se habría quedado para vestir santos.

Kyrie eleison...

A menudo Beatriz la compadecía. Se preguntaba si ella habría sido capaz de sobrellevar una existencia así. Agradeció a Dios todopoderoso el haberla hecho hermosa. Aquel día se sentía

especialmente bella. Estrenaba un vestido, regalo de su padre, compuesto por una chaqueta entallada de color rosa pálido que la llegaba hasta las caderas, acentuando el talle de la cintura, y una falda a juego que la cubría las piernas hasta el suelo. Por debajo, camisa blanca como la nieve de los Siete Picos, y, de adorno, una corbata de lazo de color carmesí. Llevaba la melena suelta sobre los hombros, arreglada con estudiado descuido, como si aquella mañana no hubiera tenido tiempo de recogerse en un peinado más acorde con la ocasión.

Sabía que su entrada en la catedral había causado un contenido revuelo entre los jovencitos. Siempre lo hacía. Y la encantaba. Por eso se las apañaba para hacer llegar a su padre justo de tiempo a la iglesia, con el obispo a punto de salir de la sacristía y con la mayor parte de los feligreses ocupando ya sus asientos. Disfrutaba sin recato al sentir los ojos de los muchachos fijos sobre su figura mientras caminaba con paso parsimonioso por el atrio central hasta la tercera fila de bancos. Para ella, aquello formaba parte integral de la liturgia del domingo, tanto como cualquiera de las oraciones, y, desde luego, tanto como el negarles a todos y cada uno de aquellos pares de ojos anhelantes ni tan siquiera un esperanzador cruce de miradas.

Oremus...

Beatriz oteó entonces las naves laterales del altar mayor. Desde su posición era capaz de distinguir sin problemas las caras de los dos primeros bancos. Allí se juntaba la plana mayor de la corte, encabezada por el príncipe Luis, el infante Fernando, el marqués de Scotti y tantos otros rostros conocidos. Aquel domingo, sin embargo, ni rastro de la reina ni del rey. Una lástima, sobre todo por la primera. Adoraba a la reina Isabel. Sin ser demasiado agraciada, con el rostro picado de viruelas y una figura menos que atractiva, poseía un singular magnetismo, capaz de atraer todas las miradas. Eso por no mencionar su gusto para acicalarse y lo bien surtido de su vestidor: aquello sí era digno de una reina.

A través de don Teodoro, su padre había conseguido invitaciones para que los Ortigosa asistiesen a la celebración de la festividad de Todos los Santos en el nuevo palacio de La Granja. Al parecer, las obras tocaban a su fin y los soberanos habían decidido dar una recepción abierta a los miembros de la corte y la nobleza rural. Beatriz no veía el momento de pisar las suntuosas salas de la residencia vacacional del rey. Fantaseaba sin parar sobre cómo sería participar en un evento social tan importante, y llevaba semanas intentando decidir qué vestido ponerse. Los días se le hacían eternos mientras esperaba que llegase el gran momento.

Queridos hermanos...

La concurrencia tomó asiento y el obispo Mendoza comenzó su sermón. Tocaba glosar la parábola del joven rico. ¡Qué bien hablaba el señor obispo! Siempre tenía la palabra precisa en los labios, aunque las sutilezas teológicas del discurso y la profundidad de sus planteamientos hacían sus homilias difíciles de seguir. El lado positivo, claro, era que las enseñanzas quedaban en gran medida al arbitrio del feligrés. Beatriz consideraba aquello un síntoma inequívoco de sabiduría. Así debería ser la religión, a su modo de ver: cada uno lo suyo con Dios y el domingo todos a misa.

Por el contrario, el clero regular tendía a incomodarla con su discurso directo, sin tonalidades ni matices. Si por ellos fuera, el evangelio debería aplicarse literalmente, y ella y su padre deberían vender todo cuanto tenían y dar el dinero a los pobres. Ella era la primera que creía en el valor de la caridad cristiana, de eso no cabía duda, pero todo aquello tomado en su sentido más estricto no podía funcionar de ninguna manera: si dejaba de haber ricos ¿quién podría comprar lo que los pobres tenían que vender?; y si los pobres recibían los bienes de los ricos, ¿no se convertirían

ellos en los nuevos ricos? ¿No les sería entonces más difícil entrar al reino de los cielos que a un camello pasar por el ojo de una aguja? ¿No era eso justo lo contrario de lo que predicaba Jesús?

Una cosa era echar una mano en los comedores de menesterosos con la frecuencia que hiciera falta, pues era evidente que existía gente necesitada, y otra muy distinta revertir el orden social. Eso lo tenía muy claro.

En estas se hallaba cuando se percató de la presencia de un caballero desconocido que se sentaba detrás del marqués de Scotti. Se sorprendió al comprobar que el hombre tenía los ojos fijos en ella.

En un primer momento no dio crédito. Después se sintió incómoda. No era lo mismo la mirada de los burguesitos imberbes que se sentaban en el atrio central acompañados de sus familias que la de todo un caballero, hecho y derecho, que sin duda gozaba de una posición entre la flor y nata de la corte. ¿Cómo se atrevía aquel descarado a mirarla así en la iglesia, en presencia del mismo Dios hecho carne?

Apartó la vista, ofuscada, mientras sentía cómo el rubor coloreaba sus mejillas, e hizo lo posible por ignorarlo. Intentó retomar el tren de sus razonamientos acerca de ricos y pobres y de las parábolas evangélicas, pero no fue capaz de hilvanar nada nuevo. El discurso del obispo, que seguía siendo retóricamente impecable, ahora se le antojaba plano y vacío de contenido, y ya no le ofrecía distracción suficiente.

Sin apartar ni por un segundo la vista del prelado, se permitió la licencia de detener su mente en la figura del desconocido. Aquello no podía ser pecaminoso. Al menos, no mientras no existiera pensamiento carnal, se tranquilizó. Cayó entonces en la cuenta de que ni siquiera se había fijado en su apariencia física. ¿De qué color tenía los ojos? ¿Y el cabello? ¿Cómo iba vestido? ¿Era militar o gentilhomme? A pesar de la turbación que él la había hecho experimentar, estaba segura de que, si se lo cruzaba a la salida de misa, sería incapaz de reconocerle.

Osó mirar de reojo para satisfacer su curiosidad. Andaría mediada la treintena, tal vez algo más joven; tirando a alto, ni muy corpulento ni muy delgado, de piel y ojos claros, imposible precisar si azules o verdes desde tan lejos. Casi seguro extranjero, o de ascendencia extranjera. Además gallardo y buen porte. La postura elegante y erguida, propia de una buena educación...

De improviso, él volvió la vista en su dirección. Sus miradas se cruzaron y ella apartó los ojos tan rápido como pudo, roja de vergüenza.

Se reprendió a sí misma y resolvió ignorar la presencia de aquel hombre durante el resto de la ceremonia. ¡Intercambiar miraditas con un desconocido en la iglesia! ¡Habrás visto! Ese no era comportamiento digno de una señorita...

Cre-edo in un-num De-e-um...

La sonora voz del obispo entonó entonces las primeras notas del credo, arrancando estentóreos ecos de las bóvedas de piedra del templo. Beatriz dio un respingo. Por un instante se sintió como si todo el mundo entre aquellas cuatro paredes se hubiese percatado de su turbación. Bajó la mirada y tosió levemente para disimular, sin dejar de preguntarse si el misterioso desconocido se habría dado cuenta.

Contra su voluntad, sus brillantes ojos negros se posaron en los de él.

Lorenzo de Parma esbozó una refinada sonrisa.

Ella se sorprendió a sí misma correspondiéndole.

El lobero se mantenía a la espera entre los chopos. Desde su puesto de observación, unos cientos de pasos aguas arriba de la confluencia del Clamores con el Eresma, divisaba las murallas de Segovia recortándose con nitidez contra el cielo raso de luna llena. Hacía un frío glacial, y la humedad se le había agarrado a los huesos a pesar del grueso abrigo de piel de oso. Aquel era un lugar óptimo por lo inhóspito. Por allí no había pasado un alma en horas.

En cuanto a que Mantecas fuera a aparecer, no las tenía todas consigo. A consecuencia de una serie de reyertas de taberna acaecidas en las últimas semanas, las autoridades habían redoblado las patrullas de orden público y, naturalmente, la fauna de los bajos fondos había optado por un perfil discreto a la espera de tiempos mejores.

No cabía apelar al honor, ni se tenían nunca certezas entre bellacos. Por eso no le había adelantado ni un solo céntimo. Si venía, venía; si no, tocaba buscarse a otro.

Abrió la tapa descascarillada de su viejo reloj de bolsillo. Todavía faltaban algunos minutos. A diferencia de otra gente de su condición, el lobero tenía la costumbre de llegar puntual a las citas, esconderse y aguardar. Acostumbrado a la soledad y al frío, los tiempos de espera no suponían para él un problema; a fin de cuentas, se había pasado media vida al acecho. Aquellos momentos servían para planificar las vías de escape por si la cosa se ponía fea. Era una costumbre que le había salvado de más de un mal encuentro en sus tiempos de salteador de caminos, y que le había granjeado una reputación de estrategia entre sus antiguos compinches.

Pasaron unos minutos más. Un jabalí sediento pasó a apenas veinte pasos de su posición, en dirección al río. No pareció advertir su presencia. Después se impuso otra vez el silencio, roto solo a cada rato por el rumor del viento entre las ramas.

Se escuchó el relincho de una mula. El lobero se puso en guardia, presto a escapar. ¿Sería Mantecas? Si era así, ¿podía de verdad confiar en alguien que acudía a un intercambio clandestino armando un escándalo de mil demonios?

Decidió esperar un poco más, agazapado en las sombras, mientras escuchaba los cascos sobre las piedras del sendero. Las pisadas fueron aproximándose poco a poco, hasta que pudo distinguir la silueta de un animal que un hombre grueso conducía por las riendas.

—¡Maldición, Mantecas! —exclamó en voz baja—. ¡Esa condenada mula va a despertar a todo Segovia!

—Menos lobos —siseó el otro—. Con este frío por aquí no hay ni Dios.

—¿Lo tenéis?

Por toda respuesta, Mantecas hizo un gesto con la mirada en dirección a la mula.

—¿Y vos lo mío? —replicó.

—Primero las comprobaciones.

Mantecas se hizo a un lado para dejar paso. Al lobero no le pasó inadvertido el pistolón que el rufián llevaba prendido del cinto. Tampoco le cupo la menor duda de que estaría cargado, y decidió no darle la espalda por si las moscas.

—Estas carabinas están oxidadas —anunció, al cabo de pocos instantes.

Mantecas se encogió de hombros.

—Se ha hecho lo que se ha podido —respondió.

—¿Y la pólvora?

—Ahí están, los diez cartuchos.

—¿No distinguís la pólvora del serrín? —inquirió con frialdad el lobero, que se había percatado ya de la jugarreta.

Irritado, se encaró con Mantecas. Sus narices quedaron a menos de un palmo de distancia, tan

cerca que podían olerse el aliento el uno al otro.

—El serrín ayuda a la combustión —repuso el rufián, sin inmutarse—. Además, ahí hay más pólvora que serrín. Y las molestias han sido grandes —había pronunciado estas últimas palabras con la mano ostensiblemente apoyada en la culata de su pistolón—. Lo acordado, por favor.

Como quiera que el lobero no hacía ademán de sacar la bolsa, Mantecas desenfundó su arma y le apoyó la boca del cañón sobre el pecho. Germán de Allepuz lo miró de hito en hito.

—¿De veras, Mantecas?

—No os lo toméis a mal, mi señor. Son solo negocios —añadió Mantecas, accionando con el pulgar el percutor.

Acompañó el gesto con una sonrisa burlona, que dejó a la vista los agujeros de la dentadura. La luna llena iluminaba por completo su obeso rostro, acentuando la palidez de su piel y arrancando brillos bailarines de los aretes de oro que pendían de sus orejas.

El lobero apartó la vista y soltó un resoplido de desprecio, como si con ello contribuyese a conjurar el peligro.

Mantecas permaneció quieto, confiado en su posición de ventaja.

De improviso, con la agilidad de un gato, el lobero se apartó de la línea de tiro y se abalanzó sobre su oponente. Se escuchó un disparo. Luego una maldición. Después, un crujido y un gorgoteo. Y por fin, el silencio.

El lobero extrajo su cuchillo de la papada de su adversario de un tirón. Tuvo que hacer un giro brusco para desencajarlo del cráneo, donde había quedado atrancado por la violencia de la puñalada. Con la parsimonia de un hombre hecho a los lances violentos, limpió la hoja sobre el chaquetón de su víctima, mientras observaba cómo la sangre comenzaba a manar de la herida que ahora le comunicaba el mentón con el cerebelo.

—Morir por un puñado de monedas, Mantecas... —susurró con desdén al oído del cadáver—. ¿De verdad ha valido la pena?

Solo entonces, el bajón de adrenalina le hizo prestar atención al dolor lacerante que sentía en su hombro izquierdo. Había sido lo suficientemente rápido como para esquivar la trayectoria mortal de la bala, pero no había podido evitar que esta le seccionase el húmero.

Apartó de sí el pesado cuerpo de Mantecas de un empujón y examinó como pudo el balazo a la luz de la luna. Aquello tenía mal aspecto. Debía limpiar y cauterizar la herida lo antes posible. Por desgracia, no disponía de tiempo para hacerlo allí mismo. Si el disparo había alertado a alguna patrulla de la ciudad, los guardias no tardarían en hacer acto de presencia.

Despojó los bolsillos del cadáver de las pocas cosas de valor que pudo encontrar, le arrancó los aretes dorados de las orejas y emprendió la marcha.

Estaba convencido de que nadie echaría en falta a Mantecas. Las fuerzas del orden estarían encantadas de que alguien se hubiese molestado en hacerles el trabajo sucio. En cuanto al material, las carabinas iban a necesitar trabajo de puesta a punto, pero valdría con que fueran capaces de abrir fuego. El explosivo tampoco era lo esperado. Más serrín que pólvora, y encima húmedo. Renegó de sí mismo por haber confiado en un incapaz, pero se consoló con el pensamiento de que, al menos, la operación había salido gratis.

Además, la mula le vendría bien para acarrearlo todo hasta su cabaña. Tal vez incluso terminase por resultarle útil en su misión...

Sin apartar ni por un instante la vista del espejo, el lobero se dispuso a extraerse la bala. Habían pasado algunas horas desde el incidente de Mantecas, el tiempo justo para llegar a la cabaña, dejar el material a cubierto y dar algo de comer a la mula, antes de ponerse a la tarea que de verdad apremiaba.

Con cuidado, se remangó la camisa. No pudo evitar torcer el gesto al observar la mancha tumefacta que la bala le había dejado a la altura del bíceps. Debía actuar con diligencia. Retiró los trozos de tela sucia para evitar que se infectasen: heridas de bala mal curadas se habían llevado por delante la vida de más de un compañero de armas durante la guerra, y él no estaba por la labor de correr la misma suerte. Con ayuda de un paño húmedo, procedió a apartar los coágulos que taponaban la hemorragia. Un chorro de sangre densa y oscura se abrió paso al retirar la costra, y resbaló lentamente brazo abajo. A pesar del dolor, el lobero asintió para sus adentros: era crucial purgar toda la sangre podrida.

Hurgó en la herida con las pinzas hasta dar con el tacto metálico de la bala. El espejo apenas le ayudaba, por lo que era un esfuerzo casi a ciegas. Rezó para que el proyectil no se hubiera roto en pedazos.

El hombro le dolía a rabiar, entre la hinchazón de los músculos, el hueso roto y el desgarro en la piel. La herida sangraba ahora con profusión, a borbotones acompasados con el latir de su corazón. Ello le restaba aún más visibilidad, pero al menos la sangre había adquirido una tonalidad más clara.

Tras unos minutos de palpar la herida por dentro, el dolor se le hizo insoportable. Se le nublaron los ojos y comenzó a ver destellos de colores. Ante la posibilidad de perder el conocimiento, decidió tomarse un respiro. Se secó el sudor de la frente. Recordó entonces cómo en los hospitales de campaña atiborraban de aguardiente barato a los heridos graves para embotarlos la mente ante el dolor. Siempre se había preguntado si aquello tenía alguna utilidad. A juzgar por los gritos que había escuchado en ocasiones, era más bien de la opinión de que el alcohol solo servía para que el dolor de cabeza de la mañana siguiente ayudase a repartir un poco más el sufrimiento por el cuerpo.

Sabía que necesitaba tener la cabeza clara y el pulso firme para extraerse el maldito trozo de plomo, pero cedió ante la idea de echar un trago para darse valor. Hasta los médicos lo hacían algunas veces.

—Algo tendrá el agua cuando la bendicen —murmuró entre dientes, mientras sentía la quemazón del líquido en el esófago.

Esperó unos momentos. Tan pronto sintió que el dolor remitía, volvió a la carga con las pinzas. Esta vez le pareció apreciar mejor el tacto metálico de la bala. Intentó localizarla con el espejo, pero entre las manos, las pinzas, la sangre y la propia oscuridad de la herida, asirla con firmeza le resultó imposible.

Tendría que ser forzosamente a tirones.

Apoyó el extremo de las pinzas sobre la bala y, poco a poco, las fue abriendo tanto como pudo, sin dejar de empujar las puntas hacia adentro. Las pinzas desgarraron la piel requemada por el plomo. La herida ardía como los fuegos del infierno, pero la bala parecía estar ahora a su alcance.

—Una... dos... —siseó— ¡Y tres!

Tiró con fuerza hacia afuera, y experimentó una punzada tan aguda en el hombro que ni siquiera fue capaz de articular un grito. Entonces sintió que sus músculos flaqueaban. Pensó que iba a perder el conocimiento. Para su sorpresa, sin embargo, aguantó.

En las pinzas que acababa de extraer de la herida no había ni rastro de la bala.

Echó otro trago de aguardiente. No quedaba otra alternativa que repetir la operación hasta que el plomo se desgajase por completo de la piel chamuscada.

Esta vez notó que las pinzas profundizaban un poco más. Tiró de nuevo con todas sus fuerzas, sin éxito.

El dolor amenazaba con hacerle perder la cabeza. Tentado de empezar a romper cosas a su alrededor para aliviar la frustración, intentó convencerse a sí mismo de que, cuanto más violento fuese el siguiente tirón, más probabilidades tendría de extraerla.

«Esta es la buena», se dijo.

Movió las pinzas arriba y abajo, a lo largo del proyectil. Quería eliminar tantos jirones de piel adheridos a él como fuese posible antes de propinar el tirón definitivo.

Para su sorpresa, apenas percibió resistencia. La bala salió sin esfuerzo.

El lobero la sujetó entre los dedos índice y pulgar de su mano derecha, y la examinó con atención. De la esfera perfecta que había sido solo quedaba un hemisferio. La otra mitad había perdido por completo la redondez. Presentaba ahora un aspecto amorfo, a consecuencia del impacto del percutor. Por fortuna, parecía haber salido de una pieza.

Enjuagó la herida con agua y jabón lo mejor que pudo, y la secó después con un paño limpio. La higiene era capital. Solo cuando estuvo seguro de haber retirado cualquier resto de suciedad consiguió reunir el valor suficiente como para echar la mirada hacia la chimenea, donde había puesto a calentar un cuchillo de acero toledano nada más llegar a casa. Se acercó al hogar con paso vacilante y agarró el cuchillo por el mango con ayuda de un guante húmedo. Una mueca de intranquilidad se dibujó en su rostro mientras observaba el fulgor incandescente de la hoja.

Había hecho lo difícil. Ahora quedaba lo verdaderamente doloroso.

Echó un largo trago de aguardiente, casi más por inercia que por convicción. Al apartar la botella de sus labios experimentó un vahído, y supo que había de apresurarse: entre el alcohol y la pérdida de sangre, su cabeza regía cada vez menos.

«Un esfuerzo más y todo habrá terminado», se dijo para darse ánimos.

Haciendo lo posible por dejar la mente en blanco, apoyó la hoja de metal enrojecido sobre la herida. Apretó con fuerza los dientes mientras sentía cómo la piel del hombro chisporroteaba humeante al contacto con el lado plano del cuchillo. Cada una de las palpitaciones aceleradas de su corazón amenazaba con hacerle estallar el hombro, las muelas y hasta la cabeza, pero se obstinó en mantener el pulso firme.

Al poco sintió que las fuerzas le abandonaban.

La hoja cayó al suelo con estrépito.

La piel de su hombro, cauterizada, ya no sangraba. Solo desprendía un humo negruzco. El olor a carne quemada inundó de improviso las fosas nasales del lobero, que a duras penas pudo reprimir una náusea. Casi incapaz de articular ya pensamientos coherentes, quedó de pie, tambaleándose en el centro mismo de la estancia. Sus piernas apenas lo sostenían, exhausto como estaba, y sus brazos colgaban flácidos hacia el suelo, como los de un muerto. Todo su cuerpo transpiraba, febril.

Entonces, con un último esfuerzo, alargó el brazo para agarrar la botella de aguardiente. Se la llevó a los labios, la vació de un solo trago y se desplomó.

El marqués de Scotti, secretario personal de la reina Isabel de Farnesio, examinó con ojo experto la pequeña colección de cuadros expuesta ante sí: se trataba de cinco pinturas

comisionadas a artistas flamencos, cuyas temáticas versaban sobre escenas de la mitología clásica. Suya era la tarea de comprar y seleccionar las mejores obras para la decoración del recién construido palacio, y a esta actividad consagraba todo el tiempo libre que le dejaban sus quehaceres en la corte.

Absorto contemplaba los lienzos cuando el chambelán anunció la llegada de Lorenzo de Parma, flamante intendente de la Junta de Obras y Bosques.

—Adelante, querido Lorenzo —saludó, sin molestarse en volver la mirada hacia la puerta—. Confío en que habréis tenido ya tiempo de aposentaros. El clima aquí es un tanto desahogado en invierno, pero el verano en los pinares es de lo más agradable.

—Buenos días, mi señor —respondió el interpelado, sacudiéndose unos copos de aguanieve de los hombros—. Por lo que me han contado, el clima de aquí se parece en algo al de mi Parma natal. Creo que podré acostumbrarme.

—Bien, bien... —dijo entonces Scotti—. ¿Qué se cuece por la Junta de Obras y Bosques?

—Me temo que no puedo daros grandes novedades —explicó de Parma con un deje de amargura en la voz—. La ciudad presenta demandas de caza desorbitadas y yo me limito a decirles que sus pretensiones son inaceptables para la corona.

—Y así reunión tras reunión...

—Me temo que sí.

—En ese caso, lo estáis haciendo muy bien —respondió para su sorpresa el marqués—. No olvidéis jamás que os debéis a la corona, no al pueblo de Segovia.

—Lo tengo presente, mi señor.

—Excelente —aprobó en tono distraído Scotti, mientras fijaba su atención en uno de los cuadros. Representaba en formato vertical a la diosa Diana en el centro de un paisaje boscoso—. ¿Qué opinión os merece este claroscuro, mi querido Lorenzo?

Sorprendido por el cambio de tercio, Lorenzo posó la mirada en la pintura. No se tenía por un gran entendido en materia de arte, pero el día a día de un aristócrata permitía aprender lo suficiente como para dar el pego.

—Efectivo, sin duda —respondió—. Resalta vivamente la silueta de la diosa, mientras que, de alguna manera, consigue apartar la mirada del observador el trazo más perezoso del fondo.

Scotti guardó silencio durante unos instantes, como interiorizando las observaciones del parmesano. Finalmente asintió.

—Así es. Y, sin embargo, el trasfondo tiene más peso en el conjunto del cuadro que la propia diosa.

—¿Qué queréis decir?

—Tratad de imaginar por un segundo este mismo cuadro sin la figura de Diana —sugirió—. ¿Creéis que funcionaría como pieza artística?

Lorenzo reflexionó durante algunos instantes. La cuestión no le interesaba lo más mínimo, pero no quería desairar a su benefactor.

—Imagino que sí, mi señor —respondió—. El centro quedaría vacante, como una hornacina sin santo, pero el paisaje del fondo lo rellenaría hasta cierto punto. Sería como si el pintor hubiese deseado representar un paisaje sin acertar por completo con la composición.

—Estoy de acuerdo con vos —convino Scotti—. Imaginad ahora a la diosa sin el fondo. ¿Funcionaría entonces?

Lorenzo trató de imaginar el cuerpo desnudo de la cazadora sobre un lienzo vacío.

—No a mi entender. El claroscuro se perdería, y con él la figura de Diana dejaría de resaltar.

Además, con el fondo vacío daría la impresión de ser un lienzo inacabado.

—Exacto —aprobó el marqués—. Y decidme, Lorenzo, ¿qué enseñanza podemos extraer de todo esto?

Lorenzo no supo qué responder. No tenía ni la más remota idea de lo que pasaba por la cabeza de Scotti.

—Decídmelo vos, mi señor —dijo al fin.

Scotti chasqueó la lengua, como un profesor que expresa su decepción con la respuesta de un alumno supuestamente aventajado. Entonces prosiguió:

—Al igual que no puede juzgarse un libro por la cubierta, lo importante de verdad no es la fachada que proyectamos al exterior, sino lo que hay detrás —explicó en tono paciente—. Algo parecido ocurre aquí, en palacio.

Lorenzo comenzaba a cansarse de tanto enigma. Se limitó a guardar silencio para dejar que el marqués concluyese su circunloquio.

—Mi querido Lorenzo, ¿pensáis que os he hecho venir ni más ni menos que desde Parma solo para ponerlos a pelear con un puñado de gañanes por el número de gamos que pueden cazarse en estos montes?

—Vos disponéis y yo obedezco.

—Sí, sí, claro... pero ¿qué es lo que de verdad pensáis?

Lorenzo calló, dubitativo. Cuando osó manifestar su opinión, intentó hacerlo con tanta candidez como el marqués parecía demandar de él.

—Si se me pide franqueza, mi señor, pienso que, con gran generosidad, me habéis otorgado un puesto que puede desempeñar cualquiera.

Por un momento temió haber ido demasiado lejos, pero la expresión aquiescente en el rostro de Scotti lo tranquilizó.

—Exacto. Se trata, como decís, de un puesto sin mayor complicación: ir a reuniones y dar largas. El resto del tiempo estáis libre para otros menesteres.

—¿Entonces? —inquirió Lorenzo, atónito.

—La intendencia de la Junta de Obras y Bosques no es más que vuestra fachada, Lorenzo; el pretexto que justifica vuestra presencia en las dependencias de palacio y acalla rumores. Pero lo que se requiere de vos en la práctica, vuestro «trasfondo», por así decir, es mucho más importante que todo eso.

Aquello sonaba bastante mejor. Recordó cuánto le había decepcionado la propuesta de dedicarse a la Junta de Obras y Bosques al escucharla por primera vez, apenas unas semanas antes. Se preguntó por qué el marqués no le habría contado todo aquello desde un principio, y dedujo que, tal vez, lo de ponerle a cargo de Campillo y sus secuaces habría sido una suerte de prueba de lealtad. En cualquier caso, eso ya no importaba: lo sustancial venía ahora.

—¿Qué es, pues, lo que se requiere de mí? No veo el momento de ponerme a la tarea...

—Mi querido Lorenzo, sin duda sabréis que la situación en la corte dista mucho de ser apacible, y que eso puede tener repercusiones muy importantes sobre el futuro de Europa.

—Me temo que de la corte solo sé lo que sabe todo el mundo —replicó Lorenzo—. En cuanto al futuro de Europa, mi señor, coincidiréis conmigo en que se trata de un tema bastante complejo.

—En realidad, es más simple de lo que parece —refutó Scotti en tono amable—. Y aquí mismo, entre estas cuatro paredes, se dirime una parte vital de la partida —el marqués carraspeó ruidosamente antes de proseguir—. A pesar de haber perdido su condición de potencia hegemónica, España sigue siendo un país poderoso. Gracias al oro y la plata de América, aún

presume de riqueza. No obstante, es al mismo tiempo un territorio mucho más inestable de lo que aparenta.

Lorenzo escuchaba con atención. Le pareció que Scotti tenía la intención de remontarse poco menos que al principio de los tiempos. Sus temores se vieron confirmados cuando el marqués retomó su discurso:

—Hace más de dos décadas murió sin descendencia el último rey de la rama española de los Habsburgo... o de *los Austrias*, como se les conoce por aquí. Se desató entonces una guerra de sucesión, de la que seguro oíste hablar en tu infancia.

Scotti se detuvo por un momento, como para asegurarse de que Lorenzo seguía el curso de su exposición. Este asintió, animándolo a continuar: todo el mundo en Europa conocía la historia del difunto Carlos II de España, el Hechizado.

—Cada vez que un rey muere sin descendencia, los equilibrios de poder se redistribuyen por todo el continente —continuó Scotti—. La potencia que es capaz de atraer al país sin rey a su esfera de influencia se garantiza de la noche a la mañana una enorme autoridad. Y esto es especialmente cierto cuando el país huérfano de soberano domina la mitad del mundo conocido. A la muerte del desventurado Carlos II, dos enemigos históricos disponían de esa oportunidad: Francia y Austria. Ni Austria podía permitirse que España se uniese al formidable potencial militar francés, ni Francia verse rodeada de una alianza de austriacos por el este, ingleses por el norte y españoles por el sur.

—De ahí que Austria y Francia hiciesen todo lo posible por situar a un afín en el trono de Madrid —hizo por concluir Lorenzo, con ánimo de agilizar el relato.

—En efecto. Austria, apoyada por Inglaterra, intentó hacer valer los derechos dinásticos del archiduque Carlos de Habsburgo a la corona española. Por su parte, la facción francesa fundamentaba sus pretensiones en el hecho de que, antes de morir, el difunto soberano había nombrado legítimo heredero a su nieto, Felipe de Anjou. Hoy, nuestro amado Felipe V.

Todo aquello era bien conocido para Lorenzo, que hacía esfuerzos por mantener la atención. Se repetía a sí mismo que, si Scotti se tomaba el interés de explicarse con tanta calma, cualquier pequeño detalle podía ser de importancia.

—La posterior guerra duró nada menos que una década y media, y sirvió para poner de manifiesto que la España de los últimos doscientos años era más una colección de reinos que un país cohesionado: Castilla, cansada de correr con todos los esfuerzos para sostener las campañas militares de la monarquía Habsburgo, apoyó al Borbón, Felipe, mientras que la mayor parte de la antigua Corona de Aragón, celosa de sus instituciones y privilegios, veía con horror la posibilidad de que un rey centralista al estilo francés pudiese llegar al trono —el gesto del marqués se tornó más grave—. Con su victoria, Felipe no hizo más que confirmar los temores de sus adversarios, aboliendo toda prebenda por la fuerza cuando las heridas de la guerra no habían sanado aún.

—Entiendo. Y perdonadme si os digo que estaba al corriente de casi todo cuanto me habéis contado, mi señor marqués —repuso Lorenzo—, pero la guerra terminó hace ya casi diez años. No hace mucho que atravesé los territorios aragoneses. Pasé por plazas como Barcelona, Zaragoza y Calatayud, y no me pareció que allí se fraguasen revueltas.

—Tengo mis dudas al respecto, querido Lorenzo —discrepó Scotti—. España no es Francia. En cualquier caso, el problema principal no radica en los vencidos, sino en el bando vencedor —súbitamente cambió de tema—: sin duda habréis escuchado que el rey Felipe es presa recurrente de arrebatos de locura...

Lorenzo asintió. Aquello no era ningún secreto. Sin ir más lejos, días atrás había escuchado que

el rey, movido por una repentina aversión al agua, llevaba días sin asearse. Se rumoreaba, además, que sufría de trastornos estomacales, y que, de todos los platos que a diario se preparaban en las cocinas de palacio, solo se dignaba ingerir un caldo de gallina hervida, que hacía mezclar con una grasienta pasta de yema de huevo, vino, clavo y azúcar.

—Como quiera que nuestro soberano no es enteramente consciente de sus actos, o al menos no siempre, el futuro de una de las naciones más poderosas de la cristiandad pende de un hilo.

—¿Queréis decir que existen conspiraciones para apartarlo del trono?

—Yo no llegaría a tanto —sonrió enigmático Scotti—, pero sí hablaría de facciones.

Ante la expresión de sorpresa que se dibujó en el rostro de Lorenzo, el marqués añadió:

—Aquí, en la corte.

—¿Facciones, mi señor?

—Sí, Lorenzo. Existe una facción, encabezada por la reina Isabel, que pretende mantener a Felipe en el trono en aras de la estabilidad del país. Después de todo, la reina es una mujer capaz, y lleva ya años gobernando el imperio en la sombra. El bando contrario, que no hace sino honor a lo que el propio rey desea, cree que el único camino posible es la abdicación.

—¿Y quién le impide al rey abdicar, si esa es su voluntad?

—La reina.

Se hizo el silencio. Lorenzo llegó a la conclusión de que, si la reina consorte Isabel de Farnesio era capaz de decirle al rey lo que tenía que hacer, debía de ser una mujer extraordinaria. No pudo evitar preguntarse qué medios emplearía para conseguir tal propósito.

—Cabe una tercera opción, por supuesto, que de seguro nos precipitaría al desastre —prosiguió Scotti—. ¿Qué pensáis que ocurriría, mi querido Lorenzo, si Felipe muere?

—Dios no lo quiera.

—Dejemos a Dios fuera de esto —los ojos oscuros de Scotti brillaban inquisitivos.

Lorenzo ponderó qué respuesta dar a aquella interpelación. Una vez más sentía que caminaba sobre arenas movedizas. Tras una breve pausa, que se le hizo eterna, agradeció que Scotti retomase el hilo antes de darle la oportunidad de cometer un desliz:

—No os extrañéis de que os haga esta pregunta, Lorenzo; no os estoy poniendo a prueba —repuso el marqués en un tono más suave, casi paternal—. Es verdad que el rey goza de relativa buena salud y que no hay noticia de que existan, o hayan existido, conspiraciones para acabar con su vida. Sin embargo, a nadie en las altas esferas de la corte se le escapa que, en el curso de sus arrebatos, Felipe ha llegado a lesionarse a sí mismo. ¿Qué ocurriría, pues, si él mismo decidiese poner fin a su vida?

—Sería entonces su primogénito, Luis, quien ascendería al trono por derecho —reflexionó Lorenzo.

—Puede... —concedió Scotti—. O puede que no.

—¿Quién, si no?

—Sobre el papel debería ocurrir como apuntáis, pero el príncipe Luis apenas cuenta dieciséis primaveras, y la dinastía borbónica carece de arraigo en España. Después de tan solo una década, y en un clima de posguerra... yo diría que ni tan siquiera gozan de simpatías por toda Castilla —de nuevo Scotti hizo un breve alto en la exposición antes de continuar—: y el trono de España es goloso, querido Lorenzo, muy goloso. Si el rey cayera, ¿cuánto tardarían los austríacos en hacer valer otra vez las pretensiones del archiduque?

—Ya veo... —contestó el parmesano, pensativo. Con la facilidad con la que últimamente se desencadenaban las guerras en Europa, una segunda contienda de sucesión española se le antojaba

más que posible.

—Por otra parte, es evidente que Luis tiene una poderosa antagonista en palacio. Su ascenso al trono podría desencadenar una crisis difícil de negociar.

—¿Os referís a la reina?

—Así es. Como sabéis, Luis no es hijo suyo, sino de la primera mujer de don Felipe: María Luisa de Saboya. Lo mismo ocurre con el hermano menor del príncipe, el infante don Fernando.

—Supongo que se trata de otro motivo de peso para que la reina no favorezca la abdicación...

—La reina solo favorece a la estabilidad de este país —zanjó Scotti, subrayando su afirmación con una mirada cortante—. Y, en segundo lugar, tal vez, los posibles derechos sucesorios de su hijo Carlos.

Ni abdicación, ni sucesión, pues. Lorenzo estaba cada vez más seguro de qué lado debían posicionarse sus lealtades.

—La causa de la reina Isabel es justa —concluyó en voz alta—. Lo que España necesita es estabilidad. Don Felipe debe permanecer en el trono a toda costa.

—Veo que habéis comprendido, mi querido Lorenzo —convino el marqués—. Y ahora, vuestro cometido.

—Por supuesto, mi señor.

—En los tiempos que corren, soplan con fuerza los rumores de abdicación. La salud mental del rey se ha deteriorado desde la muerte de su confesor, el pasado mes de agosto. Aún tiene momentos prolongados de lucidez, es cierto, pero los inviernos son poco proclives a mejorar su estado de ánimo. Sus melancolías se están volviendo cada vez más frecuentes y duraderas.

—Felizmente, está la reina para guiarnos con mano firme.

—Felizmente, sin duda —ratificó el marqués—. La cuestión es que, hoy más que nunca, es necesario cuidar de nuestro soberano. Hay que evitar que se acerque a él cualquiera que albergue intenciones espurias.

—Entiendo.

—La reina come y duerme en su compañía. También se confiesan juntos; cada uno a un lado, como es lógico. Sin embargo, Isabel no puede estar pendiente del estado de salud del rey las veinticuatro horas del día. Alguien tiene que hacerse cargo de las responsabilidades de gobierno...

Por un instante, a Scotti le pareció que Lorenzo iba a decir algo, pero este finalmente mantuvo la boca cerrada. Tras cerciorarse de que su compatriota no tenía nada que objetar, el marqués continuó:

—Vuestra misión, querido Lorenzo, consistirá en llenar los vacíos que deje la reina. Dispondréis de un cuerpo de guardia de confianza compuesto por seis hombres, cuya organización queda a vuestro albedrío.

—De acuerdo, mi señor.

—Además —prosiguió Scotti—, se os ha acondicionado una pequeña oficina en el interior de los aposentos reales.

Este último detalle le sonó extraño al parmesano.

—¿Queréis decir *dentro* de los aposentos reales, mi señor?

—Así es, Lorenzo. Deberéis ocuparla tan a menudo como vuestras otras obligaciones en la Junta os lo permitan. Si tenéis necesidad de ausentaros, habréis de disponer que alguien os sustituya y notificármelo de inmediato. En breve os haré llegar los nombres de las dos o tres personas de confianza que pueden remplazaros en caso de necesidad.

—No me malinterpretéis, mi señor, pero me temo que se me escapa cómo puedo seros útil desde las habitaciones privadas del rey.

—Mi querido Lorenzo —explicó Scotti en un tono que lo hacía parecer todo más evidente de lo que en realidad era—, existen partidarios de la abdicación de un rango más que suficiente como para exigir despachar con el rey en su alcoba.

Aquello iba cobrando sentido. Era crucial informarse bien para no correr ningún riesgo.

—¿Debería estar al corriente de sus identidades?

—El secretario Grimaldo, sin ir más lejos —respondió el marqués—. El resto son menos conspicuos. La reina sospecha que el confesor actual del rey, el padre Bermúdez, también está en liga con los abdicacionistas, pero no existe constancia fehaciente.

Sin perder detalle del razonamiento, Lorenzo tomó nota mental de ambos nombres. Scotti continuó:

—Vuestro cometido es acompañar a ese tipo de visitantes, llamémoslos «incómodos», durante la totalidad del tiempo que pasen con el monarca. Deberéis informarme de todo cuanto se trate en esos encuentros —hizo entonces una pausa para remarcar lo que venía a continuación—. Y recordad: no hay detalle pequeño. Todo, absolutamente todo, desde una palabra deslizada aparentemente a destiempo a cualquier gesto casual, puede ocultar un mensaje subversivo.

El cerebro del pamesano procesaba la información a toda velocidad. Carcelero del rey, pues. Ese era el cometido tan urgente por el que le habían hecho cruzar el Mediterráneo.

Cuando creyó haber interiorizado todo lo esencial, hizo un gesto de asentimiento.

—Una cosa más, Lorenzo —dijo entonces el marqués.

—¿Sí, mi señor?

—Nada de documentos escritos.

—Me temo que no os sigo.

—Es una política reciente: cualquier documento escrito que se pase para firma del rey ha de recibir antes el visto bueno de la reina; o, en su defecto, el mío. No podemos arriesgarnos a que don Felipe firme su abdicación en un momento de locura.

—Entiendo. Una última pregunta: ¿y si es el rey quien lo pide?

—Quien pide ¿qué?, ¿papel?

—O pluma... o cualquier otra cosa.

—Cualquier petición expresa del monarca ha de canalizarse a través de mí —precisó Scotti—. No hay otro camino posible. ¿Debo interpretar que está todo claro?

—Sí, mi señor.

—Larga vida al rey Felipe, pues —exclamó Scotti, satisfecho.

—¡Larga vida al rey! —coreó el de Parma con entusiasmo.

V

Tras la muerte de su madre, ocurrida un par de años después de la de su progenitor, al lobero no le quedó otra alternativa que echarse al monte. De cotidiano frugal, lo poco que ganaba en meses lo derrochaba en pocas horas en tabernas de mala muerte. Entre juerga y juerga conoció a Pilar, y su vida cambió de la noche a la mañana. Sin referentes familiares —Pilar era huérfana como él, y se ganaba la vida como moza de barra—, sin fe religiosa, ni miedo al qué dirán, comenzaron a convivir de inmediato en concubinato concupiscente, lo que dio lugar a no poco escándalo entre sus vecinos. A los dos jóvenes se les dio una higa. Junto a Pilar, aquel hombre rudo e inculto descubrió la felicidad. Su mundo, otrora consistente en una sucesión de días y noches a la intemperie, sin otra compañía que la de animales salvajes, comenzó a girar en torno a alguien a quien amaba y que a su vez lo correspondía. Jamás acertó a comprender por qué. Para él el amor era un sentimiento tan extraño como fascinante, que colmaba de largo sus modestas aspiraciones vitales. Tanto fue así, que cambió la vida de alimañero por la cría de gallinas y puercos con el solo objeto de pasar más tiempo en casa.

Exactamente nueve meses después de conocer a Pilar, se escuchó por primera vez en el hogar el llanto de una recién nacida, y Germán de Allepuz supo que se había hecho adulto. Un adulto dichoso.

Por desgracia, vino la guerra.

La maldita guerra. Con sus franceses, sus austriacos, sus ingleses y la madre que los parió a todos. Durante quince largos años, nadie en la malhadada península ibérica se libró de filas, ni siquiera en su remota aldea de Aragón. Un día de otoño, cuando menos lo esperaba, se vio reclutado a la fuerza por las tropas del archiduque Carlos para participar en un conflicto que ni le iba ni le venía. Entonces su suerte comenzó a cambiar.

Tras un breve paso por la infantería ligera, donde de seguro habría concluido sus días como carne de cañón, los mandos aliados se percataron de sus habilidades de explorador, lo que le supuso una promoción a la unidad de rastreadores. El ejército austriaco necesitaba soldados que conociesen el terreno y los usos locales, que hablasen el idioma y que fuesen capaces de pulsar directamente las lealtades de la población. La gente diestra y prudente como el joven Germán resultaba útil en ambos sentidos, y así, en su nueva asignación, tuvo la oportunidad de codearse con las tropas de élite del archiduque, amén de aprender a manejar el armamento más sofisticado del momento.

Con el tiempo, llegó a prestar distinguidos servicios en las victorias de Almenar y Zaragoza, antes de sufrir los desastres de Brihuega y Villaviciosa, y la capitulación definitiva a manos del Borbón. Pero lo más doloroso de la guerra no fue la derrota final, que a fin de cuentas se olía a la legua. Lo peor fue el regreso al hogar. De Pilar y de la hija a la que apenas había llegado a conocer, Estefanía, no halló ni los cadáveres. Solo el devastador testimonio de un lugareño que ni siquiera tuvo el valor de escuchar hasta el final.

Hundido, decidió cambiar de aires. Nada lo ataba ya a un lugar que le traía demasiados recuerdos tristes. Viajó sin rumbo hacia el sur, maldiciendo su suerte a cada paso y sobreviviendo a base de ofrecer sus servicios allá por donde pasaba: contrabandista, matón, bandolero... sus habilidades eran mejor apreciadas fuera de la ley que dentro, y a él las leyes le importaban un comino. Su carácter, de natural reservado, se tornó abiertamente arisco, y lo que antes tenía de tranquilo se transformó en pendenciero. De esa manera, fue labrándose una reputación de proscrito que le impidió quedarse demasiado tiempo en ningún sitio.

Hasta que un día llegó a Valsaín.

Nunca antes había visto nada igual. Aquellos pinares eran muchísimo más frondosos que los que había conocido en su Aragón natal, y constituían un entorno idílico para alguien que se había pasado la mitad de su vida consciente a la busca de un árbol al que encaramarse. Además, allí abundaban los lobos y otras alimañas, por lo que tenía con qué ganarse el pan. Estaba la cuestión del cazadero real, claro, pero no sería un rey quien le prohibiese a él hacer lo que mejor sabía. En los montes de Segovia había sustento para todos.

Los primeros meses no cazó ni una sola pieza. Se limitó a establecerse lejos de los pueblos, así como a recabar información sobre las patrullas de Campillo y las manadas de la zona. Para su regocijo descubrió que las primeras eran inoperantes y que las segundas campaban por sus respetos, de manera que pudo centrar su atención en dar caza a estas últimas.

Con frecuencia establecía su campamento nocturno en un árbol, donde dormía asegurado por un arnés de cuero y con la única protección de un abrigo de pieles. De compleción fuerte, pero acostumbrado a trepar desde crío, había desarrollado una suerte de sexto sentido que le permitía valorar la robustez de las ramas casi a simple vista, hasta el punto de que era capaz de desplazarse entre el follaje con la agilidad de un gato. Cuando bajaba al suelo se mantenía siempre cerca de los pinos, cuyas ramas más bajas le ofrecían la posibilidad de escapar que nunca tendría a la carrera.

Sus campañas de rastreo consistían en pasar días enteros a la intemperie. Se alimentaba de las pequeñas piezas que cazaba mientras buscaba indicios de depredadores. Siempre llevaba a cuestas reservas de comida por si en el día a día venían mal dadas, además de un rifle de caza, un pistolón de chispa y munición suficiente para abatir a un regimiento.

Recordaba bien las primeras piezas que cazó en los pinares de Valsaín. Un anochecer, mientras montaba guardia, vio cómo cuatro lobos se acercaban a los restos sangrantes de un corzo que él mismo había abandonado, muerto, en un claro cercano. Le invadió la misma excitación de antaño al encontrarse tan cerca del depredador; esa mezcla de tensión, peligro y ansia por enfrentarse al desenlace que tan consustancial se había hecho a su propia naturaleza desde los primeros años de su vida.

No sin cierta sorpresa, fue en el curso de aquella montería cuando se percató de que la guerra había dejado poso en sus hábitos de caza. El adiestramiento militar no solo había perfeccionado sus dotes de rastreo, de por sí excelentes, sino que le había enseñado a planificar cada paso desde la estrategia, más que desde la paciencia. El avistamiento previo de la manada se había convertido para él en una necesidad, y había comenzado a dar importancia al tamaño y orden jerárquico del adversario, de la misma manera que los mandos del ejército del archiduque nunca presentaban batalla ante un enemigo cuyo número y capacidad de despliegue desconocían.

Durante largo rato observó con atención el pandemónium de gruñidos, peleas y mordiscos. Todavía tardó algunas horas en descender del árbol una vez se marcharon los lobos. Antes, y para asegurarse de que se hallaban a suficiente distancia, imitó su llamada en repetidas ocasiones.

Tardó unos días más en localizar el cubil, una pequeña cueva oculta en un roquedo, entre las cumbres de la Mujer Muerta. La vegetación allí escaseaba, por lo que no había otro remedio que echar pie a tierra. Con la piel bien untada de barro y aromáticas, esperó a que la manada saliese de caza, poco después del crepúsculo. Solo entonces osó aproximarse.

En pleno mes de enero, allí no esperaba encontrar cachorros, pero una hembra adulta era un buen premio de consolación. La entrada de la cueva constituía, por lo inesperado para la presa, un lugar óptimo para poner un cepto. Y eso fue lo que hizo. Repartió además algunos restos putrefactos de conejo en el entorno inmediato, en parte para disimular aún más su propio olor y en parte para asegurarse un blanco fácil. Sabía por experiencia que un lobo que devora una presa muerta tiene pocos motivos para hacer movimientos bruscos.

Cuando por fin terminó de preparar la trampa, se apostó, según costumbre, en posición de ventaja. Encaramado en un enorme peñasco de piedra, y con las espaldas bien cubiertas por la pared, se recostó tan cómodamente como pudo a esperar el regreso de la manada.

La mañana se le dio mucho mejor de lo previsto. La hembra no tardó mucho en internarse en el cubil y, de inmediato, se escuchó su gemido de dolor al verse atrapada en el cepto. Desconcertados entre el inesperado festín de restos de conejo y los aullidos de su compañera, los demás lobos se convirtieron en presa fácil para un tirador experto como él. Dos cayeron abatidos por sendos disparos en tan solo unos instantes, mientras que el último tuvo el tiempo justo de escapar despavorido entre los canchales.

El lobero no se preocupó de perseguirlo para evitar que los carroñeros pudiesen arruinarle el botín. Se limitó a descolgarse con cuidado y ajustició sin miramientos a la hembra herida antes de cobrarse las tres pieles.

Apenas unas horas después, caminaba por el sendero de vuelta a casa cuando escuchó los ladridos de una rehala de podencos. Cargado de trofeos, no esperó al segundo aviso para echar cuerpo a tierra tras los arbustos. Se limitó a aguardar pacientemente, sin mover ni un solo músculo, con el rifle de caza en la mano y el pistolón de chispa cargado al cinto. Su paciencia tuvo recompensa cuando, por primera vez en su vida, tuvo la oportunidad de contemplar el paso de una comitiva real.

Le sorprendió comprobar que no era gran cosa, después de todo. Estaba compuesta por el soberano en persona —a quien reconoció por las exageradas deferencias de los otros—, un par de prebostes de la corte y un puñado de guardias de los de Campillo.

Así que aquel era Felipe de Anjou, o Felipe V de España, como se le conocía en todo el mundo. Para él, un pobre hombre cuyo único mérito consistía en ser descendiente de alguien que se había ceñido una corona décadas atrás; un simple francés con tendencias depresivas cuya existencia le habría importado poco de no ser por la obstinación con la que parecía decidido a interponerse en su camino una y otra vez. Hacía mucho tiempo que consideraba al monarca alguien indigno, que vivía de chuparle la sangre al pueblo, y lo tenía, además, por el principal culpable de la tragedia más grande de su vida.

El lobero estuvo tentado de abrir fuego contra él ahí mismo. A unos pocos pasos de distancia, jamás habría fallado el tiro. Sin embargo, si algo había arraigado más en su alma que el odio al Borbón, era su instinto de supervivencia. Por ello se contuvo. No tenía nada que hacer él solo frente a ocho o diez hombres, ni tampoco había satisfacción real en segar la vida del monarca si, instantes después, resultaba ser él mismo el abatido.

Ahora que había encontrado un paraíso donde establecerse para el resto de sus días, juzgó más conveniente preparar la venganza con sangre fría. Se limitó, pues, a dejar pasar la oportunidad,

jurándose a sí mismo que un día encontraría la forma de cobrarse aquella presa. Y, sobre todo, se prometió que, llegado el momento, saldría indemne del trance.

No sería fácil. Atentar nada menos que contra la vida del rey requeriría de un buen plan, igual que aproximarse al cubil de una manada o que rastrear las posiciones del ejército enemigo. Además, estaría solo: ningún rufián de la zona tenía nada que ganar acompañándolo en su empresa, y menos cuando él no podía ofrecer nada en pago. Lejos de amilanarse, no obstante, abrazó con determinación el reto.

Se decía que el orfanato de san Frutos había sido fundado por Isabel la Católica en persona, más de dos siglos atrás. Desde entonces, la misericordia de las hermanas de María Auxiliadora daba cobijo tanto a los niños abandonados de la ciudad como a aquellos que habían tenido la desgracia de perder a sus padres en la sucesión de guerras y hambrunas de la que el país parecía no salir nunca.

Para la mayoría de los segovianos el orfanato era un lugar desolador. Muchos hasta preferían dar un rodeo antes que pasar por delante de sus puertas. La primera vez que Beatriz pisó por allí apenas tenía siete años. Corrían los momentos más inciertos de la guerra de sucesión. Las tropas del archiduque Carlos acababan de ocupar Madrid, y las bajas en el ejército borbónico habían sido cuantiosas. Se desencadenó la huida de muchas familias de Segovia ante el temor de que las tropas austríacas pudiesen cruzar la sierra de Guadarrama. Por fortuna, la situación de peligro duró menos de lo esperado. Las tornas cambiaron en cuestión de semanas, viéndose el archiduque obligado a replegarse ante la hostilidad manifiesta del populacho y la ausencia de suministros en la capital. Mientras, el ejército borbónico hacía lo posible por reagruparse. Tan diligentes fueron los franceses que no solo consiguieron su propósito, sino que además llegaron a marchar sobre los austríacos, hostigándolos en su retirada hacia Zaragoza.

Segovia, plaza de escasa importancia estratégica, vivió aquellos episodios con enorme angustia por no tener quién la defendiese. Ni tan siquiera fue posible reunir suficientes hombres adultos para formar una milicia local. En efecto, muchos niños habían perdido a sus padres en las batallas de Almenar y Monte Torrero, lugar este último donde solo la intervención de último momento de un humilde molinero había salvado al propio rey Felipe de ser capturado por las tropas del archiduque.

Por aquel entonces la madre de Beatriz aún vivía. La condesa de Ortigosa había sido una mujer de porte adusto y arraigados principios morales, que se había esforzado por dar a su hija una educación piadosa. De clase acomodada por nacimiento, era sin embargo una dama comprometida con la causa de los más débiles, que no dudaba en apoyar, con la bolsa o con las manos, la labor de las hermanas de san Frutos. Durante aquellos meses aciagos se dedicó en cuerpo y alma a la tarea de aliviar el sufrimiento de los huérfanos, que malvivían hacinados entre las viejas paredes de granito del edificio.

Ese era el recuerdo más vívido que Beatriz guardaba de ella.

Nunca supieron si fue consecuencia de las condiciones insalubres del orfanato, de la fatiga mental o del esfuerzo físico. El hecho es que la condesa terminó por enfermar de gravedad. Segovia era por aquel entonces una ciudad pequeña, cuya población no pasaba de cinco mil almas. Si la población adulta se vio diezmada por la guerra, la de médicos no fue una excepción. Los pocos que quedaron se las vieron para atender a un número proporcionalmente enorme de

necesitados, y la condesa de Ortigosa murió, como tantos otros, por falta de atención médica. Ni todo el dinero de la familia, ni los contactos de su marido pudieron salvarla.

Beatriz recordaba la guerra con horror. Por si no hubiera sido suficiente con el traumático fallecimiento de su madre, en su mente infantil quedó grabado a fuego el recuerdo de las caravanas de heridos que regresaban al hogar; hombres a los que ella había conocido en la plaza del mercado, mientras jugaba en la calle, o los domingos en la catedral, y que ahora volvían, hechos jirones, mutilados, dementes o inválidos. Jamás olvidaría el comentario que había escuchado en cierta ocasión al paso de un pequeño grupo de heridos: «esos son los que han tenido suerte, niña; los demás no regresarán nunca».

La victoria militar no trajo cambios sustanciales en el día a día. Una mañana de 1715 se publicó un bando en la plaza de la catedral en el que se anunciaba la caída de los últimos reductos de resistencia austríaca en Baleares, dando por terminada una guerra que el resto de potencias europeas había dejado atrás con la Paz de Utrecht, nada menos que dos años antes. Como la escasez no daba para grandes alegrías, los festejos fueron modestos. Modestas fueron también las cosechas y la existencia cotidiana de todo el mundo a lo largo de un lustro entero. Castilla, exhausta, no daba para más. Era como si la propia tierra sintiese la necesidad de recuperarse de los horrores del conflicto que la había asolado durante tanto tiempo.

Beatriz alcanzó la adolescencia en aquellos terribles años de posguerra. No podía decir, ni mucho menos, que hubiese sufrido tanto como otros, por cuanto en la mesa de los Ortigosa jamás faltó un plato de comida, ni siquiera en los momentos más duros. No obstante, experimentó la monotonía de vestir siempre la misma ropa y comer siempre los mismos alimentos. Así, su joven mente llegó en cierta ocasión a la conclusión de que la única diferencia entre los tiempos de guerra y los de paz consistía en la ausencia de caravanas de heridos y de funerales sin muerto de cuerpo presente.

Luego, como por arte de magia, vinieron la corte, los vestidos y todo lo demás. De la noche a la mañana, el rey compró un monasterio que los frailes jerónimos tenían en Valsaín y le encargó a uno de sus arquitectos de cabecera, don Teodoro de Ardemans, que lo transformase en un palacio a la usanza de Versalles donde establecer su residencia de recreo. De eso hacía apenas tres años. Tres años en los que las obras se habían desarrollado a toda velocidad, y en los que la vida en la ciudad de Segovia y sus alrededores había cambiado radicalmente.

El monarca pasaba cada vez más tiempo en su flamante retiro de La Granja, gobernando lo que quedaba del imperio desde aquel recóndito rincón al pie de los montes de Guadarrama. Multitud de nobles y cortesanos españoles, franceses e italianos, acudieron a Segovia como moscas a la miel. Ávidos de los beneficios de establecerse en el entorno inmediato del rey, compraban propiedades, gastaban pequeñas fortunas en los comercios locales, y se paseaban por aquel pequeño enclave rural de la meseta castellana ataviados como si estuvieran en París.

De pronto la guerra pareció caer en el olvido. La presencia de la corte a apenas dos leguas de distancia constituía una fuente de riqueza tal que la población segoviana apenas se inquietó durante las nuevas campañas militares de Italia. Atrás parecían haber quedado los muertos, los huérfanos y los inválidos. Nadie ya hablaba de ellos por las calles, como si el hecho de mencionar su existencia trajese mal fario.

Con la colaboración de Teodoro de Ardemans, el conde de Ortigosa se las ingenió para medrar en la coyuntura. Inmejorable conocedor del entorno, las personas y las costumbres locales, no dudó ni por un instante en ofrecer sus servicios a aquel tropel de advenedizos que aspiraban a hacerse con terrenos en las inmediaciones. Palazuelos, Revenga, Navas de Riofrío... pronto no

quedó pedanía rural de Segovia sin una colonia apreciable de extranjeros. Astutamente, el conde se cuidó mucho de repartir beneficios con los dueños de la tierra, y así, no solo acumuló más riqueza de la que tendría tiempo de gastar así viviese tres vidas, sino que además se labró una reputación de hombre respetable entre sus paisanos.

Su hija lo vivió todo de forma algo distinta. Por supuesto que la entusiasmaba la perspectiva de darse caprichos, de comprar vestidos caros y lucir como una princesa por las calles. Después de todo, estaba en la edad. Sin embargo, los horrores de la contienda habían marcado la forja de su personalidad durante aquellos años críticos de su infancia, y nunca dejó de albergar un temor secreto a que todo aquello retornase. La costumbre de visitar orfanatos se convirtió para ella en una suerte de necesidad, un mecanismo inconsciente de defensa con el que su mente aspiraba a blindarse frente al golpe anímico que le habría supuesto el estallido de una nueva guerra. Asimismo, constituía una manera de permanecer vinculada en espíritu al recuerdo de su madre.

Eso no quería decir, sin embargo, que Beatriz pasase en san Frutos tanto tiempo como el conde creía. La joven había descubierto que la vida en la calle era bastante más interesante que entre aquellas deprimentes paredes. Gustaba de cumplir rápidamente con los quehaceres que en cada ocasión le encomendaba sor Purificación para poder salir de allí cuanto antes. A la puerta esperaban siempre sus inseparables Adelita de Guzmán, Angélica de Pedraza y Fuencisla Mendoza, con quienes compartía largas tardes de confidencias mientras vagaban sin rumbo por el barrio de la judería.

Bartolomé Robledo era un hombre sencillo. A sus sesenta años recién cumplidos, apenas sabía leer ni escribir. Ni las cuatro reglas dominaba, y los números aún le costaban más de lo que cabría esperar. Toda su vida se había desarrollado en un radio de cinco leguas alrededor de su Hontoria natal, y no aspiraba a ver más mundo que ese antes de conocer en persona a la parca.

Aquella mañana de diciembre se afanaba por llenar de paja los pesebres de las caballerizas del conde de Ortigosa. A su cargo, veinte yeguas, seis sementales y nueve potros, amén de cuatro mulas, una carroza de gala, un coche de camino para el uso diario del señor y los viajes largos, y un carramato de faena. Por siete reales al mes, aquellas eran sus únicas responsabilidades en la vida.

Las primeras semanas de invierno estaban siendo más duras de lo habitual, y él se había quedado solo a cargo de las caballerizas por mor de un desafortunado lance en el que Gonzalo, el muchacho que le hacía de mozo de cuadras, se había partido una rodilla. De aquello hacía cuatro meses ya, pero el chico era todavía incapaz de incorporarse sin ayuda. Detestando como detestaba a los agoreros, y queriendo como quería al muchacho —aunque fuese a su manera tosca—, a Robledo le costaba admitir que aquello olía a invalidez permanente.

No había rellenado aún la primera hilera de pesebres cuando escuchó a sus espaldas la voz de un desconocido.

—Buenos días.

—Nos dé Dios —contestó mecánicamente, mientras buscaba de reojo al visitante.

—¿Sois vos Bartolomé Robledo?

—¿Quién pregunta?

—Mi nombre es Beltrán Sánchez, hijo de Merino y Dolores, del poblado de La Acebeda. Vengo por recomendación del señor lobero de Valsain.

Como impulsado por un resorte, Robledo se llevó el dedo a la boca.

—¡Calla, insensato!

A Beltrán le pareció que los ojos del hombrecillo, abiertos como estaban de par en par, iban a salirse de sus órbitas.

—Mis disculpas, señor —contestó, bajando el tono—. Fue él quien me dijo que viniese a veros...

¿Mis disculpas? Muy educado parecía aquel crío para ser de La Acebeda, pensó Robledo. En cualquier caso, era un perfecto imprudente. Antes de decir nada más, el hombrecillo se asomó al portalón de la cuadra y miró con cautela a ambos lados, para asegurarse de que nadie hubiera escuchado el comienzo de la conversación. Por fortuna, todo en el exterior parecía tranquilo.

—Flaco favor se hace al proscrito cuando se lo menta en casa del verdugo —respondió con sequedad, volviéndose hacia el muchacho.

Beltrán cerró la boca, incómodo. No sabía muy bien por dónde salir. Al cabo de unos instantes, temiendo que el silencio se prolongase durante toda la mañana, Robledo lo interrogó:

—¿Por qué te dijo que vinieras aquí? —su voz era apenas un susurro.

—Lo ignoro, señor —contestó Beltrán. Hacía esfuerzos por mostrar sus mejores modales, tal como el lobero le había recomendado. Se jugaba mucho.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Mi padre fue devorado por los lobos hace dos semanas, y con él todo nuestro rebaño. No me queda nada —añadió—. Y necesito un jornal para cuidar de mi madre enferma.

¿Lobos? ¿Merino? Superado el sobresalto inicial, que le había impedido pensar con mayor claridad, aquellas palabras hicieron la luz en la cabeza de Bartolomé Robledo. De pronto, este experimentó una corriente de calidez hacia el muchacho.

—¿Merino, dijiste? ¿No serás hijo de Merino, el pastor? —inquirió.

—Así es, señor.

—Siento mucho lo de tu padre, hijo —dijo entonces en tono sincero—. Era un buen hombre.

—¿Lo conocisteis? —preguntó Beltrán, animado por el trato repentinamente amable.

El muchacho no sabía si estaba más sorprendido o emocionado. Aparte de la ruda asistencia del lobero y de algunas efímeras muestras de compasión por parte de sus vecinos, había escuchado pocas palabras de ánimo después de la muerte de su padre. Sintió cómo unas lágrimas traicioneras afloraban a sus ojos y se esforzó por reprimirlas. Estaba harto de llorar delante de extraños y no quería aparentar más debilidad de la necesaria.

—Trabajó con nosotros hace algún tiempo. Era de fiar, tu padre, y eso es más de lo que se puede decir de la mayoría.

A Beltrán se le hizo un nudo en la garganta. No fue capaz de articular palabra.

—En fin, lo cierto es que quizá pueda hacer algo por ti —ofreció Robledo—. ¿Sabes montar a caballo?

Beltrán dudo por un instante, pero terminó por negar con la cabeza. No tenía sentido mentir.

—¿Sabes algo de caballos?

El muchacho repitió el gesto de negación.

Robledo se encogió de hombros. Si el chico no sabía, no sabía. Por fortuna para Beltrán, aquel hombre era de la opinión de que todo se podía aprender en la vida. Lo único importante para él era que lo de Gonzalo iba para largo y que necesitaba con urgencia un nuevo mozo de caballerizas. Si el hijo de Merino era sufrido y tenía ganas de trabajar, le valdría lo mismo que cualquier otro.

—Coge ese rastrillo y haz como yo. Veamos si tu padre te enseñó a trabajar duro.

—De acuerdo, señor —respondió Beltrán, mientras asía con firmeza el rastrillo.

—Y no vuelvas a mencionar tus tratos con proscritos delante de desconocidos: eso solo puede traerte problemas.

En su recién adquirida calidad de carcelero del rey, o, como Scotti prefería decir, ayuda de cámara del monarca, Lorenzo pasaba largas horas en compañía de Felipe V. Al principio había temido no saber cómo actuar ante un acceso de locura, lo que le había suscitado no poca zozobra. Sin embargo, para su alivio no tardó en descubrir que estos ya se producían, casi sin excepción, tras las lujosas puertas de su dormitorio. Además, eran bastante menos frecuentes de lo que en la corte se rumoreaba. De hecho, Lorenzo tenía la impresión de que el rey apenas se hacía notar, a pesar de que compartían un espacio vital bastante reducido durante casi toda la jornada.

Los aposentos reales estaban compuestos por tres estancias en línea, todas ellas de planta cuadrangular. Cada una medía unas diez varas de largo por otras tantas de ancho. Se accedía al conjunto mediante unas puertas lacadas de blanco sobre las que destacaba una enorme flor de lis ribeteada en dorado. En el vestíbulo exterior montaba guardia las veinticuatro horas una pareja de soldados a las órdenes de Lorenzo. Estos se relevaban tres veces por día, tal como él mismo había dispuesto.

Las puertas del vestíbulo permanecían siempre cerradas a cal y canto, a excepción de las contadas ocasiones en que la reina autorizaba, por cualquier motivo, la salida del rey. Este último no oponía resistencia a su encierro. Por lo que Lorenzo había podido deducir, tenía asumida su enfermedad, e interpretaba el afán de su esposa por mantenerlo bajo llave como algo necesario para su propio bien. De alguna forma, el soberano percibía la prisión como una liberación de la pesada carga de gobierno —encerrado como estaba, no podía asumir demasiadas responsabilidades—, y, tal vez por ello, no profería la más mínima queja. Tampoco dejaba translucir ningún gesto que pudiese interpretarse como una intención de escapar.

Una vez cruzada la puerta de entrada, la primera estancia consistía en un salón para el esparcimiento del monarca. Este estaba dividido en dos partes de tamaño desigual: el salón propiamente dicho, que ocupaba las cuatro quintas partes de la superficie, y un pequeño habitáculo separado del mismo por un arco con cortinajes, que constituía el despacho de Lorenzo. Dentro de este último no había otro mobiliario que una mesa y una cómoda butaca tapizada en cuero, sobre la cual el italiano pasaba casi todo el día sentado. Oculto tras las cortinas, podía escuchar sin ser visto cuando el monarca recibía a alguien en el salón.

Si, por rango o requerimiento, el visitante tenía derecho a acceder a la siguiente habitación —el despacho privado del rey—, Lorenzo tenía la obligación de abrirle la puerta del mismo, que también solía permanecer cerrada con llave. En esos casos, su cometido consistía en acompañar al huésped durante todos sus tratos con don Felipe, sin ausentarse ni por un solo instante. Esta medida era aplicable a todo el mundo, incluido el secretario personal del monarca. Solo la reina y el marqués de Scotti podían a despachar con él a solas. En caso de visita del padre Bermúdez, confesor del rey, la reina en persona se encargaba de supervisar el encuentro.

Por último, solo separado del despacho por un arco jalonado con dos pesados cortinajes de terciopelo, se encontraba el dormitorio. Este incluía un vestidor, un baño y un pequeño habitáculo próximo a la cama, con espacio suficiente para albergar un oratorio de pared y un confesionario.

La idea de un protocolo de entrevista venía de tiempo atrás. Tan preocupada por la salud de su marido como ansiosa por monopolizar el vacío de poder, la reina Isabel había conseguido aislarlo

del resto de miembros de la corte. Apenas cuatro o cinco personas mantenían la capacidad de visitar al rey a voluntad, incluyéndola a ella misma. Entre ellos, la reina desconfiaba abiertamente del secretario Grimaldo, por animadversión personal, y del padre Bermúdez, por su afiliación al partido español. Estas dos personas, de la plena confianza del don Felipe —y, por tanto, aún intocables—, eran las principales culpables del régimen de visitas.

Aunque este nunca había sido permisivo, se había endurecido a partir del verano anterior, cuando, a través del difunto padre Daubenton, antiguo confesor del rey, la reina había conocido la intención de su marido de abdicar en secreto. Había sido entonces cuando se había hecho necesario encontrar a una persona leal e inteligente, de suficiente rango y pericia cortesana como para gestionar la incomodidad de la situación. Debía tratarse, además, de alguien sin otra ocupación sustancial que lo distrajese de la tarea y con la ambición de contraer méritos. En la corte española no existía nadie con una vocación tan concreta, por lo que no les había quedado otra que buscarlo fuera. Ese era el motivo por el cual, pocas semanas antes, Lorenzo había recibido la petición de desplazarse de inmediato desde Parma a La Granja de San Ildefonso.

El parmesano descubrió pronto que el suyo iba a ser un trabajo tedioso, de poco brillo y sin fecha de caducidad aparente. Se consolaba recordándose a sí mismo las palabras de Scotti, según las cuales no se vería obligado a desempeñar esa tarea durante demasiado tiempo, y su promesa de que la recompensa estaría a la altura. Aunque no veía cómo la situación podía cambiar sustancialmente a corto plazo, tenía la impresión de que la reina y Scotti llevaban tiempo maquinando un plan para terminar de alejar a los elementos desleales del entorno inmediato del rey. Rezaba para que tuvieran éxito, mientras se daba ánimos pensando que, en el momento en que aquellos últimos focos de subversión fuesen eliminados, su libertad de movimientos volvería a ser total.

Al cabo de unos días de convivencia, terminó por concluir que el rey le inspiraba escaso respeto. Sin embargo, no podía evitar sentir por él una honda compasión. Aquel hombre no tenía nada que ver con la persona gentil y educada a la que había acompañado de cacería semanas atrás. Ahora casi nunca se aseaba y su olor corporal se percibía a varios pasos de distancia, incluso a través de las puertas cerradas a cal y canto de su dormitorio. Llevaba el pelo grasiento, despeinado y sucio. Haciendo memoria, le costaba recordarlo con otra ropa que no fuera su sempiterno camión de dormir.

Según Scotti, se trataba de un simple acceso pasajero de melancolía, que acabaría por remitir tarde o temprano. Entre tanto, a él la rutina se le hacía soporífera, en gran parte debido a la falta de contacto humano.

El soberano se levantaba tarde, casi la hora de comer. De inmediato ingería una especie de guiso de ave —siempre el mismo—, cuyo olor y apariencia se le antojaban repulsivos a Lorenzo. Cuando no había visitas, lo que hacía entre el almuerzo y la siesta, encerrado como estaba en las estancias interiores de sus aposentos, constituía un misterio. También lo era lo que ocurría tras la llegada de la reina al anochecer, puesto que ese momento significaba el fin de la jornada de vigilancia para Lorenzo, y a este le faltaba tiempo para escapar de esa prisión que ahora sentía también como la suya propia.

Por fortuna, tenía derecho a ser reemplazado todas las noches de diario, los fines de semana, los días en que debía asistir a la Junta de Obras y Bosques —mucho menos activa desde el comienzo del invierno—, y en las contadas ocasiones en las que la reina programaba alguna actividad para el monarca.

Privado del día a día de palacio, y sin otra compañía que la de un libro o la de sus propios

pensamientos, Lorenzo se aburría soberanamente entre aquellas cuatro paredes. Como un león enjaulado, cada vez que atravesaba la puerta de salida se sentía ávido de vino y camaradería, de festejos y mujeres. En dos palabras: de vivir.

VI

—Treinta pasos desde el pino grande hasta el centro del claro. Diez carabinas apuntando a la barricada de tiro, seis poleas y cien varas de cordel fino, con el disparador a espaldas del objetivo...

Inclinado sobre un mapa del desfiladero que él mismo había confeccionado, el lobero repetía en voz alta cada detalle del plan. Cuanto más lo pensaba, más claro lo veía. No había motivo para las dudas después de haber presenciado al menos una docena de monterías a lo largo de los meses. El patrón era siempre idéntico. Además, se las había ingeniado para pasar inadvertido en todas y cada una de las ocasiones. Estaba convencido de que la emboscada tendría éxito si era meticuloso con los preparativos.

Los batidores reales vendrían ladera abajo, empujando a todo animal viviente hacia el embudo del desfiladero. Mientras, la comitiva real se ubicaría, como siempre, a la salida del mismo. Se trataba de una maniobra tan rutinaria que el rey ni siquiera solía llevar su escolta habitual; solo los batidores y sus lebreles, que estarían demasiado lejos para prevenir el ataque; dos o tres nobles sin grandes habilidades para la lucha —su único cometido era acompañar al rey en su divertimento—, y otros tantos fusileros. No parecía existir temor por la seguridad de don Felipe: después de todo, ¿quién tendría los arrestos para atentar contra la vida de un hombre tan poderoso en tiempos de paz y en el refugio de sus propias tierras?

—Las diez carabinas escondidas entre la maleza, frente a la comitiva, apuntando en dirección al parapeto...

Las carabinas habrían de accionarse a distancia, a la usanza de las emboscadas que tantas veces había dirigido en sus tiempos de salteador. Para ello había diseñado un sistema de poleas, argollas y cordeles que accionarían los gatillos uno tras otro, con una cadencia de apenas unos instantes entre disparo y disparo. Todos abrirían fuego en la dirección general del parapeto. No se trataba de acertarle al monarca en la sien, ni de abatir a nadie en particular. Era cuestión de atraer la atención de la comitiva, de dar la impresión de que el enemigo se encontraba al frente. Entre tanto, él se situaría a sus espaldas, encaramado en un árbol, por encima del fuego cruzado y con una línea de tiro limpia sobre el objetivo.

—Los cartuchos de pólvora veinte pasos a mi derecha, ocultos en el zarzal...

La pólvora tenía que estallar en el momento preciso, para camuflar el disparo con el que él mismo pretendía cobrarse la vida del rey y para precipitar la huida de todos en la dirección contraria a la de su propia posición. En pleno tiroteo, y con don Felipe muerto o malherido, la lógica dictaba que la comitiva intentaría escapar por donde había venido, sin preocuparse de otra cosa que de salir del atolladero.

—Al quinto disparo estallará la pólvora, precipitando el desenlace. Luego sonarán otros cinco disparos para terminar de ponerlos en fuga...

Lo más difícil de prever era el mejor momento para escapar después del atentado. Si todo iba bien, podría valerle con descender del árbol con rapidez, poner las carabinas a buen recaudo y

retomar su rutina diaria sin levantar sospechas.

Aquel era el desenlace más deseable. Cuanto más rápido y limpio, mejor. Sin embargo, escapar a las primeras de cambio entrañaba sus riesgos. Todo dependía de lo rápido que los batidores, atraídos por el ruido de la explosión, fuesen capaces de llegar al desfiladero. Abandonado su escondite, solo le quedaría la dudosa opción de huir a la carrera, y, llegada esa situación, sus perseguidores sabrían ya muy bien a quién buscar.

De donde no esperaba refuerzos inmediatos era de La Granja. El puesto de caza estaba demasiado lejos como para que el ruido llegase a oídos de la Guardia Real antes de que la comitiva tuviera tiempo de replegarse para dar la voz de alarma.

Tras mucho cavilar, era de la opinión de que tal vez lo mejor sería aguardar a que se calmasen las cosas antes de bajar del árbol. Si todo iba bien, podría permanecer camuflado entre las ramas durante horas. Con provisiones suficientes, incluso algunos días. Estaba convencido de que alguien de palacio terminaría por personarse en el lugar de la emboscada para investigar. Quien quiera que se viese obligado a desempeñar esa labor no iría con ánimo de encontrarse a los agresores, a quienes haría ya huidos. Por tanto, no esperaba que lo buscasen con demasiado ahínco. Aguardar a que llegasen y se marchasen bien podía ser la mejor forma de garantizarse una vía segura de escape. Tampoco descartaba la posibilidad de que se tomasen su tiempo antes de presentarse por allí. En ese caso, tendría la posibilidad de desmontar la trampa y desaparecer sin ser visto.

Después, ¿quién sabe? El curso de acción más práctico vendría dado por cómo se desarrollasen los acontecimientos. Quizá convendría emigrar un tiempo; o, tal vez, sabiendo que la corte acabaría por trasladarse a Madrid, no tendría más que ocultarse durante algunas semanas en las profundidades del pinar hasta que pasase el revuelo.

Aparte de la sorpresa, poseía una ventaja adicional que le hacía creer en sus posibilidades: poca gente en Segovia sabía de su existencia, y nadie en absoluto conocía sus motivaciones. De esto último estaba seguro. Si conseguía escapar del lugar de la emboscada sin ser visto, las perspectivas de que su fechoría quedase impune le parecían más que halagüeñas: cuando la corte marchase a Madrid, el nuevo soberano, fuese quien fuese, se olvidaría de La Granja y del cazadero. Sin la presencia del rey y con la ayuda de la presión popular, las restricciones caerían en el olvido, y él podría ejercer su actividad con libertad. Campillo y sus hombres no hacían gran cosa, cierto, pero todo lo que supusiese eliminar trabas era sembrar para el futuro.

Con el paso de las semanas, lo que comenzó como un extravagante deseo de venganza había cobrado cuerpo en su mente. Si al principio todo se le había antojado un desatino, la observación y la planificación habían terminado por convencerlo de que el éxito estaba al alcance de su mano. Ya no albergaba la más mínima duda de que pronto acabaría por poner en práctica su plan.

Pese al respeto que le imponían los caballos, Beltrán no tardó en hacerse con su nuevo oficio. Era cuestión de darles de comer, saber ensillarlos y estar dispuesto a coger las riendas del carruaje cuando el señor lo requería. Nada, pues, que un joven sano y acostumbrado a desenvolverse con las manos tuviera dificultades para aprender. Había otras tareas menos glamurosas, por supuesto, como recoger los excrementos y cepillar a los animales tras el paseo, pero la paga lo justificaba.

Su recién adquirido jornal de un real de vellón a la semana le sumaba cuatro reales al mes: el primero bastaba para dar de comer a su madre, el segundo le servía para pagar a la vecina de La

Acebeda a la que contrató para hacerse cargo de ella, y los dos restantes para su propia manutención, vestido, y —si era verdaderamente comedido en el gasto—, para el ahorro.

Su día a día transcurría ahora entre la granja de paredes blancas de la pradera de Riofrío y la residencia de los Ortigosa, en Segovia. Cuando se hallaba en esta última, a menudo se requería de él que hiciera alguna tarea de la casa, como sacar a los perros, recoger las gallinas o limpiar el patio después de la lluvia. De esta manera, pocos eran los días en los que le quedaba un minuto para el esparcimiento entre el amanecer y la puesta de sol. Al principio se le había hecho difícil, más por lo tedioso de la faena que por su complicación, lo que no había servido sino para reafirmarlo en su idea de hacerse alimañero tan pronto juntara un pequeño capital que le permitiese subsistir por espacio de algunos meses sin depender de terceros.

Sin embargo, sus planes cambiaron de golpe en el preciso instante en el que vio a Beatriz por primera vez.

Fue un domingo de mediados de octubre. Poco antes de mediodía, la joven descendía con parsimonia por los gruesos escalones de madera de pino que daban al patio. Allí esperaba impaciente el conde, a bordo ya del coche de paseo. Llegaban con retraso a la misa catedralicia, pero a ella no parecía importarle demasiado.

En aquellos momentos Beltrán barría los rincones, afanándose por retirar las cagarrutas de gallina. No prestó ninguna atención a la escena. Ni siquiera levantó la mirada cuando Beatriz pasó junto a él.

—No me da el vestido, padre —se quejó ella a los pocos instantes—. El escalón está demasiado alto.

—Pediré que te acerquen un taburete —respondió el conde, impaciente—. ¡Mozo!

Acostumbrado ya a obedecer sin necesidad de estar demasiado pendiente, Beltrán soltó raudo la escoba, agarró un taburete por una de las patas y se acercó a su joven ama.

Fue en ese momento cuando sus miradas se cruzaron.

Beltrán sintió que le fallaba la respiración. Por un instante le pareció que toda la cohorte celestial envolvía con sus melodiosos cantos el rostro angelical de piel nívea y cabellos negros que tenía ante sí. Ella dijo algo, pero él no la oyó. Embobado como estaba, fue del todo incapaz de interiorizar sus palabras. Tampoco movió un solo músculo. Solo acertaba a dejarse hipnotizar por el movimiento arrítmico de aquellos labios de color carmín.

—¿Me ayudas o no? —demandó entonces ella, elevando el tono—. ¿Acaso estás sordo?

Fue la palabra *sordo* lo que lo sacó del éxtasis. Rojo como un tomate, Beltrán murmuró una retahíla de disculpas ininteligibles y puso el taburete en el suelo, a modo de escalón, a fin de permitir que su joven ama pudiera acceder al carruaje sin arruinarse el vestido. Le ofreció entonces su mano para ayudarla a mantener el equilibrio, anhelando que ella se la tomase. Tal vez fue porque la joven no se percató, o quizá porque no quiso mancharse sus guantes blancos con la suciedad de las manos de él: lo cierto es que Beatriz se limitó a agarrar el reposabrazos interior de la puerta para darse impulso y desapareció en el interior del habitáculo.

Beltrán quedó quieto en mitad del patio, con la mano extendida en el aire en actitud ridícula. No fue capaz de volver en sí hasta que, con un chasquido de las riendas, Bartolomé Robledo espoleó a los caballos para emprender la marcha. Instantes después, el carruaje desaparecía por la esquina de la calle de la Herrería en dirección a la catedral.

La vida del muchacho cobró un nuevo sentido a partir de aquel momento. Resuelto como estaba el problema de su madre, a quien visitaba con tanta frecuencia como podía, sus días solo parecían valer la pena cuando, entre idas y venidas por la casa, conseguía divisar brevemente el rostro de

su joven ama. Si no lo lograba en toda la jornada, el premio de consolación consistía en escuchar la dulce melodía de su voz.

Hasta los cotilleos insustanciales de Mariela y las cocineras comenzaron entonces a parecerle interesantes, por cuanto estas a menudo hablaban de la joven, de sus gustos y de sus vestidos. Cada vez que las escuchaba, Beltrán ponía la oreja como si la conversación le atañera en persona. Se alegraba en secreto cuando hacían hincapié en su condición de doncella en edad de merecer, así como cuando se reían por lo bajo al saber que había rechazado a un nuevo pretendiente. De la misma forma, se ponía de un humor de perros si las oía mencionar posibles amoríos. En esos casos, solo encontraba consuelo imaginándose a sí mismo como el proscrito que un día le robaría el corazón.

Acababan de sonar las ocho. Era ya noche cerrada cuando el carruaje de gala del conde de Ortigosa se detuvo ante la magnífica fachada que presidía los jardines del flamante palacio de La Granja. Corría el primero de noviembre de 1723, y la flor y nata de la corte española y de la nobleza rural de Segovia se daban cita en la recepción de Todos los Santos, auspiciada por la reina Isabel en persona.

Beatriz nunca se había sentido tan nerviosa. Desde pequeña había estado expuesta a las fiestas de la burguesía local, por lo que los eventos de sociedad no le resultaban ajenos, pero aquello era harina de otro costal. Se trataba de la primera vez en su vida que pisaba un palacio, y la idea de compartir espacio con la realeza le imponía respeto. Tampoco podía decirse que estuviese asustada. Su estado de ánimo era más parecido a la anticipación que experimentaba en la víspera de su cumpleaños: las ganas de que algo maravilloso que aún estaba por pasar, en efecto, ocurriese.

Llevaba días imaginándose a sí misma inmersa en aquel caótico carrusel de vestidos elegantísimos, pelucas, joyas y bailes de salón. Para la ocasión había elegido una *robe à la polonoise* de seda, compuesta por una falda abullonada de color azul índigo adornada con volantes de terciopelo plateado. El peto, bien ceñido a la cintura y ribeteado de hilo de plata, dejaba al descubierto sus hombros, marcando el nacimiento de los senos a la usanza francesa, y acentuando el blanco de su piel. Fiel a su costumbre, no se había puesto peluca. Opinaba que su abundante cabellera, peinada en forma de cascada de bucles y tirabuzones, no tenía nada que envidiar al más esmerado de los postizos. Por lo demás, le hacía juego con el negro de los ojos, que aquella noche relucían como dos brasas encendidas.

Del brazo de su padre, el conde, franqueó las puertas de cristal que daban a los salones de la planta baja del edificio. Se detuvieron por un momento junto al chambelán de la corte, que anunció con solemnidad sus nombres.

Beatriz aprovechó el momento de pausa para echar una ojeada curiosa a su alrededor. Se encontraban en una enorme estancia, alargada y diáfana, iluminada por candelabros de pie y elaboradas arañas de cristal. Estatuas de mármol flanqueadas por columnas de jade y obsidiana se recortaban sobre el blanco encalado de las paredes, aportando un aire de lujo distinguido. Estaba segura de que cada una de ellas valía una fortuna. Sin embargo, lo que más llamó su atención fueron los techos, ricamente decorados con frescos de escenas pastoriles orladas con filigranas de yeso lacado en oro.

Allá donde miraba, Beatriz descubría un vestido deslumbrante, un exótico rostro extranjero o un primoroso adorno de porcelana china. Se sentía aturdida por tanta belleza, hasta el punto de que le

resultaba imposible decidir dónde fijar la mirada.

El baile ya había comenzado. Las parejas revoloteaban entre requiebros por toda la parte central del salón. De la más gruesa a la más esbelta, las damas se deslizaban con la gracilidad de ninfas acuáticas, y Beatriz tuvo la impresión de que apenas rozaban los suelos de mármol. Sus acompañantes masculinos, ataviados con sus atuendos de gala, las dirigían con maestría de un lado para otro, evitando de forma aparentemente milagrosa una colisión tras otra.

—¿Qué te parece, hija? —preguntó el conde.

—Es... es indescriptible, padre.

El conde la miró, complacido. Le encantaba la fascinación que percibía en los ojos de la joven.

—¿Me concedes el primer baile? —propuso entonces, con una reverencia.

—¿Es que sabéis bailar, padre? —sonrió Beatriz, sorprendida, mientras sostenía con la punta de los dedos los pliegues de la falda y flexionaba grácilmente las rodillas.

Por toda respuesta, el conde la sujetó por la cintura y la acompañó hasta el centro del salón. Sonaba un minué italiano, ligero y alegre, que invitaba a dejarse llevar. Y eso fue precisamente lo que hicieron. Beatriz, que jamás había visto a su padre en una así, descubrió en él a un excelente bailarín. A pesar de su edad y evidente sobrepeso, el conde se movía con agilidad, manteniendo el ritmo sin equivocarse ni un solo paso, y conduciéndola con mano experta entre el aparente caos de parejas.

Beatriz se sentía feliz en aquella escena de cuento de hadas. Hasta tres piezas bailaron antes de que el conde, poco acostumbrado al trote, acabase por pedir una tregua.

Padre e hija se ausentaron entonces de la pista de baile en busca de un refrigerio. Los aperitivos dispuestos sobre alargadas mesas de caoba eran como mínimo tan elaborados como la decoración. Beatriz quedó boquiabierta ante la variedad y colorido de los platos: tartaletas de jugosa carne de ciervo especiada, pan de canela y nueces, fuentes de quesos en aceite de oliva y empanadas de ave con arándanos, entre otras sugerentes combinaciones que no acertó a identificar a simple vista.

Aún no habían decidido qué plato probar primero cuando, de improviso, se presentó ante ellos la oronda humanidad de don Teodoro de Ardemans.

—¡Mi querido amigo! —exclamó el conde, mientras cogía un pastel de una de las fuentes de comida—. ¡Qué alegría veros!

—El gusto es mío, Alfonso —saludó jovial el arquitecto—. Pero más que por verte a ti, por tener la oportunidad de contemplar a este ángel del cielo —dijo refiriéndose a Beatriz—. ¡Cada día estáis más hermosa, niña!

—No sigáis, don Teodoro, os lo ruego —se ruborizó ella, sin hacer ningún esfuerzo por contener la sonrisa.

La joven reparó entonces en que su interlocutor no estaba solo. De su brazo venía una dama de mediana edad, ni guapa ni fea, pero maquillada con escaso tino. Llevaba puesto un vestido de tonos rosados y púrpuras que le marcaba exageradamente el escote, y se cubría los cabellos con una voluminosa peluca que apenas hacía contraste con el blanco empolvado de su piel.

—Conde, Beatriz —dijo entonces Ardemans, deteniendo su mirada por turno sobre padre e hija—. Os presento a la princesa Amelia de Rímini; princesa, el conde de Ortigosa y su hija, la bella Beatriz.

—Mucho gusto —saludó cortés la italiana, y entonces se dirigió a la joven—. Don Teodoro me ha hablado muy bien de vos.

—Don Teodoro me quiere demasiado bien, mi señora —acertó a componer Beatriz, cogida por

sorpresa por el halago de la desconocida—. A buen seguro exagera.

—Contádmelo vos, pues —sonrió la mujer, dejando al descubierto una hilera de pequeños dientes amarillentos. Entonces, con gesto cómplice, desplegó un espléndido abanico de motivos orientales y la tomó con suavidad del brazo—. Venid conmigo, niña. Dejemos que los hombres se aburran con lo suyo.

Aún sorprendida por la familiaridad con la que la trataba aquella dama, la joven se despidió de su padre y de don Teodoro, que quedaron en animada charla, y se dejó llevar sin saber muy bien adónde ni por qué.

Para su sorpresa, la princesa Amelia de Rímini resultó ser una excelente conversadora, y Beatriz pronto se sintió cautivada por su personalidad. Aquella mujer había disfrutado de una existencia de lo más interesante, siendo cortesana en Saboya, Milán y Parma antes de trasladarse a Madrid con el séquito de la reina Isabel. En el curso de sus viajes había conocido al Rey Sol en persona, y se refería al duque de Berwick y a Federico II de Prusia como quien habla de un par de viejos amigos.

Beatriz descubrió además que la princesa era, como ella, una apasionada de la moda, y que, a diferencia de ella, tenía la posibilidad de ponerse inmediatamente al corriente del último grito en materia de tejidos, confecciones y peinados. Nació así entre ambas una corriente de simpatía, que se fue afianzando mientras la italiana, entre chascarrillo y chascarrillo, le presentaba a la mitad de las personalidades que habían asistido a la fiesta.

La princesa sabía también lo suyo de placeres: le habló sin tapujos de hombres y mujeres, de licores, especias y hierbas, y la invitó a catar los más sobresalientes vinos franceses e italianos que encontraron en las muy bien surtidas mesas. Beatriz, al principio escandalizada, y luego solo reticente, accedió por fin a probar dos o tres, y como quiera que no estaba acostumbrada al alcohol, llegó de madrugada a casa no solo con la invitación de volver a aquella misma semana a palacio, sino también con una sutil coloración rosácea en las mejillas.

—Mi señor, un asunto urgente reclama vuestra atención.

Ortigosa hizo caso omiso de la interrupción. Sin inmutarse, mantuvo la mirada fija en la nueva ordenanza municipal de telares y curtidos que sostenía entre las manos. Aquello tenía visos de levantar ampollas entre los comerciantes, por lo que era de vital importancia comprender el alcance exacto de las reformas. Solo cuando hubo terminado de leer la última página levantó la mirada hacia su mayordomo.

—¿De qué se trata, Gaspar?

—Creo que tiene que ver con un ataque al ganado, mi señor.

—Que esperen.

—Sí, mi señor.

Al conde le hastiaban los asuntos menores relacionados con el cazadero real. Hacía mucho que había decidido que aquel problema no tenía solución, aunque no perdiese oportunidad de presentar batalla en la Junta de Obras y Bosques. Los montes de Valsaín eran refugio de alimañas, y por tanto, una amenaza para las personas que vivían del campo. Entre tanto, quienes debían controlar la población de depredadores no lo hacían; y quien tenía la palabra última en el tema — el rey don Felipe— daba muestras de debilidad mental, y solo parecía interesado en que en el coto hubiera piezas de caza mayor para su personal disfrute. Las negociaciones en la Junta indefectiblemente morían en buenas palabras y promesas de cambio que nunca se ponían en

práctica. En consecuencia, año tras año se repetían los ataques al ganado y las pérdidas personales.

Apartó de sí aquellos pensamientos inútiles y se centró de nuevo en la ordenanza. Pluma en mano, comenzó a releer el documento desde el principio. Esta vez se cuidó de anotar en tinta negra con su abigarrada y diminuta caligrafía aquellos pasajes susceptibles de prestarse a abusos o interpretaciones ambiguas. Enfrascado como estaba en la tarea, perdió la noción del tiempo hasta que de nuevo escuchó unos suaves golpes en la puerta.

Miró el reloj de cuco que colgaba de la pared justo por encima del marco de la puerta. «Diablos», exclamó para sus adentros. Habían pasado ya casi tres horas.

Se irguió en la silla y estiró los músculos de la espalda para desentumecerse un poco antes de contestar. No hizo nada por reprimir un profundo bostezo.

—Adelante —indicó con voz firme tan pronto recuperó la compostura.

La puerta se abrió de inmediato. En el umbral apareció la figura familiar de su mayordomo.

—Su almuerzo está casi listo, señor.

—De acuerdo, Gaspar. Bajo en un momento.

En lugar de desaparecer por donde había venido, el mayordomo permaneció quieto en el sitio.

—¿Qué más? —rezongó el conde.

—La persona que solicitaba audiencia esta mañana sigue en el recibidor, mi señor.

Ortigosa resopló de fastidio. Lo había olvidado por completo. Le aburría la idea de recibir a su visitante, pero si se había labrado una reputación entre la gente humilde había sido a base de ser amable e interesarse por sus problemas. Resolvió despachar al inoportuno de la manera más educada y rápida posible.

—Hazlo pasar —ordenó.

Al cabo de unos instantes, apareció bajo el dintel de roble un hombrecillo de constitución fibrosa y unos cincuenta años de edad, ataviado con una boina negra, camisa y pantalón de paño marrón. Se cubría con una chaquetilla y unas polainas de lana de oveja, y llevaba en su mano derecha una cachava de madera de haya. Para su sorpresa, Ortigosa reconoció en él a uno de los pastores que cuidaban de sus rebaños en las tierras de Riofrío.

Maldita sea, se dijo. ¿Había sido un ataque *al* ganado o a *su* ganado? ¿Cómo había podido Gaspar obviar un detalle tan importante? ¿Acaso no se había percatado de quién era ese pastor?

Puesto que el hombre no acertaba a mover ni un músculo, Ortigosa lo invitó a ponerse cómodo:

—No se quede ahí, buen hombre. Adelante, tome asiento. ¿En qué puedo ayudarle?

Era evidente que el pastor se sentía amedrentado por el aire señorial de la estancia y, sin embargo, había algo más. Observándolo mejor, Ortigosa no pudo sino advertir un brillo febril en su mirada, que se reflejaba en un ostensible temblor por todo el cuerpo.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó entonces, con creciente inquietud. Al ver que su huésped no contestaba, exclamó alarmado—: ¡Gaspar, que traigan un cuenco de caldo caliente para este hombre!

Hicieron falta dos cuencos de caldo de pollo, un buen rato al calor de la chimenea y no pocas palabras reconfortantes de Mariela y las otras sirvientas para que el pastor recuperase la compostura.

Al parecer, se había salvado de milagro, trepando al tejado del aprisco al darse cuenta de que los perros no serían capaces de repeler la agresión. Con los primeros rayos de luz, aún con las

piernas temblorosas, había abandonado el lugar como alma que lleva el diablo para ir a dar parte a casa del señor. El resto del tiempo lo había pasado en el recibidor de la mansión, intentando sin mucho éxito convencerse a sí mismo de que se encontraba ya fuera de peligro.

Ortigosa escuchó el entrecortado relato sin perder detalle. El asunto del cazadero pasaba de castaño oscuro. Una cosa era que sufrieran ataques los imprudentes que pastoreaban cerca de las zonas de cumbres, y otra bien distinta es que el ganado estabulado en la llanura corriese peligro: si los lobos habían llegado a Riofrío, ningún rebaño en toda Segovia podía considerarse a salvo.

El conde tomó la determinación de actuar. Tras pedir discreción al pastor, a quien ofreció una habitación de las del servicio para reponerse, se dirigió sin perder un instante a su mayordomo.

—¿Gaspar?

—¿Sí, mi señor?

—Haga llamar a maese Restrepo. Dígale que es urgente.

VII

—¿Qué he hecho yo para merecer a este inútil?! ¿Dónde está Gonzalo cuando se le necesita? — chilló Beatriz, fuera de sí.

Sudoroso, a pesar del frío, y sucio de barro hasta las rodillas, Beltrán se afanaba sin éxito por sacar del bache la rueda del carruaje. Era inútil. El enorme armazón de madera y hierro pesaba demasiado para él.

Tres de los radios se habían hecho pedazos cuando, inadvertidamente, había forzado a los caballos a pasar por un charco que había resultado ser bastante más profundo de lo previsto. Otros dos se habían astillado sin llegar a romperse. No aguantarían mucho más. Era imposible continuar la marcha en esas condiciones, y él lo sabía, pero no tenía ni idea de cómo dar la noticia a su joven ama.

—¿Cómo no viste ese charco, rapaz?! ¡Por el amor de Dios, si parece el océano!

Beltrán se esforzaba en descomponer el problema en pequeñas partes, como hubiera hecho cualquiera en su situación: sacar la rueda primero, rehacer los radios rotos en segundo lugar, y, por último, volver a poner la rueda en su sitio. Para su desgracia, carecía del conocimiento y de los medios para reparar la avería, y a duras penas podía evitar la sensación de estar dando palos de ciego.

Recordó lo feliz que se había sentido al saber que Bartolomé, por no sabía bien qué asunto, no podría llevar a su ama a palacio aquella tarde, y que, a falta de otro cochero, el honor recaería sobre él. La idea de pasar un rato a solas con la bella Beatriz había copado sus fantasías de enamorado durante dos días enteros. Obviaba, por supuesto, el hecho de que *a solas* significase estar un par de horas sin hablarse en el carruaje, él pelado de frío en el pescante y ella, algo más cómoda y fuera de su campo de visión, en el habitáculo interior. Con todo, la perspectiva de intercambiar un simple saludo antes y después, y la remota posibilidad de que aquello desembocase en algún tipo de complicidad le resultaban embriagadoras.

La cosa no había comenzado nada mal. Ella lo había saludado con amabilidad antes de subir al carruaje, y él se había sentido el hombre más feliz del mundo. Después, se había pasado todo el camino pensando en una frase ingeniosa que decir a la joven en el momento en que la ayudase a descender. Casi la tenía ya preparada cuando, de improviso, todo se había torcido en aquel maldito charco.

—¡Apresúrate, boniato, la reina nos espera! —Beatriz se desgañitaba, ignorante de las tribulaciones del joven, como si con elevar el tono de voz contribuyese en algo a resolver el problema.

La hija del conde permanecía dentro del carruaje por miedo a manchar de barro los bajos de su mejor vestido: un ajustado corpiño de seda color miel con botones dorados y encajes de terciopelo blanco, rematado con una falda amplia hasta el suelo y un sombrero color marfil anudado bajo la barbilla. En su fuero interno rezaba para que el contratiempo pudiera subsanarse

pronto. No quería llegar tarde a su primera sesión de bordado con el círculo íntimo de la soberana.

El incidente había acontecido a medio camino entre Segovia y el palacio de La Granja, no lejos del cerro que llaman de Matabueyes, un paraje desolado por el que hacía horas que no pasaba nadie. Beltrán no sabía muy bien qué hacer. A fin de cuentas, no era sino la segunda vez que conducía un carruaje él solo y, por supuesto, jamás se había visto en una situación así. Pensó en ir a pedir ayuda, pero la idea de encaramarse a la grupa de un caballo le daba pavor. Por otra parte, había algo de inadmisibile en abandonar a su joven ama allí, sola en mitad de un camino poco concurrido, aunque fuera a plena luz del día. Tampoco tenía sentido acompañarla el resto del camino a pie, tan preocupada como estaba ella por mantener su vestido limpio.

Por un momento pensó que podía desatar a uno de los dos caballos y enviar a la joven directamente a palacio, o bien a buscar ayuda, pero desechó ambas ideas; la primera porque Beatriz jamás habría aceptado presentarse ante la soberana sucia y oliendo a bestia, y la segunda porque entonces jamás habrían llegado a tiempo.

Las cábalas de Beltrán se vieron interrumpidas por una sucesión de sollozos entrecortados. Alarmado, se incorporó y se asomó a la ventanilla. Beatriz parecía haber pasado del enfado a la desesperación. Lloraba ahora desconsolada, con la cara oculta entre las manos.

—No os preocupéis, ama Beatriz, pronto vendrá alguien a ayudarnos —intentó consolarla, sin mucha convicción.

—¡Qué sabrás tú! —respondió desabrida ella.

Con las mejillas arreboladas y con el brillo de las lágrimas en sus pupilas negras estaba preciosa. Esto no hizo sino contribuir a la desazón del joven, que sintió que se le deshacía el alma ante semejante derroche de belleza y desconsuelo. Guardó silencio. No sabía cómo confesar su ineptitud ante aquel ángel sin quedar, de hecho, como un inepto.

—Además, ¿no tendrías que estar arreglando la maldita rueda, mocoso? —le reprochó entonces ella—. ¡Gonzalo la habría reparado enseguida!

Esto último le dolió en lo más hondo. Era capaz de pasar por alto los insultos porque aquello era culpa suya, pero le rompía el corazón que su amada le comparase desfavorablemente con otro. Se justificó ante sí mismo pensando que Gonzalo no habría reparado nada porque Gonzalo era un inválido que nunca más podría conducir un carruaje. Sin embargo, no se atrevió a decirlo en voz alta. Solo faltaba que, además de un incapaz, ella lo considerase un insensible.

Avergonzado, buscó en vano palabras para apaciguarla, pero no se le ocurrió nada susceptible de mejorar la situación.

Se levantó entonces una brisa desapacible. Al poco comenzó a chispear. Entre graznidos, una bandada de cuervos levantó el vuelo en busca de un refugio. Después, todo quedó en silencio salvo por el tamborileo de la lluvia sobre el barro del camino.

Empapado, Beltrán se metió de nuevo bajo el carro, y se deshizo en esfuerzos para levantarlo con la espalda. Lo intentó una y otra vez, movido por el afán irracional de mostrar su valía, pero pesaba tanto que ni el mismísimo Hércules habría sido capaz de moverlo de ahí. Absorto en su quehacer, ni tan siquiera escuchó el ruido del carruaje que se aproximaba hasta que oyó los gritos de socorro de Beatriz.

Levantando la vista, observó entonces que la joven agitaba los brazos por la ventanilla. Tan desesperada estaba que no paró hasta que el otro vehículo, cuyos ocupantes se habían percatado de sus dificultades a la legua, se detuvo junto a ellos.

Se trataba de una calesa cerrada, al estilo francés, cuyas puertas color caoba estaban adornadas

con una flor de lis de plata bruñida: un transporte de palacio.

El rostro de un hombre se asomó por la ventanilla. Piel blanca, nariz ligeramente aguileña, ojos y cabellos claros... A Beatriz le dio un vuelco el corazón al reconocer ante sí al hombre con el que había intercambiado miradas furtivas en la catedral apenas unos días atrás. Él no pudo evitar una leve expresión de sorpresa en su mirada, que de inmediato tornó en una de varonil cortesía. Era evidente que la había reconocido.

—Lorenzo de Parma. A vuestros pies, mi señora —saludó ceremonioso el desconocido—. ¿Cómo podría ayudaros?

Beatriz reparó de inmediato en su acento, indiscutiblemente italiano.

—Mi nombre es Beatriz de Ortigosa, hija del conde de Ortigosa, para servirlos, mi señor —respondió con disimulada inquietud—. Lamento haberos importunado. Íbamos de camino a La Granja cuando hemos sufrido un percance con el carruaje. La reina me espera y temo llegar tarde a su encuentro.

¿Ortigosa?, pensó Lorenzo para sus adentros. ¿Pues no era ese el nombre del noble español que le había procurado una salida honrosa en la primera reunión de la Junta de Obras y Bosques? Curiosa coincidencia...

—Vuestra desgracia ha sido mi suerte, pues —repuso, mientras esbozaba la más zalamera de sus sonrisas—. Me dirigía también a palacio, pero no contaba ya con que se me fuera a ofrecer la ocasión de viajar en compañía distinguida. Me pregunto, joven Beatriz, si me haríais el honor de compartir mi carruaje.

—El placer será mío, señor de Parma —respondió ella, aliviada.

—¡Cochero, ayudad a la señorita a subir! —voceó entonces el hombre, sin dejar de mirarla a los ojos.

Ella sonrió. Su expresión de agradecimiento había mutado instintivamente en otra de coquetería.

Solo entonces se percató de la posibilidad de que el llanto le hubiera arruinado el maquillaje, y temió haber hecho el ridículo ante el apuesto italiano. Mientras el cochero descendía para ayudarla, Beatriz se reclinó sobre su asiento, ocultándose del campo de visión de Lorenzo, y extrajo de entre los pliegues del vestido una polvera de bolsillo con espejo. Se echó un vistazo a un lado y a otro de la cara tan rápidamente como pudo. Por fortuna, lo que vio contribuyó a calmar sus nervios. Lo único fuera de lo normal era un suave rubor en las mejillas, que cualquiera podría haber achacado más al azoramiento propio de la situación que a su rabieta anterior.

Segura de su aspecto, ocultó la polvera de nuevo en el preciso momento en que se abría la puerta del habitáculo. El cochero real desplegó entonces un paraguas oscuro por encima de su cabeza y clavó la rodilla en el barro, a modo de puente, para ayudarla a pasar al otro carruaje sin arruinarse el vestido.

La joven aceptó la mano que el italiano le tendía desde el otro lado para darse impulso, y salvó con agilidad el espacio entre ambos vehículos. Entonces, se acomodó lo justo sobre el asiento de cuero granate, esforzándose por mantener el porte erguido tal y como correspondía a una dama.

—¿Y vuestro acompañante? —preguntó entonces Lorenzo—. ¿No viene?

—¿Mi acompañante? —repitió Beatriz, con cara de no entender muy bien a quién se refería. Entonces cayó en la cuenta—. ¡Ah, os referís a Beltrán! No pasa nada, es nuestro mozo de caballerizas. Es su trabajo arreglar el carruaje. Se las apañará...

Lorenzo se encogió de hombros y se llevó el dedo índice de la mano al ala del sombrero en gesto de despedida hacia Beltrán, quien había observado la escena en absoluto silencio. El muchacho ni siquiera acertó a responder.

Con un chasquido del látigo, el cochero azuzó a los caballos y el carruaje se puso en marcha en el preciso instante en que dejaba de chispear. Mientras lo observaba alejarse, Beltrán se sentó en el escalón por el que instantes antes había abandonado el carro la joven. Se permitió quedarse allí un rato, quieto, con las piernas colgando por encima del charco. En cierto modo había tenido suerte: su ama llegaría a tiempo a su cita y él tenía ahora las manos libres para dirigirse a la residencia de los Ortigosa en busca de ayuda.

Ya solo era cuestión de reparar la maldita rueda. Solventado el problema más acuciante, aquello le preocupaba lo justo: Bartolomé sabría bien qué hacer.

Cuando finalmente emprendió a pie el camino de vuelta, en su semblante tenía dibujada una sonrisa bobalicona. ¡La dulce Beatriz sabía su nombre!

El transporte de la corona dejó la senda que subía al cerro de Matabueyes para enfilarse el ancho camino del puerto de Navacerrada. A bordo, Beatriz y Lorenzo departían con más embarazo que desenvoltura. No era una situación cómoda para una dama el encontrarse con un desconocido a solas, y menos en la proximidad de un habitáculo tan pequeño. Habría sido peor, claro, que se hubiese producido en un lugar más concurrido, puesto que fácilmente podría haber dado lugar a habladurías. Con todo, lo que más cohibía a la joven era la desfachatez con la que él se había comportado días atrás en la catedral. Aquello no tenía justificación posible. Sentía que el italiano, por muy amable que hubiese sido al detenerse a auxiliarla en el camino, le debía aún una disculpa.

Durante los primeros minutos apenas habían intercambiado palabra. Ella, incorporada sobre el borde del asiento, recta la espalda y tiesa como una escultura; él, recostado sobre el respaldo de cuero, aprovechaba su posición para recrearse sin ser visto en el perfil de la joven.

¡Qué hermosa era! Y, sin embargo, no era su belleza lo que más le llamaba la atención. Tenía ese no sé qué de las españolas... esa manera de conducirse, esa arrogancia digna, entre austera e ingenua, que tanto le atraía y que nunca antes había encontrado en mujeres de ningún otro lugar.

Lorenzo había intentado comenzar la conversación en repetidas ocasiones, refiriéndose al accidente y a la meteorología. Incluso —a riesgo de cometer una indiscreción— había llegado a preguntar a la joven por los asuntos que la llevaban aquel día a palacio. A cambio, ella se había mostrado poco locuaz, respondiendo a sus avances con monosílabos y frases cortas. Tras varias tentativas fallidas, el italiano había decidido cerrar la boca y dejar a la joven a su aire.

Esta, pasado ya el azoramiento inicial, y muy a pesar de lo agradecida que se sentía, decidió abordar por fin las cuitas pendientes:

—¿Siempre miráis a las jovencitas con ese descaro en la iglesia, señor de Parma? —dijo en un tono de reproche del que se sorprendió hasta ella misma.

La audacia de la joven dejó mudo al pamesano. Había advertido antes el brillo inteligente de sus ojos, y no le parecía que fuese el tipo de señorita a la que fuera a ganarse con un «es que no podía apartar la mirada de vos». Tampoco cabía hacerse el loco, pues era evidente que ambos se habían reconocido a primera vista. Pese a todo, no se puso nervioso: si en algo era ducho, era precisamente en el trato con jovencitas. Interpuso una justificación con retranca enigmática:

—Una conducta del todo inapropiada por mi parte, bella dama. Por favor, aceptad mis excusas —contestó. Y de inmediato añadió—: me temo que os confundí con una conocida.

Los labios de Beatriz, cuyas comisuras se habían curvado ligeramente hacia arriba al escuchar la disculpa, volvieron de golpe a su posición inicial. ¿Una conocida, decía? ¿Quién sería? ¿Qué entendería aquel hombre por «conocida»? ¿Se refería acaso a un antiguo amor? ¿A una mujer a la

que había cortejado? ¿O, quizá —Dios no lo quisiera—, a una mujer de moral distraída? En cualquier caso, ¿miraba así el italiano a todas sus «conocidas»?

No sintiéndose con derecho a indagar más ante su benefactor, solo pudo dar por buena la respuesta.

—Disculpas aceptadas, señor de Parma.

El italiano creyó adivinar un resquicio en las defensas de la joven, y pensó que, ahora sí, había llegado su momento.

—En mi país natal, la mirada de un hombre hace que una señorita se sienta halagada, no ofendida —aventuró con fingida timidez.

Beatriz guardó silencio durante unos instantes. Aquello podía ser simple pretexto, pero también podía significar que ella lo había juzgado con excesiva dureza. Después de todo, se trataba de un extranjero, y todo el mundo sabía que las costumbres extranjeras eran más liberales: no había más que ver el comportamiento de algunos cortesanos. Le vino a la cabeza la imagen de la princesa de Rímini y su afición por los vicios, y decidió que el malentendido podía achacarse a cuestiones de índole cultural.

—Creo, en ese caso, que debéis disculparme vos a mí, mi señor —terció—. Espero no haberos avergonzado en exceso. Me temo que las costumbres castellanas son más adustas que las vuestras.

—Supongo que me haré a los usos. Aún llevo poco tiempo aquí.

Beatriz reparó de nuevo en el fuerte acento italiano de su acompañante. Hablaba el castellano con corrección, pero pronunciaba las sílabas como quien tararea una melodía, a la usanza de sus compatriotas. Dedujo que lo habría aprendido en Italia. En cualquier caso, se sentía algo culpable por el intercambio anterior, y quiso evitar que el hombre la tomase por una desagradecida.

—¿Cuándo llegasteis a España? —preguntó en tono casual.

—Hace apenas dos meses que mi barco atracó en el puerto de Barcelona, procedente de Génova —expuso él—. Pasé brevemente por Madrid para llevar a cabo unos encargos y luego encaminé mis pasos hacia Segovia. Llegué aquí unas semanas atrás.

—¿Puedo preguntaros si os quedaréis mucho tiempo?

—Estoy a las órdenes del marqués de Scotti, secretario personal de la reina. Así pues, supongo que la respuesta a vuestra pregunta es que dependo directamente de lo que decida su majestad —respondió Lorenzo; entonces sintió una repentina curiosidad por los orígenes de ella—. ¿Y vos, sois de aquí?

—Así es, mi señor. Nací y me críe aquí.

—¿Dijisteis antes que sois hija del conde de Ortigosa?

—En efecto, lo soy —respondió ella, sorprendida—. ¿Conocéis a mi padre?

—He tenido la oportunidad de departir con él esta misma mañana en la Junta de Obras y Bosques. Un hombre inteligente, el señor conde —alabó—. Y capaz.

Beatriz se alegró al escuchar las palabras de estima hacia su padre en boca del italiano. No pudo reprimir una sonrisa.

—Al fin sonreís —recalcó él.

Beatriz iba a contestar cuando les interrumpió la voz del cochero anunciando su llegada al palacio de La Granja. Hacía ya rato que había dejado de llover, aunque las nubes no se habían disipado aún. Caballeroso, el italiano la ayudó a descender del carruaje exactamente en el mismo lugar donde ella se había bajado del coche de su padre la noche de Todos los Santos.

—Ha sido un placer, joven dama —se despidió el italiano, besándole la mano.

—El gusto ha sido mío, mi señor de Parma. Muchas gracias por vuestra amabilidad —entonces

se interrumpió—. Y siento... siento haberos importunado.

—Lo que me importunaría de verdad sería no tener la ocasión de volver a veros.

Ella lo miró a los ojos, con una sonrisita presumida.

—Hasta la próxima, pues —se despidió.

—Hasta la próxima.

Solo entonces, Beatriz reparó en la presencia de Amelia de Rímini, que la esperaba tras la cristalera de los salones de la planta baja del palacio. Llegaba tarde. Hizo un último gesto de despedida con la mano en dirección a Lorenzo y encaminó alegremente sus pasos hacia el edificio.

Ante él se abría un panorama dantesco. Esparcidos por el suelo se encontraban los cadáveres despedazados de varias ovejas. Una docena, calculó el lobero a primera vista. Tal vez alguna más. Y los de los dos perros.

Los restos no habían comenzado todavía a descomponerse por causa del frío, pero no tardarían en hacerlo. Si el rebaño hubiera sido suyo, habría hecho por recoger aquella escabechina lo antes posible para evitar atraer a los carroñeros, pero no expresó sus opiniones en voz alta. Ese no era su problema.

A sus espaldas, el pastor conversaba en voz queda con el conde de Ortigosa. El encuentro entre los tres se había concertado en la taberna del Gato la noche anterior, a través de un intermediario y con la mayor de las cautelas. En un principio el lobero se había mostrado renuente a ponerse a disposición del conde, un representante de la autoridad que con tanto ahínco luchaba por sortear. Sin embargo, pronto había llegado a la conclusión de que, si el conde estaba ya al corriente de sus andanzas como alimañero, desairarlo entrañaba ciertos riesgos. Así pues, y muy a su pesar, no le había quedado otra alternativa que acudir.

—¿Y bien? —preguntó entonces Ortigosa—. ¿Qué opinión os merece todo esto?

—¿Dice que fue un solo animal? —indagó el lobero, incrédulo.

—Este hombre no tiene ningún motivo para mentir, señor alimañero —replicó Ortigosa, refiriéndose al pastor con un gesto del mentón—; ni tampoco los pastores que sufrieron el ataque de la semana pasada. Más conveniente les sería decir que es la obra de una manada entera. Así resultaría más fácil justificar una petición de ampliar la cuota venatoria ante la Junta de Obras y Bosques.

El lobero asintió en silencio. Estaba claro que el conde tenía razón. Aquella gente no actuaba por interés, sino por miedo. En cuanto a la masacre, no le parecía extraña en un ataque lobuno. El lobo está acostumbrado a atacar a presas que huyen y se dispersan. Si estas se mantienen juntas y encerradas en un corral, el ansia predatoria se multiplica, y el lobo mata más de lo que necesita para comer. Cuestión de instinto, ni más ni menos. El pastor lo sabría tan de buena tinta como él, y Ortigosa posiblemente también. Lo que ninguno de los tres había visto jamás era tamaño destrozo de parte de un único animal, ni mucho menos lo de los perros. Que un solo lobo se enfrentase a un mastín ya era raro, pero que los hubiese despedazado a los dos con aparente facilidad resultaba asombroso.

—Todo esto es muy inusual —dijo al fin.

El conde no hizo ningún gesto. No le correspondía a él juzgar, aunque sabía lo bastante de lobos y rebaños como para estar de acuerdo con el comentario del lobero.

—He podido saber que hubo un ataque hace dos semanas cerca de Revenga, a algo menos de una legua de aquí; y otro pocos días antes en Palazuelos, a unas dos leguas en dirección noreste —

anunció entonces—. Todavía no he tenido ocasión de hablar con los dueños de los rebaños en persona, pero puedo facilitarle la forma de contactar con ellos si así lo requiere.

—¿Son estos los primeros ataques?

—Sí, aunque eso no quiere decir que ese lobo... «Demonio», lo llaman, sea nuevo por estos contornos. El invierno está siendo muy frío y las presas en la parte alta del valle deben haber comenzado a escasear. Quizá sea eso lo que lo haya empujado a acercarse hasta aquí.

—Demonio... —repitió el lobero entre dientes.

—Pronto no quedará lugareño al este de Segovia que no haya oído hablar de esa bestia —prosiguió el conde—. Estos últimos ataques han tenido lugar demasiado cerca de las aldeas. Y las noticias vuelan.

El lobero asintió, pensativo. Su rostro no dejaba translucir ninguna emoción. Entonces se volvió y se encaró con el pastor:

—¿Estáis seguro de que fue un único lobo?

El interpelado, aturdido por lo inesperado de la pregunta, tardó unos segundos en reaccionar.

—Sí, mi señor —balbució—. Solo uno.

—¿Grande?

—El más grande que haya visto en mi vida. Tanto como un mastín, y...

—¿Y...?

—Tenía un aspecto... —el pastor se interrumpió, buscando la palabra adecuada— un aspecto extraño.

Los párpados del lobero se estrecharon en expresión inquisitiva. El gesto de incredulidad le confería un aspecto tan arisco que el pastor se sintió intimidado. Tardó unos instantes en responder.

—Demonio no es de color pardo, como los de por aquí. Es más bien oscuro por el lomo, pero tiene las patas blancas. Y mucho pelo en el pecho y en la cruz.

—¿Me habláis de un lobo o de una bestia de pesadilla? —inquirió el lobero con sorna.

—He visto docenas de lobos en mi vida, mi señor —contestó el pastor, en tono indignado—. Y me he enfrentado a ellos. Normalmente se espantan si los perros hacen su trabajo y si yo meto bulla, pero este no.

Aquello sonaba raro. Muy raro. En otras circunstancias, el lobero habría pensado que le tomaban el pelo, pero ni el pastor ni Ortigosa tenían aspecto de estar de broma. Además, el macabro cuadro que tenía ante sus ojos despejaba cualquier duda.

La voz de Ortigosa interrumpió sus pensamientos:

—Sea como fuere, este lobo es ahora cuestión suya.

Al lobero le pareció indebida la confianza implícita en aquella afirmación. No recordaba haberse comprometido a nada todavía. Aun así, la situación aconsejaba prudencia.

—¿Por qué yo? —inquirió.

—El tiempo apremia y las referencias son buenas.

Ortigosa había hablado en un tono muy persuasivo, pensó el lobero. Sin duda sabía que, por mucho que buscarse, no encontraría a demasiados de su condición por aquellos lares. Poca gente quedaba ya dispuesta a jugarse el cuello por la piel de un animal.

Le asaltó la duda. Desde luego, se sentía atraído por el reto de cazar un lobo cuyo patrón de comportamiento se alejaba tanto de la norma. Eso sin olvidar la posibilidad de una succulenta recompensa. En el otro lado de la balanza estaba el tiempo y esfuerzo que aquello le iba a

suponer. Como mínimo algunas semanas a la intemperie. Y lo inoportuno del momento, sobre todo esto último.

—Cincuenta reales —dijo al fin—. Veinticinco ahora y el resto contra la piel.

Ortigosa resopló con desdén. Cincuenta reales por un único lobo era una auténtica fortuna, por fiero que el animal fuese.

—Me temo, señor lobero, que no tiene usted la sartén por el mango.

—Vos sois quien me necesita.

—Sin duda, pero vos sois un forajido y yo un representante del pueblo.

—¿Es una amenaza?

—Tómeselo como quiera.

—¿Y si le voy con el cuento a Campillo?

—Con todos los respetos, sería la palabra de un cazador furtivo contra la del conde de Ortigosa. Me temo que no saldríais bien parado.

—No hay pruebas de que yo sea tal.

—¿De veras? —replicó burlón el conde.

Ambos guardaron silencio. La negociación se había producido a la velocidad del rayo, como si cada uno hubiera previsto de antemano las contestaciones del otro. Sin embargo, a la vuelta del intercambio resultaba evidente quién llevaba las de ganar.

—Seamos razonables, señor lobero —prosiguió inesperadamente Ortigosa—. Le ofrezco veinticinco reales contra la piel y el agradecimiento eterno del pueblo de Segovia.

Veinticinco reales no eran moco de pavo, razonó el lobero. Los segovianos y sus agradecimientos le importaban un rábano, claro, pero aquella oferta ponía de manifiesto que el conde estaba por la labor de un trato justo. Valía la pena dar una vuelta de tuerca más, como inversión de futuro.

—Veinticinco contra la piel y el derecho de ejercer mi oficio en todo Valsain. Para siempre y sin trabas.

Ortigosa ponderó la contraoferta. Se sentía reacio a hacer concesiones después de haber dejado patente su posición de fuerza, y lo que aquel hombre demandaba no estaba por completo en su mano. Sin embargo, había algo en el planteamiento del lobero que no le sonaba del todo mal. Los inútiles de Campillo se pasaban el día bebiendo y jugando a las cartas, mientras las alimañas proliferaban por todas partes. Quienes lo sufrían eran las gentes de a pie, es decir, los que alimentaban la fortaleza de la posición del conde en el gobierno de la ciudad. El pueblo estaría encantado con la idea de poder tratar con loberos sin necesidad de esconderse de la justicia. En otras palabras: lo que aquel forajido le ponía en bandeja no era ni más ni menos que una oportunidad para reafirmar su posición de interlocutor válido ante la corona.

Cierto. Costaría un poco convencer al italiano, pero las relaciones eran buenas y había argumentos suficientes, sobre todo en vista de la gravedad de la situación. Además, en la inmensidad de los pinares, ¿qué daño podía hacer un único alimañero?

Y, a las malas, siempre podría decirle al lobero que tenía que rebajar sus pretensiones. Eso sí, a toro pasado.

—Puede contar con ello —sentenció finalmente el conde—. Pero la recompensa viene con la piel, no antes.

—Bienvenida, querida Beatriz —invitó la princesa de Rímini—. Espero que no os hayáis constipado. Hace un frío atroz ahí fuera.

—Excusad mi retraso, señora. Tuvimos un percance con el carruaje... —comenzó a disculparse la joven.

—No os preocupéis, no había premura alguna. ¿Un percance decís? —preguntó la princesa, con expresión alarmada—. ¡Dios santo, niña! Confío en que no haya sido nada grave.

—Estoy bien —la tranquilizó Beatriz—. Hicimos pedazos una rueda en un bache traicionero. Nada que no pueda repararse, por fortuna.

A través de la cristalera, la princesa echó un vistazo rápido al exterior, donde Lorenzo de Parma todavía daba instrucciones al cochero. Un brillo pícaro iluminó su mirada. Entonces, se volvió hacia la joven con gesto cómplice.

—Como dicen por aquí: no hay mal que por bien no venga —dijo guiñándole un ojo—. Al menos habéis podido completar el viaje en buena compañía.

—Fue una simple casualidad —protestó la joven, azorada.

—Sí, sí, claro, niña... Y decidme: ¿qué opinión os merece el señor de Parma? No me negaréis que es un caballero apuesto.

Beatriz se preguntó si habría respuesta correcta a esa pregunta. Pensó una evasiva rápida para cambiar de tema, pero la princesa se adelantó:

—¡Os gusta! —exclamó, divertida.

—No... no es eso...

Beatriz sintió cómo las mejillas se le coloreaban y la princesa soltó una carcajada. Ofuscada, la joven no pudo evitar pensar que, si las comadreas tuviesen la facultad de reír, lo harían precisamente así.

—Por favor, jovencita. ¡Si se os ve en la cara!

—Me temo que os equivocáis, mi señora —Beatriz hizo cuanto pudo por adoptar un tono de voz indiferente—. Apenas conozco a ese hombre. En realidad, es la primera vez que hablo con él.

—¿Quiere eso decir que no es la primera vez que os veis? —interpeló de inmediato la princesa. Sus ojillos brillaban inquisitivos.

Caramba, pensó Beatriz. Aquella cacatúa era la mujer más perspicaz que había conocido nunca. ¿Cómo podía haberse dado cuenta? ¿Estaba acaso en la catedral aquel domingo? Desde luego, no recordaba haberse percatado de su presencia ¿Quizá era algo que ella misma había dicho lo que la había puesto sobre la pista?

No tenía nada que confesar, en cualquier caso. Optó por hacerse la loca:

—No sé a qué os referís, mi señora —repuso apaciblemente—. Solo sé que, si por vos fuera, la boda tendría lugar esta misma semana.

—Está bien, está bien... —pareció conformarse la italiana, y entonces volvió a la carga—: ¡Pero no cejaré hasta que admitáis que don Lorenzo es un hombre apuesto!

—Apuesto o no, le queda un largo camino por recorrer —resopló Beatriz, exagerando el tono de fastidio.

Amelia de Rímini rio de buena gana, dándose al fin por vencida.

—Así me gusta, niña. No hay que ponérselo fácil a los hombres. En fin, caminad conmigo, os lo ruego. Os conduciré a la sala de bordados.

Beatriz obedeció. A medida que atravesaba los salones, sin prestar mucha atención a la insustancial charla de la princesa, se dio cuenta de que era justamente allí donde se había celebrado el baile de la noche de Todos los Santos. Vacías, aquellas estancias transmitían la

misma sensación de opulencia, si bien ahora parecían muchísimo más grandes. Al paso tranquilo de su compañera, tardaron unos minutos en recorrer la sucesión de salones diáfanos que componían la mayor parte de la planta inferior del palacio.

—Es por aquí —indicó entonces la princesa, refiriéndose a una escalera de mármol jalonada por barandillas de bronce.

Subieron la escalera despacio. Beatriz se dio cuenta de que a la de Rímini le faltaba el resuello. Era evidente que no estaba hecha al ejercicio físico.

Al llegar al segundo piso, doblaron un recodo en el pasillo y se encontraron frente a frente con un ujier de palacio. El hombre, de complexión delgada, iba elegantemente ataviado con chaquetilla y calzón de terciopelo azul celeste y peluca. Se mantenía muy erguido, en posición de firmes, junto a las enormes puertas blancas del salón de bordados.

No sin cierta maldad, Beatriz pensó que había algo de cómico en la pose militar de un varón vestido y maquillado como una mujer, pero evitó decírselo a su acompañante por miedo a que él la oyese.

Al ver a la princesa, el ujier hizo una leve reverencia y abrió de inmediato las puertas. Beatriz creyó advertir un intercambio cómplice de miradas entre los dos, pero sus apreciaciones pasaron a un segundo plano al descubrir ante sí todo el esplendor de la habitación favorita de la soberana.

Se trataba de una cámara amplia, de planta rectangular. El suelo se hallaba cubierto con una gruesa alfombra de proveniencia exótica, que amortiguaba por completo el ruido de las pisadas. Junto al fuego crepitante del hogar, esta confería a la sala un aspecto de lo más acogedor. Las paredes estaban salpicadas de falsas columnas de mármol rosa, prolijamente decoradas con frescos de temáticas bíblicas. Remataba el conjunto una espectacular lámpara de araña de cristal de Bohemia, la más grande que Beatriz había visto jamás.

Al fondo, sentada en un elegante sillón tapizado en terciopelo rojo, se encontraba la reina Isabel de Farnesio. A su alrededor, y por debajo de ella, un puñado de damas charlaban en voz queda, acomodadas sobre una gran pila de cojines. En la estancia habría al menos otras doce o quince mujeres de apariencia noble, todas ellas sentadas sobre los bancos de maderas exóticas que jalonaban las paredes. La mayoría bordaban en silencio. El resto estaban de cháchara. Ninguna pareció reparar en las recién llegadas.

—Acompañadme —susurró entonces la princesa.

Se aproximaron despacio al sillón de la reina. A Beatriz le pareció que la lentitud era deliberada, como para dar tiempo a que la soberana se percatase de su presencia y levantase la mirada hacia ellas.

Beatriz la había visto más de un domingo por la mañana en la catedral, pero nunca tan de cerca. Se fijó discretamente en el óvalo de su rostro, con su nariz alargada, sus picaduras de acné y sus grandes ojos oscuros. Andaría mediada la treintena, no muy bien llevada, a decir verdad. La joven reparó, extrañada, en que la reina sostenía en la mano derecha una curiosa pipa compuesta por una larguísima boquilla de nácar y una minúscula cazoleta de pedrería. Nunca antes había visto fumar a una mujer, y no pudo sino dejarse obnubilar por las delicadas volutas de humo blanco que salían de los labios de la soberana.

—Majestad... —la voz de Amelia de Rímini la sobresaltó, sacándola de su ensimismamiento.

La reina levantó entonces la vista, sin aparentar demasiado interés.

—*Bongiorno*, Amelia —saludó. Su tono de voz era grave, casi varonil—. ¿Quién es esta joven?

—Os presento a Beatriz de Ortigosa, hija del conde de Ortigosa, de la ciudad de Segovia.

—Mucho gusto, joven Beatriz. ¿Qué os trae por aquí?

Beatriz se sintió cohibida por la interpelación directa de la soberana. No supo qué contestar. En realidad, ni siquiera sabía muy bien qué hacía allí. Por fortuna, la princesa acudió en su auxilio.

—La joven condesa es mi invitada, majestad. Es una buena amiga y, según dicen, una bordadora excelente.

—*Sei la benvenuta, figliola* —respondió la reina, sin ocultar su desinterés—. Espero que encuentres todo esto de tu agrado.

Entonces, con admirable economía de gestos, Isabel de Farnesio hizo un ademán con la mano izquierda que ambas mujeres identificaron a un tiempo con el beneplácito a la presencia de la joven en su círculo de damas y con el fin de la conversación.

—Gracias, majestad —acertó a musitar Beatriz.

Las dos anduvieron unos pasos hacia atrás, sin dar en ningún momento la espalda a la reina. Solo cuando esta apartó la mirada se permitieron buscar un lugar libre entre las bordadoras.

Durante las semanas posteriores Beatriz se convirtió en asidua al salón de bordados. Asistía siempre que se presentaba la oportunidad, en ocasiones hasta tres o cuatro veces por semana. Su simpatía natural y su belleza, amén de su inteligencia y su ademán discreto, encajaban bien con la sofisticación de la corte borbónica. Disfrutaba de aquel ambiente refinado casi tanto como de la posibilidad de presumir de él ante Adelita de Guzmán y el resto de sus amigas de toda la vida. De esta manera, y para alegría del señor conde, la corte fue reemplazando poco a poco a los orfanatos, y los temas de conversación de la joven evolucionaron inequívocamente hacia el tipo de inquietudes que uno esperaría de una joven aristócrata.

Beatriz no tardó en descubrir que la amistad de la princesa de Rímini abría muchas puertas en palacio. Aquella mujer era extraordinaria. Revoloteaba de acá para allá como una gallina clueca, mientras bromeaba con unos y con otros, pero siempre parecía conseguir lo que se proponía. Curiosamente, y pese a sus frecuentes indiscreciones, parecía llevarse bien con todo el mundo. A fuer de caminar de su brazo durante los primeros días, el conjunto de la corte terminó por asumir que Beatriz era una suerte de protegida de la italiana, y que como tal debía ser tratada.

Con el paso del tiempo, la joven descubrió que, ante un servicio compuesto casi íntegramente por hombres, las puertas que no abría su asociación tácita con la princesa podían a menudo abrirse con la llave de la coquetería; y así, terminó por moverse casi a voluntad por las dependencias palaciegas.

Cuando echaba la vista atrás, se asombraba de lo anodina que había transcurrido su existencia hasta aquel momento, y de cómo todo había cambiado de manera repentina en apenas unas pocas semanas. Era verdad que, por su educación austera, la frivolidad de aquellos ambientes todavía la incomodaba en ocasiones, pero se sentía atraída por la idea de transgredir las normas de vez en cuando sin que nadie se escandalizase. Después de todo, sus principios morales eran sólidos. No albergaba la menor duda de que sabría tomar las decisiones correctas, por complejos que fueran los dilemas que la disoluta vida de la corte pudiera plantear.

Cada vez más persuadida de que había nacido para ese tipo de existencia, se prometió a sí misma que, a partir de aquel momento, haría todo lo posible para que su futuro estuviese siempre ligado a la vida en palacio.

VIII

Era sábado por la tarde. Como solía ocurrir siempre en aquel momento de la semana, en la residencia de los Ortigosa se respiraba tranquilidad. El silencio reinaba por los pasillos, en parte porque nadie quería despertar de su siesta al señor conde, y en parte porque la mayoría de la servidumbre había aprovechado la coyuntura para retirarse discretamente a dar una cabezada.

Solo Beltrán permanecía alerta. Agazapado en el peldaño más alto de las escaleras del sótano, sostenía en la mano el extremo de un cordel. Se mantenía quieto como una estatua, con la mirada fija en una trampa de su invención.

Se trataba de una simple caja de cartón que había dispuesto boca abajo en el mismo centro de la estancia. Un extremo estaba apoyado sobre el suelo, mientras que el opuesto descansaba sobre una rama en forma de tirachinas dispuesta en vertical. La caja se mantenía inclinada en ángulo de cuarenta y cinco grados, con una abertura lo suficientemente grande como para permitir la entrada de la rata. A la rama había atado un cordel, del que tiraría para atraparla.

Con objeto de llamar la atención de su presa, el muchacho había distraído un pedazo de queso maloliente de la despensa y lo había colocado en el interior. Estaba convencido de que aquello tenía visos de funcionar.

Los minutos pasaban despacio, y no había ni rastro de la rata. Hacía días que Beltrán la había visto por primera vez, justo en el lugar donde había colocado su trampa. La idea de cazar su primera alimaña le había parecido atractiva al instante, y así, se había impuesto a sí mismo el desafío.

—¿Qué haces?

El sonido de una voz femenina lo sobresaltó. Por un momento temió que fuese a ahuyentar a su presa.

—*Shhhh*, ¡Calla, Manuela! —chistó molesto, sin apenas apartar la mirada de la trampa.

—Bonita contestación —respondió la voz en el mismo tono monocorde.

Teméndose lo peor, Beltrán giró la cabeza, solo para encontrarse con la mirada severa de Beatriz. El corazón le dio un vuelco. No había tenido ocasión de volver a verla desde el episodio del carruaje, y temía que ella estuviese aún enfadada. Por fortuna, la joven no dijo nada al respecto. Tampoco insistió en materia de modales. Durante los breves instantes en los que se sostuvieron la mirada, Beltrán advirtió que en el gesto de su joven ama había más curiosidad que irritación, y casi se ruborizó de placer.

—Perdón, señora. No sabía que erais vos.

—Eso ya lo veo —contestó airada la joven—. Te he preguntado que qué haces.

—Estoy... estoy cazando —respondió Beltrán en voz baja.

—¿Y qué cazas? ¿Osos? —se burló ella.

Beltrán sintió una punzada de vergüenza ante la chanza. Sin embargo, ni tan siquiera se planteó la posibilidad de dar una réplica cortante. Si aquella era de verdad su oportunidad de impresionar a la joven, debía jugar sus cartas con maestría. Y con paciencia. Sobre todo, con paciencia.

Haciendo acopio de orgullo, respondió:

—Intento cazar una rata. Una enorme rata negra que vi el otro día entre los sacos de grano.

—¿Una rata? ¿Aquí dentro?—repitió Beatriz, escéptica.

La joven había bajado el tono de voz para equipararlo al suyo. Beltrán experimentó una nueva oleada de satisfacción al darse cuenta: había conseguido llamar su atención.

—Sí, mi señora.

—¿Y llevas mucho rato aquí?

—Desde la hora de comer.

—¿La has visto?

—Aún no.

—¿Y qué te hace pensar que vendrá?

—La trampa es buena. Solo es cuestión de paciencia.

—Ya veo —repuso Beatriz, sin convicción.

En aquel momento Beltrán temió que, aburrida, ella se marchase, y decidió hacer todo lo posible por retenerla a su lado.

—La mejor arma del alimañero es la paciencia —dijo entonces, como para darse importancia.

Ella no pudo controlar un acceso de risa ante las ínfulas del muchacho.

—¿Alimañero? ¿Ahora eres alimañero, tú?

Las carcajadas ahogadas de la joven hirieron a Beltrán en lo más profundo. ¿Qué problema tenía?, pensó. ¿Por qué no podía él ser un alimañero? Sin embargo, no tardó en tomar conciencia de su propio ridículo. Una cosa era que él considerase aquello una suerte de entrenamiento, y otra muy distinta era que pudiese referirse a sí mismo como alimañero por el mero hecho de tender trampas para ratas en una de las residencias más adineradas de Segovia.

Un verdadero alimañero cazaba lobos en campo abierto, no ratas en un sótano.

—No, claro que no —admitió con amargura—. Pero algún día lo seré.

—No eres más que un crío —sentenció ella, mientras recuperaba poco a poco la compostura—. Mejor harías en aprender a montar a caballo. ¿Cómo vas a cazar en el pinar si ni siquiera eres capaz de mantenerte sobre una bestia de tiro?

Beltrán se vio obligado a aceptar que la joven tenía razón. Iba a responder cualquier cosa cuando, de repente, la rata salió de su escondite.

—¡Mirad! —exclamó en un susurro—. ¡Ahí está!

Su advertencia resultó del todo innecesaria, por cuanto Beatriz ya se había apercebido de la presencia del roedor. El rostro de la joven tenía ahora dibujada una expresión a medio camino entre el asco y el miedo. Beltrán sintió un cosquilleo de satisfacción al experimentar cómo las delicadas manos de ella se aferraban inconscientemente a sus hombros.

Ambos permanecieron muy quietos para no asustar a la presa. Esta parecía haber olfateado ya el queso. Sin apartar el hocico del suelo, describió una trayectoria serpenteante en dirección a la trampa. Las manos de Beltrán temblaban de emoción ante la oportunidad de impresionar de verdad a la condesita. «Un poco más..., un poco más...» repitió para sí, como si deseándolo con todas sus fuerzas fuese capaz de empujar al animal en la dirección correcta.

La rata pareció obedecerle. Levantando la vista del suelo, divisó el queso y le faltó tiempo para introducirse de lleno bajo la caja. Cuando de ella ya solo se veía la larguísima cola, Beltrán sintió cómo los dedos de la joven le apretaban los hombros con fuerza.

No necesitó más. Con un tirón seco precipitó el cierre de la trampa.

—¡Ja! —exclamó triunfante.

Había funcionado.

Se miraron con los ojos muy abiertos. Al percatarse de que aún tenía las manos sobre los hombros de él, Beatriz las apartó, súbitamente incómoda.

—Vamos, alimañero, ve a cobrarte tu presa —dijo entonces en un tono antipático que evidenciaba su voluntad de poner las cosas en su sitio.

Exultante como estaba, Beltrán hizo caso omiso del matiz. Se puso de pie de un salto y bajó las escaleras a todo correr. Ella lo siguió a una distancia prudencial.

El muchacho no cabía en sí de gozo. ¡La había cazado! ¡Y delante de la dulce Beatriz, nada menos! Ahora solo faltaba cobrarse la pieza...

Solo cayó en la cuenta cuando se encontró al lado mismo de la trampa: no había previsto cómo demonios iba a sacar a la rata de ahí. En realidad, tampoco sabía lo que iba a hacer después con ella. ¿Matarla quizás? No parecía apropiado hacerlo a sangre fría y allí en medio, ante los ojos sensibles de la joven. ¿Soltarla en otro sitio? Peor aún. ¡Pues valiente alimañero era el que se limitaba a trasladar el problema a terceros!

Todavía no había tomado una decisión cuando la caja echó a correr a toda velocidad. Beltrán profirió un juramento. Tampoco había previsto que el peso del cartón sería insuficiente para atrapar a la rata en el sitio.

La caja se desplazaba erráticamente de un lado para otro por el suelo del sótano. Pasó junto a él como alma que lleva el diablo, antes de poner rumbo hacia las escaleras.

—¡Cuidado, Beatriz! —gritó Beltrán, para alertar a la joven.

Demasiado tarde. La trampa se dirigía ahora hacia ella, y Beatriz la miraba sin mover un músculo, paralizada de horror.

Entonces, por efecto de la velocidad, la caja saltó por los aires. El roedor tenía la boca abierta de par en par, dejando al descubierto dos hileras de diminutos y afiladísimos dientes.

Beatriz gimoteó de miedo al sentir cómo la rata se le colaba por debajo de las enaguas del vestido.

—¡Quítamela! ¡quítamela! —exclamó, histérica.

Obediente, el muchacho se lanzó en plancha hacia ella y le levantó las faldas, decidido a liberar a su dama de la amenaza.

—¿¡Pero qué haces, patán!?! ¡Sal de ahí!

En aquel momento, Beatriz no habría sido capaz de decidir si se sentía más enfadada, indignada o asustada, pero la reacción del muchacho la sacó de su parálisis. Le propinó a Beltrán un puntapié tan fuerte como pudo, para apartarlo de sí, y huyó a toda prisa en dirección hacia las escaleras.

La rata, al verse de nuevo al descubierto, emitió un chillido salvaje y, con un gran salto, se escondió tras los sacos de trigo.

El sótano quedó en silencio. Beltrán yacía despatarrado en el suelo, frotándose con la palma de la mano el lado de la cabeza en el que le había alcanzado la sandalia de la joven. Ella resoplaba aún de miedo, aferrada con las dos manos a la barandilla. Estaba pálida de ira.

—¡Eres un crío, Beltrán Sánchez! —le espetó en tono despectivo mientras desaparecía escaleras arriba.

Germán de Allepuz maldijo entre dientes. El lobo llevaba semanas dándole esquinazo. Tras su pista habían llegado las festividades de la Inmaculada Concepción y de la Natividad del Señor, y

como llegaron se fueron sin que fuese capaz siquiera de avistarlo. Sabía que aquello no tenía nada de extraño: perseguir a un único animal era más complicado que localizar el cubil de una manada, puesto que un lobo solitario es de natural más móvil y anárquico de movimientos. Además, el hecho de que Demonio no respetase los territorios de las manadas locales y su tendencia a hacer incursiones en la llanura agrandaban considerablemente el radio de búsqueda. Sin embargo, le irritaba la sensación de dar palos de ciego.

Por dos veces creyó encontrar el rastro, pero sendas nevadas nocturnas le hicieron perder comba. En ocasiones, se adueñaba de él la certeza de que Demonio había detectado ya su presencia, hasta el punto de que se sentía incómodamente observado. Por fortuna, el animal parecía preferir presas más asequibles que un hombre armado, y así pasaban los días sin que tuviera nada con lo que honrar su acuerdo con el conde.

Con una última mirada atrás, la princesa de Rímini se aseguró de que nadie la seguía antes de atravesar el portalón de madera que daba acceso al convento de la Santa Cruz. La recibió un dominico enjuto, de facciones cadavéricas y ademán taciturno, que se presentó como el hermano Fidel. No le cupo duda de que el fraile había sido prevenido de su visita, pues la condujo sin decir nada más por la sucesión de senderos empedrados que se adentraban en los jardines del complejo.

Aquella mañana la expresión en el rostro de la princesa era de preocupación. No tenía del todo claro por qué la habían hecho llamar, ni tampoco se sentía nada cómoda en el ambiente retraído de un convento de frailes. Tan fuera de lugar se la veía que cualquiera de sus amistades, de habérsela encontrado por allí, se habría cuestionado si en efecto se trataba de la jovial italiana.

El caminito desembocaba en un arco de piedra coronado por la antigua divisa de armas de los Reyes Católicos. Tras cruzarlo, el fraile hizo una casi imperceptible inclinación de despedida en dirección a ella y desapareció a toda velocidad por donde habían venido. A él también le resultaba inoportuna la idea de pasear junto a una mujer por el interior del convento.

La princesa se encontró entonces en un pequeño y frondoso patio ajardinado, jalonado por altas tapias de piedra y presidido desde su mismo centro por un crucero de granito. Se trataba de un lugar silencioso y discreto, a prueba de miradas curiosas. Era ideal, desde luego, para un encuentro a escondidas.

Allí, acodado sobre un mirador que arrojaba bellas vistas sobre el cauce del Eresma, esperaba José de Grimaldo y Gutiérrez de Solórzano, caballero de la Orden de Santiago, marqués de Grimaldo y, sobre todo, secretario, confidente y, tal vez, único amigo personal del rey don Felipe. Ante la corte entera aquel hombre pasaba por ser un modelo de lealtad a la corona. No debía andar lejos de los sesenta años, de los cuales había pasado más de una tercera parte al servicio del monarca, primero cuando este era un simple infante, luego en los convulsos tiempos de la guerra y, finalmente, en la paz.

—Buenos días, señor secretario —saludó la princesa, aproximándose con paso firme hacia el hombre.

—Buenos días, princesa. Por favor, tomad asiento.

Amelia de Rímini obedeció. Sentada sobre el duro banco de piedra, escrutó el rostro surcado de arrugas de Grimaldo. Todavía recordaba el día en que se habían conocido, apenas una década atrás, en el alcázar de Madrid. De piel clara, nariz gruesa y prominente, y expresivos ojos oscuros, el marqués le había parecido un hombre atractivo a primera vista. Nada que ver con el

carcamal que tenía ahora ante sí. La pesada carga de sus obligaciones se había cobrado un alto precio al cabo de los años.

—Supongo que no hace falta preguntar si era necesario vernos aquí —dijo al fin, temiendo haberse detenido demasiado tiempo en la figura del hombre.

Ambos conocían la respuesta a esa pregunta, por lo que Grimaldo la obvió. Fue directamente al grano:

—El desenlace se precipita, princesa. El rey ha tomado ya la determinación de abdicar.

Ella arqueó las cejas, sorprendida.

—Es la primera noticia que tengo.

—Vos y el mundo entero; exceptuándonos al propio soberano, al padre Bermúdez y a mí.

—¿Y qué tengo que ver yo en este asunto?

—Creo que huelgan las explicaciones.

La princesa encajó la réplica sin rechistar. No la unía una relación de amistad con Grimaldo, ni tampoco le debía lealtad que justificase el secreto que este acababa de revelar. Pese a ello, el secretario no era ningún necio. Si la había escogido a ella para implicarse en algún tipo de conspiración era porque estaba seguro de que no podría negarse. Los dos lo sabían y no tenía sentido pretender lo contrario.

—Vosotros conocéis mi motivación, pero yo no sé la vuestra —repuso la de Rímini, buscando algo tangible a lo que asirse—. ¿Cómo sé que no me tendéis una trampa? ¿Cómo sé que puedo confiar en vos?

El hombre le dirigió una mirada inexpresiva. No tenía por qué dar explicaciones, pero las demandas de la princesa eran justas. Había demasiado en juego como para suscitar desconfianzas en una de las pocas personas que podían ayudarle a llevar a cabo la arriesgada tarea a la que se enfrentaba. Cuando respondió, lo hizo en tono franco, como si no hubiera alternativa posible a sus razones.

—Con sinceridad, señora: mis motivaciones son el patriotismo y la amistad.

—Acepto que vuestra amistad con el rey sea un valor fuera de duda, señor marqués —convino ella—. Sois casi la única persona con la que todavía despacha, muy a pesar de la reina, y entiendo que queráis aliviarle la pesada carga del poder. En eso no somos diferentes. Aun así, ¿qué entendéis vos por patriotismo?

—Es sencillo, princesa —refirió Grimaldo—. Somos pocos los españoles que tenemos el privilegio de trabajar en el gobierno de nuestra propia nación —entonces hizo una breve pausa, para elegir las palabras que iba a pronunciar a continuación—. Y, no os ofendáis, pero no soy el único de nosotros que está harto de que advenedizos extranjeros se repartan como buitres los despojos de nuestra tierra.

—Eso no cambiará si Felipe abdica —dijo la italiana, sin darse por aludida.

—O sí. Su heredero, el príncipe Luis, es español de nacimiento. Está sano y es joven. Goza del favor del pueblo y es proclive a dejarse aconsejar. Con la ayuda de Dios, tendrá un reinado largo y devolverá la estabilidad al país —argumentó—. Por el contrario, vos conocéis bien los males de don Felipe, y también sabéis que en España hace años que gobierna una reina consorte a la que solo le importan el poder, Italia y los derechos sucesorios de sus hijos.

—Sois injusto —protestó ella.

—¡Por favor! —se indignó Grimaldo—. Por si no hubiéramos tenido suficiente con quince años de guerra sucesoria, ¡quince!, no hace ni un lustro que la Farnesio nos metió de nuevo en conflicto

con Francia, Holanda, Inglaterra y Austria. Y todo por el empeño de su protegido, Alberoni, de reconquistar Sicilia y Cerdeña para el pequeño Carlos.

—Al rey le pareció una buena idea —rebató la princesa, sin demasiada convicción.

—Sabéis tan bien como yo que el rey nunca ha tenido presencia de ánimo suficiente para oponerse a la voluntad de la reina —el tono de Grimaldo rayaba ahora en la vehemencia—. En cuanto a los derechos sucesorios, es evidente que esta mantiene a los príncipes Luis y Fernando tan lejos como puede de su padre, mientras que trata a su hijo Carlos como si fuera el legítimo heredero.

—¿No confiáis en que el rey sea capaz de garantizar la estabilidad, pues?

—Querida Amelia —dijo él, serenando el ademán. A la princesa no se le escapó el detalle de que la llamase por su nombre de pila por primera vez en toda la conversación—. Como vos misma habéis dicho, mi lealtad al rey está fuera de duda. Eso no quita, sin embargo, para que sea de la opinión de que él no nació para reinar en España. El mismo don Felipe lo sabe, lo acepta y hace años que no deja de repetirlo.

Grimaldo miró a la princesa de soslayo. Por un momento temió haber incurrido en una indiscreción. Aunque ella no dio muestras de haberlo interpretado como tal, estimó que convenía matizar para prevenir malos entendidos:

—Nuestro soberano pertenece a la casa de Borbón, y considera que su lugar legítimo es París —prosiguió—. Esta abdicación puede llevarle a cumplir sus anhelos. Por lo que respecta a la estabilidad del país... pienso que España estará mejor cuanto más lejos estén la Farnesio y sus ambiciones italianas.

Amelia de Rímini quedó pensativa durante algunos instantes. No le gustaba nada la percepción que aquel español tenía de sus compatriotas, pero en una cosa estaban de acuerdo: ambos deseaban lo mismo para Felipe. Y —lo que tal vez era más importante en todo aquello—, ambos detestaban a la reina.

—¿Qué es lo que precisáis de mí, exactamente? —preguntó entonces.

—Como es evidente, la reina no está al corriente de nuestro encuentro, ni creo que el rey le haya comunicado esta vez su decisión —explicó Grimaldo—. No obstante, me consta que ella tiene la mosca tras la oreja.

—Por lo que yo sé, la reina dice desde hace años que respetará la voluntad de Felipe de abdicar cuando llegue el momento —interrumpió la princesa.

—Así es —dijo él, retomando el hilo—. Al nivel que vos y yo nos movemos, no es ningún secreto que la reina y el rey lo han puesto por escrito en repetidas ocasiones. Sin embargo, esos acuerdos son papel mojado. Los documentos obran en poder de Isabel, y ella jamás los aireará públicamente. Lo sabéis tan bien como yo. Se limitará a dar largas como hasta ahora. El coste de que salieran a la luz pública sería demasiado elevado. ¡Imaginaos! De gobernar un imperio en la sombra a reina madrastra sin poder efectivo. Su ego no podría soportarlo.

—¿Entonces?

—La única salida es que Felipe abdique sin contar con su consorte.

De nuevo, la princesa se tomó su tiempo antes de contestar. A ojos de la reina, verdadera regente del país, lo que el secretario proponía solo podía interpretarse como alta traición.

—Convengo con vos en que esto debe hacerse a espaldas de Isabel —admitió—. Pese a todo, sigo sin entender cuál es mi papel. ¿No sois vos su secretario personal? Sería tan sencillo como preparar vos mismo los documentos y dárselos a firmar.

—Me temo que yo no puedo hacerlo, mi señora. Tal vez hace algunas semanas me habría sido

posible, pero ya no —explicó él—. La reina me vigila día y noche. Y no solo a mí, también a mi círculo. De un tiempo a esta parte solo me está permitido despachar con su majestad de viva voz.

—Debo insistir, mi señor. Si vos estáis atado de pies y manos, ¿qué os hace pensar que yo seré capaz de llegar hasta el rey?

—Tenéis una libertad de movimientos de la que yo carezco. Además, no es ningún secreto que nadie en palacio conoce a más gente que vos. Estoy persuadido de que podréis encontrar a una persona capaz de burlar la vigilancia y de acercarse a don Felipe sin levantar sospechas.

Por la expresión de aquiescencia en los ojos de su interlocutora, Grimaldo dedujo que le había parecido un argumento convincente. Era momento de entrar en detalles.

—El rey está sobre aviso y los papeles han sido redactados según sus instrucciones. Llegado el momento todo será cuestión de apenas unos instantes...

La princesa asintió. El plan de Grimaldo podía funcionar. Lo más difícil era hacer llegar los papeles hasta don Felipe, claro. Eso era responsabilidad suya, e indudablemente constituía un desafío, pero se sentía capaz de llevar a cabo la misión. Solo le preocupaba lo que pudiera ocurrir después.

—Supongamos que lo consiga... o, mejor dicho —rectificó—, que lo consigamos. ¿Qué pasará cuando la abdicación se haga efectiva?

—Está previsto que el infante don Luis ascienda al trono de inmediato, y que Felipe y la reina hagan del palacio de La Granja de San Ildefonso su residencia permanente —contestó Grimaldo—. Por lo demás, se han estipulado para ellos rentas vitalicias a cargo de los monopolios estatales del tabaco y del azúcar, de manera que al rey no le faltará de nada en lo material. Tendrá todo el tiempo del mundo para curarse de sus melancolías —y añadió—: salvo, claro está, que decida emprender la aventura francesa. En ese caso, solo nos quedaría rezar por su salud.

—¿Y la reina? Me cuesta creer que no tenga guardado algún as en la manga para una situación como esta.

—Los documentos llegarán al Consejo de Castilla antes de que la reina esté al corriente de la abdicación. Allí no tiene apoyos, más bien todo lo contrario. La proclamación de don Luis será cuestión de horas. A partir de ese momento, la Farnesio y sus ambiciones personales habrán pasado a la historia.

La princesa sopesó con cuidado el alcance de esta última afirmación. Entonces preguntó:

—¿Habéis pensado qué será de nosotros cuando todo haya terminado?

—¿Nosotros? Bueno... si por *nosotros* os referís al conjunto de la corte, imagino que todo el mundo acabará en Madrid, junto al nuevo rey —respondió él—. La abdicación no supondrá un gran cambio en ese sentido.

—Me temo que mi pregunta era de índole más egoísta.

—En ese caso, y hablando solo por mí, salta a la vista que ya estoy mayor. Supongo que podré retirarme. O permanecer junto al rey mientras me necesite; lo que más me plazca, en realidad —dijo pensativo—. En cuanto a vos, no veo por qué no podéis seguir los pasos del resto de la corte y alejaros del frío de estos montes y de la aburrida sociedad de provincias —entonces lanzó su oferta—: ¿Qué le diríais a una asignación vitalicia de mil reales al mes y a una vivienda en propiedad cerca del palacio del Buen Retiro?

Aquello sonaba mejor que bien a oídos de Amelia de Rímini. De un plumazo se vengaba de la pamesana y la desterraba a La Granja. Justicia poética. Y, por si fuera poco, a ella le quedaba un retiro dorado en un palacete de Madrid. Justicia de la de verdad.

No había mucho más que discutir. Los términos del acuerdo eran satisfactorios.

—Contad conmigo, señor secretario.

En ese preciso momento, las campanas de la catedral de Segovia dieron las once. La reunión se había alargado algo más de lo previsto y ambos estaban deseosos de poner tierra de por medio. Para no levantar sospechas, acordaron salir del convento por puertas distintas, ella primero y él quince minutos después.

Tan pronto llegó a la altura del arco de piedra, un pensamiento funesto cruzó por la mente de la mujer. Se volvió hacia el secretario:

—Si esto llegase a oídos de la reina...

—Entonces vos y yo nos vamos al carajo, princesa.

A Lorenzo de Parma se lo llevaban los demonios. Una vez más, la reunión de la Junta de Obras y Bosques no había salido como él esperaba, y los listillos del consejo de la ciudad lo habían dejado en evidencia.

Allí estaba solo. Ninguno de los subalternos que lo acompañaban a las reuniones sabía suficiente como para echarle un cable cuando de verdad hacía falta. Atendiendo a las barbaridades que a veces decían, a menudo le asaltaba la duda de si estaban conchabados con el adversario o si simplemente eran unos asnos. Mientras, él se las veía para enfrentarse a un puñado de cabezas pensantes que, primero, se conocían los reglamentos al dedillo y, segundo, parecía irles la vida en lo que se decidiese entre aquellas cuatro paredes.

Aquella mañana había conseguido mantener el *statu quo*, pero solo a fuerza de imponer su autoridad como intendente real, no por mor del conocimiento de las reglas ni por su habilidad como negociante. El murmullo entre la concurrencia al levantarse la sesión había sido de franca desaprobación. Aquello no le gustaba nada. Sentía pavor ante la idea de soliviantar a la burguesía local y, sobre todo, a que las quejas de los segovianos llegaran a oídos de Scotti. Este podía tolerar una actitud beligerante por parte del consejo de la ciudad, pero solo hasta cierto punto. Como muchos otros miembros de la corte, el marqués tenía negocios personales en Segovia que podían acabar por resentirse de las malas relaciones institucionales. Con un equilibrio de intereses tan frágil no convenía enconar demasiado las posturas.

A pesar de su mal humor, Lorenzo caminaba con parsimonia, como queriendo retrasar lo inevitable. En palacio, donde en aquellos instantes lo sustituía una persona de confianza del marqués, esperaba otra tarde de tedio infinito. En vez de dirigirse directamente al punto donde aguardaba el cochero, decidió dar un rodeo por la calle de la Trinidad en dirección a la plaza del mismo nombre. Le apetecía tomar un poco más el aire antes de volver a introducirse en el ambiente viciado de los aposentos del rey.

Cabizbajo, tan absorto iba en sus pensamientos que se dio de bruces con una joven doncella que en ese preciso instante doblaba la esquina en sentido contrario. El impacto hizo que ella cayese al suelo; a él, de constitución más robusta, solo le arrancó un juramento de fastidio. Todavía aturdido, iba a recriminar a la muchacha su falta de atención cuando reparó en el rostro asustado de Beatriz de Ortigosa.

Ante el inesperado giro de los acontecimientos, se arrepintió de inmediato de su reacción inicial. Murmuró una disculpa y la ayudó a incorporarse.

—¿Estáis bien, condesa? —se interesó—. Espero no haberos hecho daño...

—No es nada, señor de Parma —lo tranquilizó ella—. Lo siento. Ha sido culpa mía.

—No os culpéis, os lo ruego. Ha sido fortuito.

Beatriz se sacudió el polvo con el mayor disimulo posible, mientras se tentaba la parte trasera del vestido para comprobar si este había sufrido deterioro. Para su alivio, al tacto no apreció ningún desgarró en la tela.

Se hizo un silencio incómodo. Él intentaba sin éxito ingeniar alguna frase con la que arrastrarla a un diálogo amistoso, y ella deseaba fervientemente que a él se le ocurriese. Sabiendo que no venía en el estado de ánimo más adecuado para escarceos románticos, y temiendo perder la oportunidad, Lorenzo optó por lo obvio:

—¿Adónde ibais con tanta prisa? Confío en que no fuiseis al encuentro de algún caballero...

—Me temo que no —sonrió ella, un poco azorada—. En realidad, iba camino del orfanato de san Frutos.

—Lástima. Me había hecho la ilusión de que os dirigieseis a palacio —respondió Lorenzo con desazón—. Mi viaje de vuelta será tan deprimente como siempre, en tal caso.

En el hablar melódico del italiano, el piropo sonó algo impostado. Aun así, Beatriz no pudo disimular una sonrisa de satisfecha coquetería.

Lorenzo vio el cielo abierto y le ofreció su brazo.

—¿Me concedéis el honor de acompañaros? Estas calles no son lugar para que una joven dama camine sola.

—No hay peligro —repuso ella, al tiempo que, contradiciendo sus propias palabras, aceptaba de buen grado el ofrecimiento del galán—. Hace años que camino sola por estas calles y jamás he tenido un mal encuentro.

—Me quedo más tranquilo si os acompaño.

—Como gustéis.

Caminaron juntos algunos pasos. Beatriz se sentía extrañamente cómoda. Habría deseado que estuviesen allí para verla todas sus amigas. Solo lamentaba no llevar ropa más adecuada para la ocasión.

—¿Qué es de vos? Hacía ya tiempo que no os veía —preguntó entonces.

—Asuntos de importancia demandan todo mi tiempo, señora —Lorenzo quiso revestir sus palabras de un halo de misterio que excitase la curiosidad de la joven, pero entonces se dio cuenta de que, lejos de ello, su réplica había sonado disuasoria—. Hace algunas semanas que ejerzo de ayuda de cámara de su majestad —se apresuró a añadir.

—¿El rey? ¡Qué interesante! En ese caso, entiendo que estéis tan ocupado.

—En realidad, mi tarea es más sencilla de lo que parece —repuso él con falsa modestia—. Como sabéis, el estado de salud del rey es delicado, por lo que precisa de alguien que vele por él.

—¿Sois su médico, pues?

—No negaré que poseo algunas aptitudes para ello —mintió Lorenzo—, pero mi trabajo es más de índole... política —miró de soslayo a la joven y comprobó que esta escuchaba con interés. Solo entonces prosiguió, seguro de haber captado su atención—. Mi cometido consiste en supervisar en persona todas las visitas que recibe el rey.

—¿Sois un espía, entonces?

Lorenzo temió haber ido demasiado lejos al revelar la verdadera naturaleza de sus quehaceres, pero se tranquilizó a sí mismo recordándose que Scotti en ningún caso le había exigido secreto. Por otra parte, la respuesta de la joven, aderezada por la mirada entre admirada e ingenua que le dirigieron sus preciosos ojos negros, contribuyó a apaciguar sus inquietudes. Tal vez había cometido una indiscreción menor, pero no importaba demasiado. Aquella dulzura era inofensiva.

—Podríamos decir que sí —rió complacido.

Calle abajo, contra el cielo gris de invierno se recortaba ya la ominosa silueta del orfanato de san Frutos. Aquella mole de granito imponía respeto, como si su sola presencia cargase el ambiente del entorno con su triste pesadez.

—Parece más una fortaleza que un asilo de huérfanos —comentó el italiano.

—Deberíais verlo por dentro —respondió la joven, divertida—. Yo diría que es más un hospital de campaña que una fortaleza.

—Tanto peor, pues. La idea de dejaros a salvo en una fortaleza me habría dejado más tranquilo —dijo zalamero él—. ¿Podría pasar a recogeros más tarde?

La idea sonaba apetecible a oídos de Beatriz, pero había algo de inapropiado en ella. Declinó cortésmente:

—No os preocupéis, mi señor. Sabré arreglármelas.

—Como deseéis.

Se detuvieron en la esquina, a una veintena de pasos de los escalones que daban acceso al edificio.

—Me temo que será mejor que nos despedamos aquí, mi señor. Si sor Purificación me viese llegar del brazo de un hombre, sabe Dios las explicaciones que tendría que dar.

—¿Me priváis entonces del placer de acompañaros hasta ahí? —Lorenzo esbozó una exagerada expresión de indignación en el rostro.

La teatral salida del italiano, combinada con la ridícula distancia que les quedaba por andar, hizo reír a la joven. Él prosiguió, airado:

—Solo aceptaré si me prometéis una satisfacción.

—Decid —respondió ella, todavía sonriendo.

—Deberéis caminar conmigo los veinte pasos que faltan alrededor del parterre de rosales que hay junto a la nueva fuente de Apolo, en palacio.

—¿Me haréis recorrer dos leguas hasta palacio solo para que camine veinte pasos a vuestro lado?

—Eso o sor Purificación —fue el ultimátum de Lorenzo.

Beatriz puso cara de fingido fastidio, pero el brillo encendido de sus ojos desmentía de cabo a rabo su reacción.

—Está bien —se rindió de buen grado.

—Os espero, pues, el sábado a las cuatro —se despidió él, rozando con los labios la mano de la joven—. No faltéis.

—Descuidad. No faltaré.

Caían las primeras sombras del atardecer cuando Beatriz salió del orfanato de san Frutos. Apretó el paso conforme enfilaba el tramo más angosto de la calle de la Herrería, casi desierta a esas horas. Se había demorado más de lo habitual en sus labores, en gran medida porque llevaba toda la tarde en una nube. Sor Purificación se había visto obligada a reconvenirla en repetidas ocasiones. Tras preguntar si se encontraba indispuesta, y ante su inoperancia generalizada, la monja había terminado por enviarla a casa.

Era la primera vez en doce años que Beatriz había sido un estorbo.

Mientras, a unas dos leguas de allí, Lorenzo ocupaba su puesto en los aposentos reales, donde ya solo esperaba la llegada de la reina para dar por concluida su jornada de trabajo. Repanchingado en su butaca, con las manos cruzadas tras la nuca, llevaba horas sin hacer el más mínimo esfuerzo

por sacarse de la cabeza el talle esbelto de la joven, sus grandes ojos azabache, y la promesa de sus labios entreabiertos.

Era la primera vez en las semanas que llevaba como carcelero que una tarde se le hacía corta.

El corazón del lobero latía con fuerza. Le fallaba la respiración de tal modo que se vio obligado a hacer un alto en el camino para recuperar el resuello.

Tras días a la intemperie, empapado y temblando de frío, por fin había dado con algo tangible a lo que aferrarse.

Fiel a su costumbre, había permanecido encaramado en los árboles la mayor parte del tiempo, avanzando por el suelo solo cuando el viento soplaba de cara. Con las últimas luces del atardecer, y apenas visible en la niebla, había divisado la carcasa desollada de un enorme jabalí. Junto a ella, un único rastro de huellas de lobo que se alejaba en la nieve, monte arriba.

Alentado por el hallazgo, las había seguido sin apenas dificultad durante media legua, hasta perderlas entre el roquedo.

No le cabía la menor duda de que Demonio andaba cerca.

Puesto el pie a tierra, cualquier paso en falso podía hacer que el objetivo se escapase; o bien provocar una reacción agresiva que invirtiese los roles de cazador y presa. Era una situación tan imprevisible como peligrosa, por lo que debía estar preparado para cualquier giro en los acontecimientos. Hacía rato que había desenfundado el pistolón de chispa, que sostenía con firmeza en la mano derecha. En la izquierda empuñaba su viejo cuchillo de caza, de filo curvo dentado. El primero le permitiría abatir al enemigo a corta distancia o, como mínimo, intentar ahuyentarlo con el estruendo del disparo si la cosa se ponía fea de verdad. El segundo era más un recurso a la desesperada que otra cosa, por si el lance desembocaba en un combate cuerpo a cuerpo. No las tendría todas consigo si terminaban rodando por los suelos: aunque el dolor de su hombro había remitido con el paso de las semanas, apenas podía ejercer fuerza suficiente con el puño izquierdo, y dudaba que fuese capaz de aguantar un embate directo contra el lobo. Rogó al Dios en quien no creía que no llegase ese momento.

El berrocal era una ratonera en potencia. Entre los enormes bolos de granito un depredador podía emboscarse fácilmente. Por instinto, el lobero decidió transitar por la parte más alta para impedir que Demonio pudiera abalanzarse sobre él desde arriba. Avanzó muy despacio, sin hacer ningún ruido. Echaba la vista en derredor cada pocos instantes para negarle al animal la oportunidad de cogerlo desprevenido.

Tan pronto alcanzó la cúspide de la roca más alta, se agazapó en posición defensiva y aguzó el oído.

No escuchó nada.

Pasaron algunos minutos. El anochecer se tornaba ya noche cerrada y reinaba una calma tensa en el ambiente, como si el pinar mismo contuviese la respiración. Sin el rumor del viento ni el canto de los pájaros, el silencio se le hacía ensordecedor.

Un poco más abajo, a apenas unas quince o veinte varas de distancia, divisó un pequeño montículo negro que por causa de la niebla le había pasado inadvertido en un principio. Sus ojos expertos identificaron el excremento sin dificultad. Se deslizó hasta él con movimientos ágiles, cuidando de no resbalar sobre la superficie húmeda de la roca. Olía aún. Contenía además algunas cerdas largas y duras, sin duda restos del infortunado jabalí. Por el color brea y lo amorfo de las

deposiciones supo que el depredador había ingerido solo vísceras y sangre. El banquete había sido reciente.

Maquinalmente, activó el percutor del pistolón. A pesar del temple adquirido con los años, no pudo reprimir un escalofrío. Dudaba si prefería enfrentarse a un lobo hambriento y agresivo o a uno fuerte y bien alimentado.

Echó un nuevo vistazo a su alrededor. Entre la niebla solo distinguió rocas, vegetación y parches nevados. De Demonio, ni rastro.

Súbitamente, de la espesura brotó un colosal aullido. Durante algunos segundos, que parecieron horas, aquel sonido atroz se elevó nítido, agudo y lastimero entre las copas de los árboles, haciendo añicos el silencio del anochecer. El lobero sintió que se le helaba la sangre. Habría jurado que aquello era una advertencia, como si el lobo quisiera darle a entender que no le tenía ningún miedo, y que ya no hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar su posición.

Sintió en lo más profundo de su ser el aguijón del miedo, pero no llevaba semanas rastreando a la bestia para dejarse amilanar por un simple aullido. Tampoco era la primera vez en su vida que se encontraba a tiro de piedra de un lobo. Juzgando que Demonio no podía estar a más de cuarenta o cincuenta varas de distancia, apuntó en dirección a los matorrales y apretó el gatillo a ciegas, más para forzar al animal a mostrarse que para cobrarse la presa.

Tras el disparo se escuchó el quejido inconfundible de un cánido, seguido de un fiero gruñido de dolor y del ruido apresurado de pisadas alejándose en la nieve.

El lobero bramó de júbilo. No podía creer la suerte que había tenido de hacer blanco con un disparo a bulto, y hubo de recordarse a sí mismo que su presa estaba herida, no muerta. Sin perder ni un solo instante, enfundó el pistolón descargado y el cuchillo en el cinto. Mientras descendía a saltos de las rocas, empuñó en su lugar el rifle de caza que llevaba a la espalda.

«Dos balas más», se recordó.

Con cautela, rodeó los matorrales entre los que se había ocultado el animal unos momentos antes. Para entonces el silencio se había adueñado de nuevo del bosque. El lobero solo escuchaba el ruido de su propia respiración.

No tuvo ninguna dificultad para encontrar el rastro ensangrentado de Demonio alejándose monte abajo. Sin embargo, por mucho que se esforzó en escudriñar la penumbra entre la niebla y los troncos de los pinos, fue incapaz de distinguir la silueta del animal. Renegó de la mala fortuna de haber dado con su presa a una hora tan tardía.

Hizo por seguir las huellas, pero pronto se vio obligado a rendirse a la evidencia: apenas se veía ya a unos pasos de distancia, y cada pequeño crujido que escuchaba a su alrededor le hacía volverse sobresaltado.

Por agudas que fueran sus dotes de exploración, sabía que no podía competir con un lobo en campo abierto. Perseguir a Demonio en la oscuridad de la noche era un suicidio.

Antes de darse por vencido, ponderó la idea de encender una antorcha y continuar el rastreo, pero la desechó de inmediato. El lobo lo vería a la legua si portaba fuego. Además, para cuando se las ingeniase para hacerse una antorcha, lo más probable es que el animal se encontrase ya demasiado lejos.

A la desesperada, hizo un último disparo con ánimo de provocar una reacción en su presa, pero no hubo suerte. Con el eco de la detonación se extinguieron sus últimas ilusiones.

Demonio se le había escapado. Ya no quedaba sino encontrar un pino en el que pasar la noche a salvo de malos encuentros.

El lobero descendió del árbol con las primeras luces del alba. El día había amanecido húmedo, con el mismo repiqueteo constante de la lluvia que le había impedido dormir durante toda la noche. El agua amenazaba con llevarse la fina capa de nieve, y, con ella, las últimas huellas del lobo. No había, pues, tiempo que perder. Se puso de inmediato de camino y fue capaz de seguir el rastro durante una media hora, hasta llegar a un canchal situado al pie del cerro del Trigo. A partir de ahí, la nieve desaparecía por completo. El rastro se esfumaba con ella.

Vagó de un lado a otro del canchal, buscando pelo, excrementos, escarbaduras y otros restos del paso del animal, pero la acumulación de piedras desnudas dificultaba su tarea. El piar cansino de algunas aves de invierno terminó de convencerle de que ningún depredador merodeaba por allí.

Pese a su herida, Demonio podía haber recorrido varias leguas en las horas que habían mediado desde su encuentro. Tras el festín de carne de jabalí, el animal no tendría problema para pasarse días sin comer, lamiéndose las heridas en cualquier rincón de las montañas. Durante ese tiempo sería poco menos que una sombra en la espesura, casi imposible de localizar. Así las cosas, no tenía sentido continuar la persecución. A cada paso que daba, el lobero sentía con más claridad la pesada losa del fracaso sobre sus hombros.

Que Demonio se le hubiese escapado suponía volver a empezar, ni más ni menos; solo que el siguiente rastreo comenzaría con el enemigo sobre aviso.

Decidió darse unos días de descanso. Era improbable que el animal, herido, osase descender de nuevo de las cumbres para atacar a los rebaños de la llanura. Además, una tregua bien podía hacer que bajase la guardia y se volviese a mostrar. Entre tanto, él podría informar a Ortigosa de los resultados de sus andanzas. Lo tranquilizaría con la noticia de que la amenaza estaba neutralizada por el momento. No le cabía duda de que el conde estaría deseoso de tener noticias de él, justo cuando se cumplía un mes de su primer encuentro en la pradera de Riofrío.

En cuanto al rey Felipe, el lobero tenía curiosidad por saber qué se había cocido por La Granja durante su ausencia. El parón también le vendría bien para hacer algunas indagaciones.

En las frías noches que siguieron a su fugaz encuentro, el lobero reflexionó largamente sobre el animal. Aunque ni siquiera había llegado a verlo, la experiencia le había resultado tan sorprendente como reveladora. Sin duda se trataba de Demonio. Solitario, feroz, desafiante... Ese lobo distaba mucho de ser como los cientos que él había rastreado a lo largo de su vida. Invadía los territorios de las manadas del entorno, meando y encamándose donde le placía. Tampoco parecía albergar ese miedo prudente que los de su raza profesan por instinto al ser humano. Admitía que esto último no le había sorprendido tanto: a fin de cuentas, podría decirse que el episodio del pastor de Riofrío le había puesto ya en guardia, y que el encuentro nocturno en el berrocal no había sido sino la confirmación de que se encontraba ante un adversario excepcional.

No conseguía sacarse de la cabeza su aullido helado, que no acertaba a interpretar con claridad. En la lengua primitiva del lobo, cuyos significados había aprendido a intuir, el aullido constituía una forma de comunicación en manada. Sin embargo, Demonio no tenía manada. Así que, si había un ser vivo con el que hubiera podido querer comunicarse en aquellas circunstancias, no podía ser otro que él mismo. Además, la experiencia le había enseñado que un lobo que se revuelve ante un agresor no aúlla, sino que gruñe y enseña los dientes. De todo ello terminó por concluir que, por inquietante que pareciese, aquel aullido encerraba un mensaje de provocación.

El afortunado disparo había conseguido ponerlo en fuga, pero no podía evitar preguntarse qué habría ocurrido si hubiese errado el tiro. ¿Habría huido también o se habría abalanzado sobre él

desde la espesura? En el pasado, aquel lobo no había tenido ningún inconveniente en plantar cara a la fuerza conjunta de un pastor y dos mastines. Y encima les había dado lo suyo.

Por último, estaba la facilidad con la que el animal se había esfumado. Resultaba imposible saber si el disparo le había impactado de lleno o si había sido una simple rozadura. Lo único que sabía a ciencia cierta era que él no había tardado mucho en sortear los matorrales, y que aquel brevísimo lapso de tiempo había bastado para perderlo de vista. En otras palabras: Demonio era un fantasma, capaz de aparecer y desaparecer a voluntad.

IX

Pasaban diez minutos de las cuatro de la tarde. Lorenzo esperaba impaciente junto al parterre de rosales anexo a la fuente de Apolo. De Beatriz, ni rastro.

A falta de otra cosa que hacer, el italiano contemplaba absorto la imponente estatua de bronce encastrada sobre un enorme bloque de piedra. Representaba al dios de tantas cosas, con su sempiterna lira en las manos y una víbora vencida a sus pies. Frente a él, apoyada sobre un escudo, Minerva le rendía homenaje. Era una tan pieza majestuosa como el resto de esculturas con las que los artistas franceses traídos por mandato del soberano decoraban poco a poco los estanques de los jardines.

El día era gris, aunque no hacía demasiado frío. Le pareció que la temperatura era lo suficientemente agradable como para pasear, a pesar de la tenue neblina que flotaba en el ambiente. Comprobó que, aparte de él, no había un alma por allí. Mejor. Así estarían tranquilos.

Si ella venía, claro. Lorenzo sacó su reloj de bolsillo. Las cuatro y cuarto. No le gustaba la idea de esperar a una mujer. Y menos en aquella situación de libertad condicional en la que transcurrían sus días, donde cada minuto que pasaba fuera de los aposentos reales tenía para él un valor incalculable.

En sus escauceos románticos prefería que fuese siempre ella quien se adelantase, sobre todo cuando se trataba de una primera cita. Gustaba de esperar a sus conquistas oculto, haciendo dudar a su dama de si aparecería antes de dejarse caer por el lugar convenido con estudiado retraso. Simular un saludable grado de desinterés era una estrategia de seducción que le había dado buenos resultados a lo largo de los años. Sin embargo, en aquella ocasión no había prestado atención a ese detalle, quizá por el ansia derivada de las muchas semanas de sequía sentimental; o, tal vez, por la simple necesidad de hablar con un ser humano. No habría sido capaz de precisarlo.

Las manecillas del reloj dieron las cuatro y dieciocho.

«¡Diablos! ¿No va a venir?».

Decidió darse unos pocos minutos más. Si llegaba más tarde de a y veinticinco, decidió, tendría que ser ella la que fuese a buscarlo.

Pasó el rato. Estaba a punto de emprender el camino de vuelta hacia sus aposentos cuando divisó un coche de caballos que en aquel momento giraba la esquina de la fachada sureste de palacio. Reconoció de inmediato el transporte a cuyos ocupantes se había parado a auxiliar algunas fechas atrás.

«Por fin».

La visión del carruaje contribuyó a apaciguar sus nervios, tanto que estuvo tentado de esconderse tras un seto para dar un pequeño escarmiento a su dama. Sin embargo, decidió abstenerse de juegos: si ella lo descubría en el proceso la situación podría tornarse innecesariamente embarazosa. Esperó, pues, quieto en el sitio durante unos instantes más, dando tiempo a que el vehículo se detuviese a la entrada de los jardines.

Al poco descendía del mismo la esbelta silueta de Beatriz de Ortigosa. La joven intercambió unas palabras con el cochero, inaudibles desde la posición de Lorenzo, y entonces dirigió la mirada en derredor, en su busca. Tuvo cierta dificultad para localizarlo en la inmensidad de los jardines. Cuando finalmente lo hizo, alzó la mano de inmediato en un gesto de saludo y Lorenzo se percató de la amplia sonrisa que iluminaba su rostro. La malhumorada nube negra que se cernía sobre su estado de ánimo comenzó entonces a disiparse, hasta desaparecer casi por completo cuando, con paso apresurado, Beatriz se le acercó lo suficiente como para que fuesen capaces de escucharse el uno al otro.

—Mis disculpas —se excusó la joven—. El cochero se equivocó en el cruce de Quitapesares. Aún es nuevo.

—¿No será el mismo que rompió la rueda de vuestro carruaje aquel día?

—No me lo recordéis —respondió ella con ademán disgustado, como queriendo conjurar el recuerdo; entonces asintió—. Sí, me temo que se trata del mismo.

Lorenzo se preguntó cómo un hombre como Ortigosa podía tener a su servicio a un cochero tan rematadamente incompetente, pero se abstuvo de expresar sus pensamientos en voz alta.

—Me teníais preocupado —dijo en su lugar.

—Sin motivo, como veis —sonrió Beatriz, no sin un leve rubor en sus mejillas—. Solo siento que hayáis tenido que esperar tanto.

—Se me ha hecho eterno —recriminó él, en un tono de voz más intenso.

—Confío entonces en que mi modesta compañía pueda compensároslo —respondió ella, sosteniéndole la mirada.

A Lorenzo no le pasó inadvertido el gesto. Aprovechó el momento para recrearse en el rostro que había aglutinado todas sus fantasías durante la última semana: la misma melena azabache, los ojos negros como tizones y los labios rosados y entreabiertos, ni muy finos ni muy gruesos, que ejercían sobre él un atractivo irresistible. Sintió que se moría por besarla allí mismo, pero se contuvo. Mejor comenzar por terreno conocido.

Le ofreció su brazo.

—¿Paseamos?

Beatriz apoyó la mano de buen grado sobre el antebrazo de él, y no hizo el más mínimo ademán de rehuir el contacto piel con piel cuando Lorenzo cubrió su mano con la suya. El italiano lo interpretó como un síntoma inequívocamente propicio.

A ojos de los dos, los jardines ofrecían un marco apetecible para el paseo. Las hojas muertas por el suelo, los pequeños parches nevados y la neblina conferían a aquellas avenidas de tierra jalonadas de vegetación la apariencia de un bosque encantado. Beatriz se sentía atraída por la perspectiva de adentrarse entre los árboles del brazo de su apuesto caballero, mientras que a él le faltaba el tiempo para llevarse a aquella belleza lejos de la mirada de cualquier curioso. De tácito acuerdo caminaron en dirección opuesta al palacio, dejando atrás la sucesión escalonada de estanques de piedra.

—Habladme de vos —dijo entonces ella. Su voz era apenas un susurro.

Lorenzo sonrió para sus adentros, halagado; aquel era su tema favorito de conversación.

—En realidad, ya sabéis lo sustancial: llevo poco tiempo en España y estoy al servicio de la reina.

—No me refiero a eso —interrumpió ella, con un gesto de impaciencia que desmentía su mirada cómplice—. Me refiero a vos, a Lorenzo de Parma.

Lorenzo se sintió encantado de escuchar su nombre en labios de la joven. Aquella pequeña

confianza le abría una perspectiva mucho más íntima.

—Como deseáis —convino—. Nací en Parma, en la casa donde aún vive mi familia, junto al baptisterio de la ciudad. Pertenezco a un linaje de comerciantes. Mi padre se dedicó siempre al negocio de las telas. Importaba seda y satén del Lejano Oriente y lana del norte de Europa. También traía algodón y curtidos de América. Vendía una parte, pero siempre se quedaba las mejores piezas para el taller.

—¿Vuestro padre fabricaba vestidos? —preguntó ella, entre curiosa y entusiasmada.

—Vestidos y otras muchas cosas: zapatos, polainas, levitas... hasta calzados de cuero. Mirad.

Lorenzo se detuvo y soltó los botones de su abrigo. Quedó a la vista la chaquetilla de seda gris marengo con encajes con la que cubría su camisa de paño blanco. Levantó entonces la solapa izquierda, dejando al descubierto un primoroso bordado con la palabra *Baglione*.

Apasionada de todo aquello en lo que pudiera haber tejidos de por medio, Beatriz reparó de inmediato en lo delicado de las puntadas de hilo de plata.

—¿*Baglione*?

—Es el apellido de mi familia.

—Pensaba que vuestro apellido era *de Parma*, como el mío es Ortigosa.

—No —rio él—. De Parma es solo el nombre que utilizo con los extranjeros. Allí, en la corte de los Farnesio, éramos casi todos parmesanos. No tendría sentido conocernos unos a otros como *de Parma*.

Avergonzada por la ingenuidad de su propia pregunta, Beatriz cambió de tema:

—La vida en una sastrería como la de vuestro padre debe de ser una ensoñación perpetua —fantaseó en voz alta, mientras pensaba en los maravillosos vestidos que tendría ocasión de probarse cada día en un lugar así—. ¿Por qué no os hicisteis sastre?

—Digamos que mostré aptitudes para la vida en la corte desde una edad bien temprana.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que hay cosas que se me dan mucho mejor que las telas —respondió él con una sonrisa enigmática. Entonces, sin dar tiempo a que ella le preguntase más al respecto, llevó la conversación a un terreno en el que se sentía más cómodo—. Mi familia está emparentada con la de los duques de Parma y Piacenza... los Farnesio, para vos. Así que, independientemente de que mi padre eligiese ganarse la vida como comerciante, a sus hijos nos correspondía por derecho de nacimiento un lugar en la corte.

Beatriz lo observaba con ojos atentos, sin decir nada. Él prosiguió:

—El duque Francisco en persona me asignó el encargo de embajador comercial de Parma en Ragusa. Una mañana de verano me embarqué en el puerto de Venecia y crucé el Adriático. Era muy joven en aquel entonces —dijo pensativo—. Apenas tendría vuestra edad...

—¿Estuvisteis mucho tiempo en Ragusa?

—Diría que sí. Aquello se alargó algo más de lo esperado: en total, estuve casi cinco años sin pisar mi tierra.

—Debió ser difícil —comentó Beatriz. No conseguía imaginar cómo se habría sentido ella durante tanto tiempo en la soledad de un país extranjero.

El italiano hizo un gesto de asentimiento y retomó su historia:

—Cuando regresé, Isabel de Farnesio acababa de contraer matrimonio con su majestad, el rey don Felipe, convirtiéndose en reina consorte de España. Era una alianza que muchos en mi tierra veían con preocupación, por cuanto el duque Francisco no tenía descendencia y su hermano Antonio no parecía dispuesto a tenerla. Así las cosas, la posibilidad de que el ducado de Parma

pase de la casa de Farnesio a la casa de Borbón en los próximos años no es descabellada... pero os estoy aburriendo —dijo entonces con preocupación.

—No, no es eso. Es solo que, ahora que habláis de matrimonios y descendencias...

—Decid.

—Sois un hombre apuesto y de buena posición, lo que os hace un partido deseable. Sin embargo, no habéis mencionado a ninguna mujer.

Ambos detuvieron el paso y quedaron frente a frente. Se habían alejado mucho de los muros de palacio. A su alrededor ya no había fuentes ni conducciones de agua, solo jardín.

Lorenzo se sintió tentado de mentir a la joven, diciéndole que jamás había habido ninguna mujer en su vida, pero no se le antojó creíble. Cuestión de orgullo, tal vez. Se limitó a decir la pura verdad:

—Han sido muchas —respondió al fin, mientras fijaba sus ojos claros en los de ella.

Beatriz sintió que el mundo se paralizaba a su alrededor. Nunca, ni tan siquiera por un instante, había considerado la posibilidad de que su primer amor pudiera terminar siendo un mujeriego, pero había algo irresistible en la forma en que él le había confesado que era una de tantas. Era como si aquellas palabras encerrasen un desafío, como si estuviera pidiéndole a gritos que fuese ella quien lo domase. La atraía, en pocas palabras, el espíritu salvajemente libre que permitía a aquel hombre transgredir todas las reglas de la decencia en pos de lo que deseaba en cada momento.

Hipnotizada, sintió entonces la necesidad de decirle que ella había yacido con mil hombres, y que no le tenía ningún miedo. Sin embargo, no fue capaz de articular palabra, porfiando como estaba por no ahogarse en los ojos azul celeste de su galán.

Solo entonces se percató de que las finas manos de él la sujetaban por el talle, y de que sus labios estaban tan cerca que podía sentir la cálida tentación de su aliento.

Él la besó.

Y ella se dejó llevar.

Agachado tras el seto de boj, Beltrán seguía a la pareja desde una distancia prudencial. No era capaz de oír nada de lo que se decían, pero se lo llevaban los demonios al ver a la joven objeto de sus ilusiones de la mano de un caballero que lo superaba de largo en atractivo y posición. Muerto de celos, se devanaba los sesos pensando cómo interrumpir aquel terrible momento de felicidad sin ser visto.

La tarde anterior, según su costumbre, se había apostado en la terraza de sirvientes de la residencia de los Ortigosa. Había descubierto que desde esa posición podía escuchar, si aguzaba bien el oído, la mayor parte de cuanto acontecía en la alcoba de su joven ama. Por esta razón, cuando sus quehaceres daban tregua, solía quedarse por allí, haciendo como que se afanaba por reparar cualquier cosa que tuviera apariencia de estar rota. La escucha se presentaba especialmente interesante cuando la joven recibía la visita de alguna de sus amigas, puesto que, al parecer, desde bien pequeñas tenían el hábito de hacerse confidencias en aquella estancia de la casa.

Beltrán no tardó en ocupar su posición al oír la voz aflautada de Adelita de Guzmán, quien, invitada por Beatriz, se dejó caer por allí a la hora de la siesta. Entre risas, revelaciones y otras cosas de jovencitas, Beatriz confesó a su amiga que se había citado con el apuesto italiano al día siguiente. Y en palacio, nada menos. La otra, amarilla de envidia, no dejó de hacer preguntas

durante la hora larga que duró la conversación, y así, cuando Beltrán se levantó finalmente para ir a cenar, conocía todos y cada uno de los pormenores del encuentro.

Enamorado perdido como estaba, muy a pesar de que Beatriz jamás le había dado la más mínima esperanza, Beltrán se tomó aquel escarceo romántico como una traición, y decidió hacer todo lo posible por sabotearlo. Urdir un plan con visos de éxito le costó una noche entera de desvelos, pero para cuando cantó el gallo, se sentía ya satisfecho de su estratagema. Debía impedir el encuentro a toda costa. Lo primero que hizo por la mañana fue pedirle a Bartolomé Robledo ser él mismo quien condujese el carruaje que había de llevar a la joven ama a palacio. El hombre no tuvo ningún inconveniente en cederle el honor. Sin duda, prefería echarse la siesta a pasar una fría tarde de invierno a la intemperie.

Beatriz torció ligeramente el gesto al ver que era Beltrán quien se hacía cargo de las riendas. Sin embargo, tan feliz estaba que ni siquiera el recuerdo del percance ocurrido semanas atrás consiguió borrar la sonrisa de sus labios.

Al llegar al cruce de Quitapesares, Beltrán puso en práctica su plan. En vez de coger el camino de La Granja de San Ildefonso, tomó el de Navas de Riofrío, en dirección diametralmente opuesta. Confiaba en la niebla para que su joven ama no se diese cuenta de la maniobra. Todo fue a pedir de boca durante un buen rato. Beltrán comenzaba a esbozar una sonrisilla culpable cuando la joven se puso a golpear la pared interior del carruaje. Al parecer, se había percatado del equívoco al divisar no sabía muy bien qué arboleda que quedaba en el camino de las propiedades de su padre en Riofrío.

Ante la mirada inclemente de su ama, al muchacho solo le quedó encogerse de hombros y poner rumbo a palacio. Albergaba la esperanza de que, con el retraso, el italiano se hubiese marchado ya. Sin embargo —y para su desgracia—, Lorenzo de Parma estaba demasiado interesado en verse a solas con Beatriz como para abandonar, y así Beltrán se llevó el segundo chasco.

Inasequible al desaliento, lo único que se le ocurrió entonces fue seguir a la pareja a hurtadillas, a la espera de que se presentase alguna oportunidad de improvisar cualquier fechoría. Por desgracia, no se le ofrecía nada medianamente factible, y la cita avanzaba inexorable. Beatriz y su pretendiente habían pasado de caminar del brazo a entrelazar las manos, para terminar el uno frente al otro en una actitud acaramelada que no le gustaba lo más mínimo.

Entonces ocurrió: con radical desfachatez, el hombre se inclinó sobre su amada y la besó.

Beltrán sintió que una estaca de hielo le atravesaba el corazón. El dolor se hizo aún más insoportable cuando constató que Beatriz no hacía nada por resistirse, y que la pareja permanecía en la misma pose durante lo que a él le pareció un siglo.

¿Pues cuánto se suponía que duraba un beso? Él nunca había besado a una chica, ni tampoco había visto a ningún hombre besar a una mujer, pero aquello pasaba de castaño oscuro. Estaba seguro de que, de haberse encontrado allí el confesor de Beatriz, le habría impuesto a la joven una penitencia de por lo menos diez rosarios. Eso sí al buen hombre no le daba antes un infarto, claro.

Harto de presenciar la desvergüenza con la que se conducían, llegó a la conclusión de que a los amantes poco les importaría una condena al fuego eterno si allí tenían libertad para seguir besándose de esa manera. Movido por los celos, pasó a la acción. Lo que planeaba era una locura, y lo sabía, pero le dio igual. No cabían ya las contemplaciones, y menos ante una escena tan dolorosa de contemplar.

Entre los hierbajos encontró algunas piedras del tamaño aproximado de una nuez. Con el criterio experto de quien en su vida ha abatido a pedradas a más de un gorrión en vuelo, ponderó el peso del proyectil en la palma de su mano. Entonces calculó a ojo la distancia y lanzó la primera. Su

propósito no era dar en el blanco. Solo quería interrumpir el abrazo: hacer algo de ruido para que, con un poco de suerte, la pareja se sintiese observada y se marchase.

La piedra voló rauda. Pasó un palmo por detrás de la espalda de Lorenzo de Parma antes de perderse tras el seto que delimitaba el lado opuesto del camino.

Los amantes ni tan siquiera se inmutaron.

Beltrán maldijo entre dientes. Se imponía un proceder más atrevido. Tomó una segunda piedra en la mano y la sostuvo durante unos instantes para calibrar de nuevo el tiro. Entonces la lanzó tan arriba como pudo. Echó cuerpo a tierra para ocultarse mientras el proyectil se elevaba. Este describió un arco por el aire hasta alcanzar unas ocho o diez varas por encima del suelo. Entonces, cayó a plomo a pocos pasos de la pareja.

El ruido de la piedra sobre el chinarro del camino se le antojó atronador. Aquello tenía que haber surtido efecto, pensó inquieto. Permaneció con la cara aplastada contra el suelo durante unos instantes, rezando para no ser detectado.

Ni voces ni ruidos de ningún tipo. Tampoco esta vez habían reaccionado.

Se incorporó tan silenciosamente como pudo y volvió a asomar la mirada por encima del seto. Los labios del italiano descendían ahora ávidos por la garganta de la joven, quien, superado el pudor, tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, entregada al placer culpable de los besos. Aquella visión colmó la paciencia de Beltrán. Por tercera vez apuntó, pero esta vez directamente a la cabeza del hombre. Como en los tiempos de su infancia, esperó paciente a que el objetivo se le mostrase y entonces la arrojó con todas sus fuerzas.

—¡¡¡Ay!!!

El grito de dolor del italiano le sonó a música celestial. Tumbado boca abajo en el suelo, tras el seto, Beltrán estaba eufórico.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Beatriz, desorientada.

—Aquí —se quejó Lorenzo, frotándose la parte trasera de la cabeza—. He sentido un golpe. ¡Aaaah...!

—¡Sangre! ¡Tenéis sangre! —exclamó ella, saliendo alarmada del aturdimiento—. ¡Vamos a la enfermería! ¡Hay que lavar esa herida!

La pareja se alejó apresuradamente camino abajo, en dirección a palacio. Beltrán escuchó que Beatriz le preguntaba a Lorenzo cómo había ocurrido aquello, pero este estaba demasiado confuso como para dar una explicación. Por fortuna, la urgencia hizo que ninguno de los dos identificase el origen de la herida con una pedrada. Tampoco se les ocurrió mirar detrás del seto.

Beltrán permaneció allí, regocijándose en su puntería hasta que las voces se extinguieron en la distancia. Entonces, sin perder ni un solo instante más, se encaminó hacia el patio de carruajes. Si se apresuraba y tenía cuidado, podría llegar allí antes que ellos sin que nadie reparase en él.

Beatriz pasó veloz ante la colegiata de San Ildefonso, cuya majestuosa cúpula había sido terminada, según los planes de don Teodoro, tan solo unas semanas antes. En otras circunstancias se habría parado a admirarla con orgullo, por cuanto ella sentía todo lo que hacía aquel hombre como propio, pero esa tarde llevaba prisa: la princesa de Rímini la había hecho llamar para que se reuniese con ella de urgencia en sus aposentos de palacio, y no deseaba hacerla esperar más de lo necesario.

Estaba preocupada. Normalmente la princesa no enviaba ningún tipo de misiva. Más bien se emplazaban de palabra de una vez para la siguiente, como dos buenas amigas. Por ello, el

enigmático mensaje del cochero le había hecho temer que podía tratarse de un problema grave. Para su intranquilidad, el hombre no había sabido dar más detalles.

Dejó atrás la entrada del patio de carruajes y la comandancia de alabarderos antes de internarse por las galerías adjuntas a la botica, en dirección a la casa de damas. Allí, en una sucesión de suntuosas habitaciones, se alojaban la mayoría de las mujeres extranjeras del séquito de la reina, entre las que se contaba su protectora. Había estado en aquellas dependencias al menos dos veces, pero con los nervios tuvo algunos problemas para encontrar su camino a través del laberinto de estrechas galerías. Cuando finalmente se halló frente a las puertas blancas que daban a los aposentos privados de la princesa, se sorprendió de no encontrar a ningún ujier en el pasillo. Lo achacó a la complejidad del momento. En vísperas de año nuevo, la servidumbre de palacio apenas daba abasto.

Golpeó la puerta con los nudillos y esta se abrió de inmediato desde dentro.

—Pasa, rápido —urgió la princesa—. ¿Te has fijado si te seguía alguien?

Aquella pregunta le sonó extraña. ¿Quién iba a querer seguirla a ella?

—Creo que no, mi señora —musitó la joven, confusa.

—Bien. Adelante entonces.

—He venido tan rápido como he podido. ¿Estáis bien? ¿Ocurre algo grave?

—Tranquila, niña —respondió la princesa—. ¿Un oporto?

—No, gracias —declinó gentil Beatriz, algo sorprendida por el ofrecimiento.

—Mejor para mí, pues —susurró la princesa, más para sí misma que para su invitada.

Beatriz reparó en que arrastraba ligeramente las palabras, como si hubiera bebido más de la cuenta. Sin embargo, su gesto era firme y parecía consciente de sus actos.

—Ten la bondad de tomar asiento, por favor —indicó entonces la princesa, señalando una pila de cojines que había dispuesta en el suelo, junto a su sillón preferido.

La joven obedeció. Mientras la de Rímini se servía su oporto, ella aprovechó para echar un vistazo a la decoración. Se trataba de una habitación de doble cámara en línea, compuesta por un salón y un dormitorio. Ambas estancias estaban separadas por cortinajes de terciopelo de color grana y oro. El dormitorio, más alejado de la puerta de entrada, tenía anexo un pequeño cuarto de aseo y un balcón que daba al patio de la colegiata, con vistas privilegiadas a la umbría del cerro de las Cabezas. Los techos estaban decorados con un único fresco jalonado por intrincadas molduras de yeso lacado en dorado. Representaba una escena mitológica centrada en Baco, muy acorde a los gustos de la princesa. Las paredes aparecían sorprendentemente desnudas, salvo por la presencia de algunos tapices decorados con motivos de difícil interpretación.

El mobiliario de ambas estancias estaba construido en maderas preciosas, al estilo recargado que comenzaba a hacer furor entre la alta sociedad francesa. Beatriz fijó la vista en las patas de una mesa, talladas a modo de enredaderas. Asombrada, pensó que aquel mueble tenía un mérito artístico comparable al mismísimo retablo de la colegiata.

—¿Te he contado alguna vez por qué nunca me casé? —preguntó de improviso la princesa.

—Creo que no, mi señora.

—¿Y te lo has preguntado?

—No soy de natural curiosa —mintió la joven—, pero me sorprendería que una mujer de vuestro atractivo no tuviera una legión de pretendientes.

La condesa sonrió. Aquella niña aprendía rápido. En pocas semanas había pasado de cohibirse ante cualquier pregunta a ser capaz de dar respuesta a las más comprometidas sin comprometerse. Sin duda, tenía madera de cortesana.

—Así es, jovencita. Los he tenido. Muchos. Y aún hay alguno... Nada serio, claro. Pero esa no era la pregunta.

—Me temo que no tengo forma de conocer vuestro pasado —respondió diplomática Beatriz—. Salvo que vos misma tengáis a bien contármelo.

—¿Te gustaría?

La perspectiva de una tarde de confidencias la seducía, más por el morbo de escuchar lo que la princesa pudiera contarle sobre la vida que por lo que ella misma tenía que aportar. Lo que no terminaba de entender era la premura con la que se la había hecho venir si se trataba de una simple sesión de cotorreo. Con todo, la urgencia era de su anfitriona, no suya. Decidió dejarse llevar.

—Nada me gustaría más.

La princesa sonrió de nuevo, halagada por la curiosidad de la joven. Bebió otro sorbito de oporto antes de proseguir.

—¿Me creerías si te digo que solo he estado enamorada una vez?

Para Beatriz aquello supuso una pequeña revelación. Siempre había supuesto que una mujer como aquella, soltera y expuesta durante toda una vida al entorno de la corte, bien podría haber tenido un pasado rico en amores. En la mente de la joven se dibujó fugaz la imagen de Lorenzo de Parma. El recuerdo de sus besos le resultaba embriagador, pero hizo lo posible por conjurarlo para centrarse en las revelaciones de la princesa.

—¿Era apuesto? —preguntó, recordándose que estaba allí para prestar atención a su amiga.

—Más que ningún otro hombre en el mundo.

—¿Caballeroso?

—Como nadie.

—¿Inteligente?

—Brillante.

—¿Y os correspondía?

Beatriz miraba a la princesa con expresión curiosa, la cara apoyada entre las manos, como una niña que escucha una historia emocionante.

—Sí... o creo que sí —respondió dubitativa la mujer—. Al menos estoy casi segura de que hubiera llegado a hacerlo, pero...

—¿Pero?

—Digamos que se trataba de un hombre fuera de mi alcance.

¿Fuera de su alcance? Se cuestionó Beatriz. ¿Qué quería decir eso? ¿Quién podía estar fuera del alcance de una mujer con rango de princesa? ¿Se refería a la distancia? ¿A la edad, tal vez? ¿A las ataduras del matrimonio?

—¿Era, pues, un hombre casado? —aventuró.

—No en aquel momento. No todavía. Pero sí era un hombre importante. Demasiado importante para mí. Y demasiado comprometido con sus responsabilidades.

Beatriz sentía ahora auténtica curiosidad, pero tenía la impresión de que a la princesa, de habitual parlanchina, costaba ahora un mundo sacarle las palabras.

—¿Cuándo ocurrió todo aquello?

—Pronto se cumplirán diez años.

—¿Aconteció en Parma?

—Fue en Madrid.

—¿En Madrid?

—Sí, Beatriz, pero creo que será mejor que comience por el principio.

La princesa dio un nuevo sorbito al oporto, paladeándolo antes de continuar, mientras la joven esperaba pacientemente.

—Como sabes, hace diez años ocurrió un evento que cambió la historia de este país: la muerte de la reina María Luisa de Saboya.

—Yo era muy pequeña —recordó Beatriz—, pero guardo un vago recuerdo de aquello. Mi padre hubo de desplazarse de urgencia a Madrid.

—Ocurrieron muchas cosas en Madrid aquellos días, jovencita, y yo puedo contártelas todas de primera mano —continuó la princesa, sin hacer caso de la interrupción—. Llegué un día de primavera, procedente de Italia, para unirme al séquito del cardenal Alberoni. Yo no quería venir desde tan lejos, pero fue una petición expresa de mi adorada amiga Elisabetta, a la que no pude negarme.

—¿Qué ocurrió entonces?

—El propósito de nuestra presencia en Madrid era negociar las segundas nupcias del rey. Puede que esto no lo sepas, pero el matrimonio entre Felipe y su actual esposa se celebró por poderes. Ellos no se vieron por primera vez hasta semanas después de estar casados.

Beatriz arqueó las cejas, sorprendida. En efecto, no conocía aquella historia. Estuvo tentada de inquirir sobre los detalles de un casamiento tan inusual, pero se abstuvo de interrumpir el relato.

—La cuestión es que una visita de este tipo no se limita a largas reuniones en torno a una mesa de negociación. Hay banquetes, recepciones... Una de las primeras noches se celebró una cena para los delegados parmesanos a la que se agregó un solo miembro de la corte de Madrid. Era un hombre elegante, culto y refinado, más o menos de mi edad. Tenía unos profundos ojos azules y unos modales exquisitos —se interrumpió durante unos instantes, con la mirada fija en el infinito—. Ya podría, claro: había recibido la mejor educación posible. En Versalles, nada menos.

Beatriz contemplaba entusiasmada a la princesa. Su narración resultaba cautivadora.

—Me enamoré de él aquella misma noche. Nos escabullimos de la compañía de los demás y ya no nos separamos hasta el amanecer —bebió otro poco antes de concluir con tono enfático—: dos días después, en una recepción en el salón del trono, nos lo presentaron formalmente como Felipe V de España.

La joven abrió los ojos como platos.

—¡Os enamorasteis del rey!

—Y enamorada permanecí durante años —confirmó la princesa.

Ambas guardaron silencio durante un largo rato. Beatriz no daba crédito a sus oídos, y la princesa permanecía ensimismada en sus pensamientos. Fue la joven quien rompió el silencio.

—¿Le habéis confiado esto a alguien más?

—Solo a ti, niña.

Beatriz experimentó una corriente de simpatía hacia aquella mujer, tan vivida y aparentemente segura de sí misma, que, sin embargo, ahora le parecía muy vulnerable. Percibía su dolor como si se tratase del suyo propio, pero no sabía qué hacer para consolarla. Supuso que debía animarla a hablar para que pudiera sacarlo todo de dentro.

—¿Lo amáis aún?

La princesa arqueó las cejas, encogiéndose de hombros. Vaciló antes de contestar, como si no estuviese segura de lo que iba a decir.

—Durante un tiempo lo amé con locura, incluso después de celebrarse su matrimonio, pero entre nosotros nunca pasó nada más. Luego él enloqueció.

—Debió de ser terrible.

—Créeme que lo fue, niña —convino la italiana—. Una vez, por azar, tuve ocasión de presenciar uno de sus accesos. Felipe apareció medio desnudo por los pasillos de palacio. Llevaba el camisón cubierto de lamparones de comida putrefacta. Su olor era repulsivo. Aullaba como un animal y no atendía a razones. Tuve que apartar la vista. De verdad agradecí que sus secretarios se lo llevaran de allí para aliviarle la humillación pública —hizo una pausa, como si le resultase demasiado triste hablar del tema. Sin embargo, y para desconcierto de Beatriz, se recompuso casi de inmediato—. Creo que al verlo en ese estado dejé de sentir la pasión que se siente por un amante, pero a cambio me invadió un sentimiento de infinita ternura que aún no me he conseguido sacudir, y que me ha impedido amar a nadie más. Así que, respondiendo a tu pregunta, supongo que ahora lo amo de otra forma.

—Siento mucho vuestro dolor, princesa.

—No fue lo peor, niña. Lo peor ha sido siempre la actitud de Elisabetta.

—¿De quién?

—De mi amiga Elisabetta. Elisabetta es Isabel en italiano. Para ti, Isabel de Farnesio. Para mí, una perfecta zorra.

Beatriz iba de sobresalto en sobresalto. Nunca antes había escuchado a nadie hablar de la soberana en esos términos, y menos en palacio, pero el torrente de información que salía de los labios de la princesa la arrastraba sin darle tiempo a reaccionar.

—Elisabetta me envió aquí para que le diese mi opinión sobre su pretendiente, ni más ni menos. Ese fue el único motivo por el que vine a las negociaciones de Madrid.

—Supongo que no hubo maldad en ello —terció la joven, sin convicción.

—Por supuesto que no. No hubo maldad alguna en enviarme a Madrid. Lo que le reprocho es que luego me arrebatase al hombre al que yo amaba... ¿Y para qué? Yo te lo diré: para hacer de él un guiñapo; para obligarlo a ceñirse la corona contra su voluntad y en detrimento de su salud, con el solo objeto de ostentar ella el gobierno en la sombra; para tener su voluntad secuestrada; y para tener hijos con los que perpetuar su propio legado —lágrimas de rabia afloraron a los ojos de la princesa, que por momentos parecía sentir un dolor demasiado intenso como para continuar.

Beatriz no sabía qué hacer. Sacó un pañuelo de los pliegues de su vestido e intentó secarle con cuidado las lágrimas, pero no tuvo éxito porque el desconsuelo de la de Rímini iba en aumento. Sollozaba ya violentamente, hasta el punto de que Beatriz temió que fuese a ahogarse. Sin saber muy bien cómo apaciguarla, solo se le ocurrió pasarle el brazo por los hombros, y así permaneció, abrazándola, mientras duró el ataque de llanto.

Se le rompía el alma de ver así a aquella mujer alegre que la había abierto los ojos a tantas cosas maravillosas. Pensó para sus adentros que, a pesar de la diferencia de rango, la princesa era una amiga, mientras que la reina no era más que una figura hierática que le daba la bienvenida y la despedía siempre con el mismo gesto indiferente. Y no pudo evitar admitir que, por lo que hacía referencia al trato que dispensaba al rey, tal vez era, en efecto, una zorra.

Poco a poco, la princesa fue capaz de controlar el llanto y se sintió de nuevo capaz de articular palabra.

—Lo siento, niña... siento haberte hecho pasar este mal rato —se disculpó.

—No os preocupéis —susurró Beatriz—. Vos... vos habéis tenido todo ese dolor guardado durante tanto tiempo...

—Creo que me ha hecho bien hablar. ¿Os importaría rellenarme la copa?

Beatriz cogió la copa de cristal y la rellenó casi hasta el borde antes de volver a su sitio. Se

mantuvo en silencio mientras la princesa bebía un largo sorbo. Entonces ya no pudo contenerse. Algo aún le suscitaba curiosidad:

—Perdonad que os pregunte esto, señora...

—Dime, niña —respondió la mujer, mientras se limpiaba con delicadeza la punta de la nariz con un pañuelo de seda.

—Sin ánimo de ofenderos, no alcanzo a comprender por qué hoy —Beatriz no sabía muy bien cómo articular sus pensamientos sin parecer insensible—. Quiero decir... ¿Me hicisteis llamar de urgencia porque necesitabais hablarme del pasado?

Solo entonces la princesa cayó en la cuenta de que se había ido por las ramas. ¡El maldito oporto! En cualquier caso, no era demasiado grave. La semilla estaba plantada.

Echó un vistazo en dirección a la ventana y comprobó que empezaba a anochecer. Pronto debería dejar marchar a la joven. No era prudente que hiciese el camino de vuelta hasta Segovia de noche, aunque fuese en un transporte de la corona.

Se sonó nuevamente antes de contestar.

—No, niña. Hay algo mucho más importante que todo eso.

—Os escucho.

—Dejando a un lado mis propios sentimientos, comprendes que la forma de actuar de la reina es egoísta y dañina para el rey, ¿verdad?

—Comprendo la situación del rey. Y en verdad le compadezco.

—¿Y si yo te dijera que puedes hacer algo para aliviar sus melancolías?

—Es una causa noble. En atención a vos, haría cuanto estuviera en mi mano.

—Tienes buen corazón. ¿Y si además te dijese que el futuro de tu país, el de la gente que amas, está en juego?

—Entonces tendría aún más motivo —respondió la joven, intranquila—. Pero os confieso que me estáis asustando.

—No te preocupes. Solo quiero me jures dos cosas —y añadió—: por lo más sagrado.

Beatriz asintió, no del todo segura. A sus ojos, la conversación había adquirido un cariz incómodamente solemne.

—La primera es que nunca debes contarle a nadie nada de lo que hoy, como amiga, te he confesado.

Aquella era una petición justa.

—Os lo juro, señora.

—Creo que es momento de que empieces a llamarme por mi nombre, jovencita —reconvino entonces la princesa, con un guiño de complicidad—. Somos amigas.

—Te lo juro, Amelia —al pronunciar el nombre de pila de la princesa, Beatriz sintió que había caído la última barrera entre las dos.

—La segunda cosa que debes jurar es que serás valiente si alguna vez te ves obligada a hacer algo para proteger a la gente a la que amas.

Beatriz tampoco encontró motivo para negarse a algo así.

—Lo juro.

X

Eran bien pasadas las tres de la madrugada cuando Vicente Campillo salió dando tumbos de la posada del Meco. La celebración de una montería era un clásico entre los alimañeros reales, una banda de desarraigados sin familia ni hogar a los que regresar durante las fiestas.

El Real Cuerpo de Alimañeros se había creado apenas un puñado de años antes, con objeto de proteger el cazadero real y evitar que sus bestias ocasionasen daños a las poblaciones del entorno. Más por estar en el lugar adecuado en el momento preciso que por criterios de mérito, Campillo, a la sazón guardia real, había sido elegido primer y único mando del cuerpo hasta la fecha, con rango de capitán. Desde entonces su vida había transcurrido tranquila. Gozaba de una posición envidiable, con salario vitalicio de oficial, suficientes hombres a su cargo como para no tener que dar un palo al agua y un cometido que nadie se tomaba la molestia de fiscalizar demasiado de cerca. Podría decirse, pues, que sus días en la tierra distaban mucho de ser un valle de lágrimas.

Tras unos primeros meses en los que había intentado imponer su autoridad *manu militari*, terminó por darse cuenta de que le resultaba mucho más gratificante pasar el tiempo bebiendo con los muchachos que haciéndolos formar en el patio. En realidad, él nunca se había interesado por la caza, y la posibilidad de quedarse solo en mitad del pinar en persecución de una bestia salvaje constituía una de sus pesadillas recurrentes desde el mismo día en que recibió su nombramiento. Era por ello que, con el tiempo, dejó las monterías en manos de lugartenientes mejor dotados para el rastreo. No le había ido mal así. Para su felicidad, ahora ya apenas se veía obligado a hacerse al monte, y su vida consistía casi exclusivamente en una plácida sucesión de paseos entre palacio, la Junta y los barrios bajos de Segovia.

Tal vez por ello, Campillo era reacio a los cambios. No le sentó demasiado bien el nombramiento de Lorenzo de Parma como nuevo intendente. El italiano, amén de la escasa estima que le mostró desde un principio, traía algunas ideas propias sobre cómo gestionar el cazadero. Esto ocasionó que tuvieran sus más y sus menos, dando lugar a un sentimiento de franca antipatía entre los dos. Por fortuna, tras no pocos cabezazos contra la pared, el de Parma parecía haber comprendido que lo que la corona esperaba de un intendente de la Junta de Obras y Bosques —así como del Real Cuerpo de Alimañeros—, era que capeasen el temporal ante las autoridades municipales. Con aquella revelación, todo parecía haber vuelto a la normalidad.

En la posada permanecían algunos de los soldados a su cargo, que todavía a aquellas horas intempestivas seguían la juerga con entusiasmo. De los catorce que habían entrado cuando apenas anocheía, no quedaban ya sino unos cinco o seis. El resto habían desaparecido, a la búsqueda de otros placeres con los que dar por concluida la noche.

Quién sabe si por falta de instrucción, de uso o de mando, ninguno de aquellos hombres tenía por costumbre comportarse con discreción, de manera que cualquiera los habría tomado antes por un hatajo de bravos que por un cuerpo del ejército. Si tan solo uno hubiera observado las más elementales normas de prudencia militar, se habría percatado de la presencia de un corpulento

hombretón de barba negra, quien, aparentando no tener otra cosa que hacer que beber a solas en un rincón, llevaba toda la velada con la mirada fija en ellos.

Germán de Allepuz, que estaba allí para indagar sobre lo que se cocía en palacio, tuvo una noche inesperadamente informativa. Casi todo lo que había esperado descubrir con paciencia, seso y reales de vellón, le había sido comunicado en apenas unos pocos minutos en forma de gritos destemplados y desvaríos de borrachos.

—¡A la salud d... del rey don Felipe! —chillaba uno de los guardias.

—¡Y a la de C... Campillo! —lo interrumpía otro, mientras el primero, sin esperar el coro de vítores, daba un prolongado trago a su jarra.

Entre hurras al rey, al príncipe, a la Farnesio y al lucero del alba, transcurría la madrugada, y allí nadie sentía que tuviera nada que callar. De esa manera, el lobero no tuvo más que hacer una serie de preguntas al tabernero para terminar de atar cabos.

—Parece que tienen cosas que celebrar —comentó en tono distraído, mientras con el gesto pedía que le rellenasen la jarra de aguardiente.

—Eso parece —respondió el tabernero.

—¿Siempre es así con las monterías?

—Ya lo creo. El día en que reciben la orden, la víspera y la noche de después. Tres fiestas por batida.

—Saben cuidarse —sonrió el lobero con sorna.

—Más les vale. El monarca pasa la mitad del tiempo inapetente y la otra mitad encerrado en sus aposentos. No hay tantas oportunidades para la celebración.

El lobero no dijo nada. Esperó a que el tabernero vertiese con cuidado el líquido transparente del barril a su jarra. No era buena noche para beber en exceso, pero tenía que engrasar las vías de comunicación con su interlocutor. Depositó una moneda sobre el mostrador.

—Es culpa de la Farnesio —dijo el tabernero, mientras se echaba la moneda al bolsillo—. Por lo que tengo entendido, solo le deja suelto de Pascuas a Ramos.

—¿Y a qué se debe la libertad en esta ocasión?

—Parece que el rey anda de capa caída. Y la reina no puede permitirse que enloquezca por completo.

—¿Pues?

—Os podéis imaginar, mi señor: si el rey terminase de devenir incapaz, el Consejo de Castilla forzaría su abdicación. Entonces la Farnesio, que es quien lleva los pantalones, se la tendría que envainar.

El lobero iba a indagar más sobre el particular cuando, de pronto, cayó en la cuenta de que aquella celebración bien podía ser una fiesta de víspera de montería. Entonces temió haber perdido su oportunidad: si salían al día siguiente ya no quedaba tiempo suficiente para preparar la emboscada. Hizo un esfuerzo por evitar que su semblante dejase translucir sus dudas. No era prudente mostrar ansiedad.

—¿Salen entonces mañana? —inquirió, mientras depositaba otra moneda sobre la barra.

El tabernero negó con la cabeza mientras recogía el donativo.

—Parece que han dado la orden de prepararse esta misma tarde. Si todo va bien, los tendré aquí otra vez el jueves.

El lobero disimuló un suspiro de alivio.

—¿Y eso?

—Dicen que el rey tiene intención de salir de caza el viernes por la mañana.

Como si aquello no fuera con él, el lobero desvió la mirada del grupo de soldados y dio un largo trago. Hasta el viernes había tiempo de sobra. Se preguntaba si sería el momento oportuno para llevar a cabo su plan.

—Supongo que, en ese caso, el local se os llenará de extranjeros el viernes —dijo entonces.

—No lo creo. Los nobles que acompañan al rey no suelen avenirse a celebrar con simples soldados —repuso el tabernero—. Además, por lo que he escuchado, no será un gran despliegue. Solo el rey y un par de amigos, como casi siempre.

Una chispa iluminó los ojos negros del hombretón. Ese último detalle era sin duda la guinda del pastel. La percepción del tabernero le cuadraba: de todas las monterías que había tenido ocasión de presenciar durante los meses que llevaba en Valsaín, solo una o dos habían sido multitudinarias.

Se despidió, con cuidado de mantener la calma, y se dirigió de nuevo a su rincón. Podía pasar el resto de la noche bebiendo tranquilo.

El día de los Santos Inocentes amaneció más plácido en La Granja de Ildefonso que los anteriores. En el aire límpido flotaba un suave aroma a humus y hojas secas, mientras el disco solar apenas destacaba tenuemente sobre el firmamento pálido, libre de nubes. Hacía una temperatura casi agradable, como si el invierno hubiese decidido dar una breve tregua entre las festividades de Navidad y el año nuevo.

El ambiente en los jardines de palacio habría sido tan apacible como el tiempo de no ser por las voces del arquitecto René Carlier. El francés, encargado de decorar las fuentes de los magníficos jardines versallescos, tenía verdaderas dificultades para hacer comprender a una cuadrilla de obreros locales cómo levantar una colosal estatua de bronce del dios Neptuno. Se desgañaba en un castellano atroz mientras los obreros se divertían a su costa, fingiendo no comprender las instrucciones.

Ajenas al griterío, dos mujeres caminaban cogidas del brazo por el extremo opuesto de los jardines. Cualquiera que se hubiese fijado en la gravedad de sus rostros habría deducido que su conversación distaba mucho de ser trivial. Charlaban en voz queda, como si temiesen ser escuchadas. La princesa de Rímini llevaba la voz cantante, mientras que la joven condesa de Ortigosa tenía un aire más pensativo. Se limitaba a dar réplicas breves, y solo cuando la otra la interpelaba directamente.

—Esto es más importante que tú y que yo, Beatriz —expuso la princesa, en tono persuasivo—. ¿Acaso no lo ves?

—Entiendo la gravedad del asunto, Amelia, pero no sé cómo puedo ser de ayuda. Apenas soy una niña. Lo que proponéis me viene grande.

—Es más sencillo de lo que piensas. La abdicación del rey es ya para él cuestión de vida o muerte. Para él y para España.

—No lo dudo, princesa, pero... ¿qué tiene eso que ver conmigo? Por mí, permítasele que abdique. ¿No es eso tarea de su secretario? ¿O de la reina?

—Lo sabes tan bien como yo: Isabel nunca permitiría tal cosa.

—Si es así, la reina tendrá sus motivos —Beatriz no pudo evitar recordar el tono en el que la de Rímini se había referido a Isabel de Farnesio apenas unos días atrás.

—Y sabes bien cuáles son. A ella no le importa ni el sufrimiento de Felipe, ni la posibilidad de arrastrar al país a una nueva guerra.

—¿Una guerra? —la voz de Beatriz sonó más preocupada que curiosa.

Intuyendo su turbación, la princesa decidió insistir por esa vía.

—Pues claro, niña. ¿Cuánto tiempo crees que puede un país estar gobernado por un rey que no es consciente de sus actos?

La joven no contestó. Ella apenas tenía uso de razón cuando terminó la guerra de sucesión, pero con aquello había tenido más que suficiente guerra para toda su existencia.

—Escúchame con atención, Beatriz: cuando Felipe accedió al trono estaba en plena posesión de sus facultades. Lo hizo ganando una guerra larga y cruenta, e infundiendo el respeto entre las potencias europeas. Sin embargo, apenas tres o cuatro años después, las fuerzas empezaron a fallarle. La reina no tuvo inconveniente alguno en aprovecharse de la situación para adueñarse del poder y meter a España en el conflicto de Sicilia y Cerdeña. ¿Y todo para qué? Para garantizarle territorios que gobernar a su hijito Carlos —prosiguió con ademán indignado—. Fue tamaña la metedura de pata que hasta Francia se puso en nuestra contra, del lado de Inglaterra, Austria y los Países Bajos. Todo el prestigio adquirido con la victoria en la guerra sucesoria se esfumó en un conflicto menor. Ahora todos nuestros enemigos saben que España es débil, que su legítimo rey está incapacitado, y que el gobierno está en manos de una reina belicista que no ha hecho nada por ganarse las simpatías de nadie en el continente.

—Entonces... ¿verdaderamente creéis que hay riesgo de que se desencadene una nueva guerra? —preguntó con ingenuidad la joven.

—No me cabe la menor duda, Beatriz —exageró la princesa, metida ya de lleno en su diatriba fatalista—. Y la única forma de evitarla es que el rey abdique.

Beatriz quedó pensativa. Intentaba valorar la gravedad de lo que la princesa acababa de decir.

—¿Queréis decir, entonces, que la llegada del príncipe Luis al trono nos pondría a todos a salvo?

—Así es —convino la princesa—. Un rey legítimo, cuerdo y joven, serviría para afianzar la dinastía borbónica en España. Eso nos traería la estabilidad que ahora peligra y que tanto necesitamos.

Como quiera que la joven aún dudaba, aturdida por el volumen de información que se estaba viendo obligada a digerir, la princesa intentó resumírselo todo:

—La abdicación de don Felipe, querida Beatriz, es la garantía de una paz duradera. Ni más ni menos.

—Supongamos que así sea —concedió la joven tras un nuevo silencio—. ¿Cómo es posible que evitar una guerra dependa de alguien como yo? Quiero decir... ¿pues no es eso responsabilidad de reyes, diplomáticos y soldados?

—Tú sabes mejor que nadie que los caminos del Señor son inescrutables. ¿Dirías que Helena de Troya tuvo la culpa de que dos hombres se enamorasen de ella? ¿Escogió verse atrapada en un matrimonio de conveniencia? ¿Puede hacérsela responsable de haberse prendado del apuesto Paris?

—Supongo que no —reflexionó Beatriz en voz alta—. Nadie elige de quién se enamora.

—En efecto, niña. Helena simplemente nació bella. Si su belleza dio lugar a una guerra entre aqueos y troyanos, y si miles perdieron la vida por la lujuria de dos hombres, no fue porque ella lo quisiese así. No me cabe duda de que Helena se vería como una víctima en todo aquello: alguien que hubiese preferido vivir una existencia normal, enamorarse de alguien que la correspondiese y ser feliz a su lado. De la misma manera, si hoy estamos en esta situación no es porque lo hayamos escogido; es porque la providencia lo ha querido así, y con ello hemos de

lidiar —una idea brillante cruzó entonces la mente de Amelia de Rímini—. Pero hay una diferencia esencial entre Helena de Troya y tú...

—¿Cuál?

—Helena dio lugar a una guerra, mientras que tú tienes la posibilidad de evitar otra.

Por la expresión grave en los ojos negros de Beatriz, la princesa dedujo que este último comentario había dado en el clavo.

—Decidme, pues, cómo puedo ayudar —se resignó al fin la joven.

—Eres muy valiente, niña. Tu decisión puede salvar miles de vidas, no lo olvides —dijo la princesa, con ánimo de disipar los últimos restos de duda en la mirada de Beatriz—. Sé por el secretario personal del rey, el marqués de Grimaldo, que los papeles de la abdicación están ya redactados. Los términos son justos, y reflejan punto por punto la voluntad de Felipe.

Beatriz escuchaba con atención, sin osar interrumpir.

—El problema es que la reina controla todo lo que el rey hace. Ni siquiera a su secretario personal se le permite despachar con él en privado. Siempre hay algún agente de la reina a la escucha. Y nunca puede haber documentos de por medio.

—¿Entonces?

—Es necesario que los papeles lleguen al rey sin ser interceptados, y que este pueda firmarlos sin que nadie se dé cuenta.

—Y pretendéis que lo haga yo.

—Todo el mundo en esta corte viciada está posicionado de un lado o de otro, pero nadie sabe de qué lado estás tú.

—Lo más fácil será que piensen que soy afín a vuestra causa.

—Por fortuna, solo Grimaldo, que es de los nuestros, sabe a ciencia cierta de qué lado están mis lealtades. El resto piensa que soy una vieja borracha.

—¡No digáis eso! —la reprendió Beatriz. Desde el episodio acaecido entre ambas unos días antes, se sentía sinceramente dolida cada vez que la princesa demostraba tener un bajo concepto de sí misma.

—Tengo ojos en la cara —repuso la otra sin pestañear, aunque era evidente que su orgullo estaba herido—. Por fortuna, ya casi todo me da igual —añadió con fingida dignidad.

—¿Por qué no vos, entonces? Sin duda conocéis mejor que yo todo este entramado de intrigas y lealtades.

—Yo carezco de algo que tú tienes.

—No entiendo.

—Jovencita, yo puedo superar todos los obstáculos necesarios para llegar al dormitorio de Felipe... salvo uno.

—¿Y qué os hace pensar que yo podré superarlo?

—El último obstáculo no es una puerta, querida.

Beatriz sintió que el color se le iba de las mejillas al darse cuenta de lo que la italiana quería decir.

—¡Lorenzo! —exclamó aterrada.

La princesa guardó silencio para no echar más leña al fuego.

El cerebro de Beatriz buscaba respuestas a toda velocidad. Intuyendo sus dudas, la de Rímini se adelantó:

—Teméis por él.

—Temo que esto pueda acarrearle graves consecuencias —asintió Beatriz, con la aprensión

dibujada en los ojos—. ¡Si la reina llega a enterarse de lo que pasa! ¡Imaginaos lo que podría ocurrir si Lorenzo fracasa en su cometido por mi culpa! —explicó atropelladamente. Sentía cómo se desgarraba entre la lealtad a su amiga y sus sentimientos por el italiano.

—No voy a mentirte, Beatriz. Si tienes éxito, es muy probable que tu amado Lorenzo se vea en problemas, pero no puedes decirle nada. Lorenzo se debe a Scotti, y Scotti se debe a la reina. Si le cuentas cualquier detalle de lo que hemos hablado hoy aquí tú y yo, me condenarás a muerte. Elisabetta no toleraría mi traición.

—Me pedís que escoja —gimió resignada la joven.

—Solo te pido lealtad. A tu patria y a tu rey. A propio tu padre. Ya te lo he dicho antes: esto es más grande que tú y que yo.

Beatriz se sentía indispuesta. Sus piernas flaqueaban y deseaba salir de allí cuanto antes.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —musitó con apenas un hilo de voz. No se sentía capaz de tomar una determinación en esas circunstancias.

—No mucho, querida... no mucho.

Beatriz no volvió a pisar palacio en toda una semana. Se había sentido enferma desde su última conversación con la princesa de Rímini. Incluso había pasado un par de días postrada en cama con fuertes jaquecas, pero no había dicho ni una palabra a nadie.

Todo el mundo en la residencia de los Ortigosa atribuía su estado de salud a un golpe de frío. Tantas idas y venidas sin duda se habían cobrado su precio, pensaban. Ella, sin embargo, sabía que el origen de sus males era otro. Durante todo aquel tiempo no había dejado de debatirse ni un solo instante entre sus sentimientos por Lorenzo y su lealtad a la princesa. Se veía incapaz de decantarse por el uno ni por la otra, pero el coste de no hacer nada era aún mayor: la guerra, ni más ni menos.

La princesa de Rímini era la persona más interesante que había conocido jamás. Siempre alegre y dispuesta a compartir sus secretos con ella... ¡Cómo disfrutaba de sus confidencias! Desde que trataba con ella, los cotilleos de sus amigas de adolescencia se le antojaban insulsos. Incluso Adelita, a quien antes había tenido por una desvergonzada, no le parecía ahora más que una mojigata con ínfulas de cortesana.

Sí, Amelia le había descubierto el mundo, inoculándole el virus de la curiosidad. Desde el preciso instante en que la italiana se había cruzado en su camino, la chiquilla que antes jugaba a pasearse vestida de princesa se había convertido en una aspirante de princesa de verdad. Y su relación no era tan solo una amistad. También era una promesa de futuro, de un futuro de ensueño en la corte, para siempre entre duques, condesas y bailes palaciegos.

En el otro lado de la balanza estaba Lorenzo, con sus ojos claros de mirada seductora. Su primer amor. El único hombre que había sido capaz de suscitar su interés. De alguna manera era como una princesa de Rímini en varón. Quince años mayor que ella, apuesto, educado, vivido; experimentado en mil intrigas urdidas en palacios de media Europa y el próximo Oriente. Un hombre con un millón de secretos y misterios por desentrañar.

Lo peor para Beatriz era que no se trataba de una simple elección entre dos personas. El mero hecho de optar por una conllevaba dejar caer a la otra. Si hacía lo que la princesa pedía, Lorenzo quedaría como un inepto, y quién sabe si también como un traidor. Su carrera en la corte se vería truncada, quizá irremisiblemente... si es que no le ocurría algo aún peor. Si, por el contrario,

optaba por confesárselo todo, entonces sería Amelia la que se enfrentaría a un futuro terrible. La muerte, sin ir más lejos.

Ninguno de los dos merecía un destino así.

Quería posponer la decisión todo lo posible, dejar pasar los días para que las cosas se arreglasen solas. Pero la princesa había dicho que el tiempo apremiaba, y que la inacción podía acarrear consecuencias todavía peores a ella, a sus seres queridos y a todo el país. Cada vez que pensaba en la posibilidad de que se desencadenase un nuevo conflicto bélico se acordaba de los huérfanos de san Frutos, de las caravanas de tullidos, del fallecimiento de su madre y de los años de miseria. No se sentía capaz de volver a todo aquello; no ahora que había probado las mieles de la vida en la corte.

Una y otra vez, Beatriz maldecía la dificultad de su dilema. Maldecía a la reina y sus ambiciones, al rey y su enfermedad. Maldecía su debilidad por la princesa y por el apuesto Lorenzo; pero, sobre todo, maldecía su propia incapacidad para tomar una decisión.

Entre la maleza, al pie del pino donde tenía establecido su puesto de tiro, el lobero accionó el mecanismo de poleas. Contó mentalmente hasta tres antes de escuchar la primera andanada, cuya posición fue delatada por una serie de pequeños y densos penachos de humo. Sin perder un solo instante, prendió la pólvora. Apenas tuvo tiempo de ver cómo la mecha salía chisporroteando en dirección al zarzal antes de girarse en dirección al árbol. El fuego no había recorrido más que un par de pasos cuando él trepaba ya por las ramas como alma que lleva el diablo.

A pesar del dolor en el hombro, alcanzó su puesto mientras se escuchaba el quinto y último disparo, tal y como había previsto. El rifle de caza, su antiguo compañero de fatigas, lo esperaba allí, a una altura de unas doce varas sobre el suelo, cargado y en posición. A toda velocidad, fijó el objetivo con la mirilla, y abrió fuego en el momento exacto que llegaba a sus oídos el estruendo de la pólvora.

¡Blanco!

En su cabeza le pareció escuchar los alaridos de los monteros reales, aturcidos por la virulencia de la emboscada. El trabajo estaba casi hecho.

Accionó el segundo mecanismo de poleas y esperó la descarga.

Uno... dos... ¡tres!

Silencio.

¡Maldición! Exclamó para sus adentros. Contrariado, tiró otra vez de la cuerda, con idéntico resultado. Y aún lo intentó por tercera, cuarta y quinta vez antes de darse por vencido.

Durante un momento se quedó allí, quieto, recobrando el resuello entre las ramas. Algo había fallado y no acertaba a adivinar qué. Descendió del árbol con una expresión de contrariedad dibujada en el rostro, y comenzó a revisar minuciosamente la línea de cuerda que hubiera debido accionar la segunda ronda de disparos.

No tardó en localizar el problema: la línea se había atascado a la altura de una de las primeras argollas por culpa de un nudo en la cuerda. Profirió un juramento. No podía permitir que minucias como aquella pusiesen en riesgo su empresa.

Subsanado el error, volvió a subir al árbol y accionó de nuevo la palanca. Una tras otra, las cinco carabinas restantes abrieron fuego con una cadencia perfecta de dos segundos entre disparo y disparo. El lobero asintió para sus adentros. Mucho mejor así.

Faltaba solo una última comprobación por hacer, la más importante. Descendió una vez más del árbol y se encaminó al parapeto de piedra donde a buen seguro se situaría su presa. Su humor mejoró al percatarse que el tiro había atravesado de medio a medio el trozo de madera que representaba la cabeza del rey Felipe.

Mientras comenzaba a recoger el material, tomo nota mental de que habría de prestar más atención al estado de las cuerdas cuando llegase el momento de la verdad. Quitando aquello, el ensayo había ido bastante bien. Los tiempos cuadraban con la precisión de un reloj, y solo la segunda andanada, quizá no estrictamente necesaria para el éxito del plan, había fallado. Concluyó que no había tiempo ni necesidad de más pruebas: atentaría contra la vida del rey el día después de la Epifanía.

Tiempo habría después para encargarse de Demonio.

XI

Corría la mañana del jueves, 6 de enero de 1724, fiesta de la Epifanía del Señor. Había nevado durante toda la noche, quizá sin la intensidad de los días anteriores, pero con la persistencia suficiente como para dejar el pinar cuajado de blanco. El lobero interpretó como un buen presagio que la mañana se presentase clara, sin una pizca de niebla, y que entre las nubes se filtrasen tímidamente los rayos del sol.

El momento se acercaba. Aquella misma tarde tenía previsto dejar el mecanismo de poleas preparado y oculto entre los arbustos que jalonaban el desfiladero. Después pasaría la noche entera emboscado en su puesto de combate, a la espera de la comitiva real. Si todo iba bien, en menos de veinticuatro horas se habría cobrado la pieza que tanto tiempo llevaba esperando. En palabras de Steiermark: «la más grande de las alimañas».

Lo que pudiese ocurrir después del atentado era imprevisible. Había pasado las últimas jornadas cazando conejos y otras presas de caza menor, y estimaba que, con lo conseguido, tendría suficiente para sobrevivir un par de semanas si se veía obligado a ocultarse en las profundidades del pinar.

La desventaja de haber dedicado tantas horas a la caza, tarea en cualquier caso necesaria, era que apenas le había quedado tiempo para otros quehaceres, entre ellos recoger algo de leña con la que protegerse del frío. Por ello, se había levantado con las primeras luces del alba y se había puesto a hacer acopio de lumbre en los alrededores de su choza. A pesar de su maltrecho hombro, habría recogido ya unas tres o cuatro arrobas en solo un par de horas, y creía que todavía tendría tiempo de recoger otras tantas antes de poner rumbo al desfiladero.

En ese preciso momento lo escuchó, a su espalda. Fue un levísimo crujido. Apenas una pisada en la nieve cuyo sonido le habría pasado inadvertido hasta a un corzo. Por un instante quiso convencerse a sí mismo de que había sido el viento, o quizá un conejo imprudente en busca de los primeros brotes verdes, pero su intuición de rastreador le previno.

La convicción se abrió paso en su cabeza a la velocidad de un relámpago, y con ella sintió un escalofrío de miedo.

Demonio.

La confirmación llegó en forma de un prolongado gruñido que sonó a delectación, como si la primitiva mente del lobo hubiera sido capaz de desentrañar sus temores.

El pánico amenazaba con apoderarse del lobero, pero años de experiencia le habían enseñado a mantener la calma en las distancias cortas. «Los lobos huelen el miedo», decía con frecuencia su padre, y él tenía comprobado que era cierto. Por instinto, tomó la decisión de aparentar tanto aplomo como le fuese humanamente posible. Debía evitar los movimientos bruscos. A pesar del dolor en el hombro, alzó el haz de leña sobre su cabeza para hacerse más grande y se giró despacio, buscando con la mirada los ojos del depredador.

Se le cayó el alma a los pies. El animal estaba mucho más cerca de lo que había anticipado, a apenas seis o siete pasos de distancia. Tenía los cuartos delanteros y las orejas echados hacia

atrás, en actitud palmariamente amenazadora. No era eso lo más descorazonador, sin embargo, ni tampoco sus babeantes fauces amarillentas, abiertas de par en par en una mueca feroz. A ojos del lobero, lo peor fue constatar la planta de su adversario. Se trataba sin duda del lobo más corpulento que había visto en su vida. Ciento cincuenta libras de puro músculo, entrenados en el día a día de los abruptos montes del entorno. Aquel animal podía embestirlo y derribarlo sin problemas. A él, a un ciervo y a cualquier mastín.

Entonces comprendió por qué el lobo cazaba y vivía solo. Demonio no necesitaba una manada.

Si la situación no hubiera sido desesperada, sin duda se habría detenido a admirar lo inusual del pelaje del animal, oscuro en el lomo y más claro en los flancos, hasta tornarse blanquecino a la altura de las costillas; o el brillo celeste de sus pupilas, tan frío y desprovisto de sentimiento como el de una estatua de hielo. Entonces habría llegado a la conclusión de que Demonio no era un lobo de raza autóctona y que, quizá por ello, no había sido aceptado por los del entorno.

Pero aquello ahora poco importaba.

Se hizo el silencio absoluto. El tiempo dejó de correr y el mundo a su alrededor dejó de existir. Hombre y bestia se miraron a los ojos, como queriendo immortalizar en el recuerdo los instantes previos al desenlace.

La mente del lobero discurría a toda velocidad. Necesitaba una situación de ventaja, o, al menos, una posición defensiva desde la que repeler al agresor. No encontró nada. A su alrededor, solo nieve. Ni cantos, ni ramas, ni un árbol al que trepar de un brinco.

La cabaña quedaba a su derecha. A tiro de piedra, sí, pero demasiado lejos para emprender la huida a la carrera.

¿Las armas de fuego? Dentro.

¿El cuchillo de hoja curva? En el soportal, junto a la entrada, tan a la vista como inaccesible.

¿El hacha? Clavada en un tronco, a treinta pasos de distancia.

Lo único contundente que tenía a su alcance era el pesado haz de leña que sostenía a pulso sobre su cabeza, y en él depositó todas sus esperanzas. Con un alarido gutural, más encaminado a aliviar el dolor en el hombro que a ahuyentar a su enemigo, lo arrojó hacia adelante y confió en la suerte.

El tiro iba bien encaminado, hasta el punto que, por un instante, el lobero pensó que había dado en el blanco. Sin embargo, Demonio lo esquivó ágilmente en el último momento y la madera impactó con pesadez sobre la nieve.

Se hizo de nuevo el silencio.

El lobo mantenía la mirada fija en el manojito de ramas que había quedado medio deshecho a su lado, como preguntándose si aquello constituía todavía una amenaza.

El lobero aprovechó la diversión para dar un pasito lateral en dirección a la cabaña. Demonio no pareció apercibirse.

Dio otro paso.

Y después otro... y otro más...

La cabaña casi le parecía un objetivo a su alcance cuando, de improviso, el animal giró la cabeza y volvió a fijar su mirada glacial sobre él.

Entonces, el pánico se apoderó de Germán de Allepuz, que emprendió una carrera desesperada por salvar la vida.

Con paso firme, Beatriz franqueó la puerta del vestíbulo que daba al salón del trono. Sabía de sobra que a la hora de la siesta aquellas habitaciones solían estar vacías, por lo que no temía

encontrarse a nadie. Una tras otra, dejó atrás las bellísimas salas que don Teodoro había transformado con exquisito gusto, convirtiendo un sencillo monasterio en uno de los palacios más elegantes del continente. Pensó en el arquitecto. ¿A quién sería leal él? ¿Por qué estas situaciones se le tenían que presentar a una niña como ella y no a hombres sabios como el señor de Ardemans?

Llevaba los documentos de abdicación bajo las enaguas del vestido, asegurados contra su muslo derecho con una liga de encaje de color negro que le había facilitado Amelia de Rímini. En un primer momento le había parecido una indecencia ponerse una prenda que asociaba con las cualesquiera a las que había visto en más de una ocasión hacer la calle del Barranco en las noches cálidas del verano. Sin embargo, su opinión había cambiado al vérsela puesta ante el espejo de pie que la princesa tenía en sus aposentos. Las ligas se le ajustaban a la piel como un guante, marcándole la circunferencia de los muslos. Conferían a sus esbeltas piernas una apariencia más que insinuante. Hubo de admitir que le hacían sentir extrañamente bien. Femenina, en una palabra. Era una sensación agradable, como un cosquilleo de seguridad en sí misma, que terminó de darle las fuerzas para llevar a cabo la ingrata tarea que tenía por delante.

La princesa, su amiga, se había mostrado tan feliz de verla... Al parecer, no las tenía todas consigo con que la joven fuera a prestarse a su conspiración suicida. A decir verdad, Beatriz tampoco podía decir que hubiera decidido ya a quién era leal. Sentía que su simpatía hacia la italiana se había difuminado algo en los últimos días por la forma en que esta la había puesto entre la espada y la pared. Sin embargo, reconocía ante sí misma que no se trataba de un chantaje gratuito: Amelia también corría un grave riesgo con todo aquello.

La única decisión que había sido capaz de tomar era que actuaría, llegado el momento, conforme a los dictados de su corazón, pero solo cuando no pudiera retrasarlo más. Así, se limitaba a quemar etapas, avanzando en el plan hasta la hora de la verdad.

Dejó atrás el salón del trono, ahora vacío, y dirigió sus pasos a través de la sucesión de salas de la planta alta de palacio, en dirección a los aposentos del rey. Aunque la princesa le había descrito minuciosamente el camino, ella nunca antes había llegado tan lejos en sus idas y venidas por el edificio, así que no estaba demasiado segura de lo que podía encontrar. Confrontada con lo desconocido, se repetía sin parar que debía ser capaz de mantener la compostura, pasase lo que pasase.

Si las instrucciones de la princesa eran correctas, se acercaba ya al último recodo. Allí, a mano derecha, a tan solo unos pasos de distancia, aguardaba su destino. Y con él, el de sus seres queridos y el de su patria.

Entonces creyó escuchar ruido de voces que se aproximaban. No pudo evitar un sobresalto: los sonidos provenían de los aposentos del rey.

Sin perder un instante, se ocultó tras unos cortinajes de terciopelo.

«Hasta aquí lo de mantener la compostura», pensó con desazón. Se mirase como se mirase, llevaba un mensaje a los aposentos reales, lo que implicaba que no tenía por qué esconderse de nadie. Intentó convencerse de que los nervios le habían jugado una mala pasada. Estuvo tentada de salir, pero ya no podía hacerlo sin arriesgarse a dar una impresión sospechosa. Decidió esperar allí, oculta, hasta que pasasen las voces.

Al poco, desfilaron por delante de su posición tres doncellas de servicio cargadas con ropa de cama y otros enseres. Parloteaban con despreocupación entre ellas, del todo ajenas a la presencia de Beatriz. Esta solo se atrevió a abandonar la protección de las cortinas cuando el ruido de la conversación terminó de extinguirse por el pasillo.

Respiró hondo para darse valor y dobló el recodo. Se encontró entonces en un pequeño vestíbulo. Ante ella, dos guardias reales sentados en torno a una mesita de naipes levantaron la vista desconcertados. Estaba claro que no esperaban una nueva interrupción.

En el extremo opuesto del vestíbulo, detrás de ellos, Beatriz reconoció las puertas ornamentadas en oro con el emblema de los borbones de las que le había hablado la princesa. Sin duda aquel era el acceso a las habitaciones privadas del rey.

Los guardias se pusieron en pie, y la joven se sintió intimidada por la planta de aquellos dos hombretones uniformados. No pudo hacer otra cosa que quedarse allí pasmada, con la mirada gacha. Se sentía muy, muy pequeña. El momento de la verdad había llegado y ella solo tenía ganas de llorar.

—No podéis estar aquí, señora —le recriminó secamente uno de los guardias—. Órdenes del marqués de Scotti.

Beatriz reunió tanta presencia de ánimo como fue capaz. Con inesperada determinación, anunció: —Traigo un mensaje de vital importancia para el señor de Parma.

Lorenzo se encontraba absorto en la lectura del último reglamento de la Junta de Obras y Bosques. Hacía ya un buen rato que el monarca se había retirado a dormir la siesta y a él no le quedaba sino esperar hasta que la reina hiciera acto de presencia, cosa que no solía ocurrir hasta el anochecer. Para Lorenzo aquellas eran las horas más soporíferas del día. A diferencia de lo que sucedía durante las mañanas, la actividad vespertina de la corte experimentaba un parón durante el cual apenas nadie parecía acordarse de la existencia del soberano. En las semanas que llevaba allí, no recordaba que se hubiera producido ni una sola visita pasado el mediodía.

El nuevo reglamento no contribuía a aliviarle el tedio. Eran páginas y páginas de casuística, eventualidades y modos de resolución, que iban desde las penas reservadas a un plebeyo culpable de abatir un gamo, hasta la cuota anual de madera de pino adjudicada a la ciudad de Segovia y sus pedanías. Aquel listado era insufrible. No obstante, poco le había costado descubrir que sus subalternos tenían un conocimiento más bien escaso y poco actualizado de todo aquello, y menos aún la intención de subsanar sus limitaciones. Era, pues, vital que él mismo conociese bien las normas.

Scotti no cesaba de repetir que su labor era cuestión de ir a reuniones e interponer pretextos que permitiesen demorar las decisiones en el tiempo, pero él, que se veía obligado a dar la cara, sabía que dar largas convincentemente pasaba por conocer bien las reglas del juego. Lo que sonaba tan simple en boca del ministro requería en la práctica una memoria de elefante y enormes dosis de mano izquierda, y él sufría en sus propias carnes las dificultades de combinar ambas habilidades.

Bostezó sin recato, mientras estiraba bien la musculatura de los brazos. Con el cogote aún pegado a la espalda, cerró los ojos durante unos instantes. Tal vez podía permitirse una pequeña cabezada, después de todo. La siguiente reunión de la Junta estaba prevista para mediados de enero, por lo que el estudio del reglamento urgía lo justo. Nadie se iba a enterar si se tomaba aquella pequeña libertad...

A punto estaba de abandonarse al sopor cuando escuchó el inconfundible ruido de la cerradura que abría la puerta del vestíbulo. ¿Quién podría ser a aquellas horas? Se frotó los ojos con las muñecas y compuso el gesto. No convenía que lo viesen medio dormido.

Uno de los guardias se asomó a su pequeño despacho. Se trataba de un mocetón del norte que pasaba por ser el más avisado de los seis guardias que Scotti había puesto a su cargo. Aquello

no era mucho decir, en realidad: solo significaba que el hombre tenía dos dedos de frente y que era capaz de pensar por su cuenta en determinadas ocasiones.

—Mi señor, un mensaje urgente para vos —anunció.

—¿Urgente, decís? —preguntó Lorenzo. Su tono sonó entre escéptico y malhumorado.

—Eso parece, señor.

Aquello era de lo más irregular. Tomó nota de la necesidad de informar al marqués acerca de la intempestiva visita. Con trazo amplio y elegante, anotó la fecha y la hora sobre el folio en blanco donde debía consignar las incidencias de la jornada. Solo cuando hubo terminado, levantó la mirada hacia el guardia.

—Que pase —accedió.

Acto seguido escuchó unas breves palabras de agradecimiento pronunciadas por una dulcísima voz de mujer. Dulcísima y familiar.

¡No podía ser!

La puerta se cerró de nuevo con llave en el preciso momento en que, bajo el arco encalado que hacía las veces de entrada a al despacho, se recortó la esbelta figura de Beatriz de Ortigosa.

—¿Pero qué hacéis aquí? —exclamó él, haciendo ademán de levantarse.

Por toda respuesta, la joven le dedicó un encantador mohín con la nariz, y se llevó el dedo a los labios en actitud seductora, conminándolo a guardar silencio.

Sorprendido, Lorenzo sonrió y se repanchingó en la butaca. Aquello sí que no lo esperaba.

Sin abandonar en ningún momento su ademán coqueto, Beatriz le lanzó un beso y cerró los cortinajes del habitáculo, quedando momentáneamente oculta de su campo de visión. Lorenzo nunca la había imaginado capaz de comportarse con tanto descaro, pero no se detuvo a pensarlo. Lo único que tenía claro era que el corpiño de aquel vestido granate marcaba las formas que tenía que marcar. Y que la favorecía. Mucho.

Al cabo de unos instantes, percibió movimiento tras los cortinajes, como si la joven buscara la abertura central. Se sintió tentado de levantarse para acelerar el curso de los acontecimientos, pero se contuvo. Pudieron más las ganas de dejarse seducir.

Inesperadamente afloró el sensual perfil de la pierna derecha de la muchacha. El hombre experimentó cómo la lujuria crecía incontrolable en su interior al comprobar que la joven adornaba su piel desnuda, tersa y blanca, con una delicada liga de encaje de color negro.

De acuerdo con su costumbre, Felipe de Anjou, rey de las Españas, se encontraba tendido en el lecho. Mediada la tarde solía invadirlo una sensación de abatimiento, una suerte de inapetencia acentuada por la monotonía de su dieta y el amodorramiento de la digestión. Sin embargo, aquel día era diferente. El monarca se sentía presa de una excitación rayana en lo febril, que le impedía abandonarse a la melancolía. De hecho, apenas había sido capaz de probar bocado. Si Grimaldo estaba en lo cierto, esa misma tarde terminarían todas sus penurias, y el peso de la corona dejaría de descansar sobre sus augustos hombros para siempre.

A menudo se sentía culpable por querer descargar la responsabilidad en su primogénito, pero Luis era un muchacho fuerte y saludable. Algo joven, sí, defecto que sin duda compensaría con su mente rápida y su carácter alegre. El Bien Amado lo llamaban ya entre la plebe. De seguro que todo aquello le cogería de sorpresa al principio, aunque esperaba que, con un poco de suerte y con la guía de buenos consejeros, el nuevo soberano fuese capaz de hacerse con las riendas de la

corte. En cuanto a él y a la reina, solo les quedaba un retiro dorado entre los idílicos pinares de Valsaín.

Felipe no veía el momento de abandonar por completo sus compromisos para dedicarse en exclusiva a la caza y a recuperarse de los males que afligían su espíritu. Pensó en Isabel, su dulce Elisabetta. Para ella sería más difícil. Aquella mujer adoraba las intrigas, el poder y las responsabilidades de gobierno, precisamente todo lo que él detestaba en la vida.

Llevaban casi un lustro hablando de ello, pero la reina nunca parecía encontrar el momento oportuno para la renuncia. Incluso ahora que Luis había cumplido ya los dieciséis años, ella no hacía más que decir que su hijastro era demasiado joven para asumir la corona.

Se prometió que, una vez sanase, haría todo cuanto estuviera en su mano por compensar a los dos. Por el momento debía pensar solo en sí mismo.

A través de la pared, escuchó cómo se abría y se cerraba la puerta exterior de sus aposentos. Luego la odiosa voz del pamesano, el sonido metálico de argollas de cortina, y entonces, el suave rumor de unos papeles deslizándose bajo las enormes puertas de su dormitorio.

¿Era posible, entonces? Con esa suerte de inquietud feliz que experimentan los niños en la noche de los regalos, el rey postrado se incorporó de un salto. Ni siquiera reparó en su paupérrimo aspecto al pasar junto al espejo, despeinado y ataviado solo con un camisón de dormir arrugado y sucio. Tardó menos de tres segundos en salir del dormitorio, atravesar el despacho y llegar hasta las puertas cerradas con llave del salón.

Al otro lado de la puerta, a apenas dos o tres pasos de distancia de donde se encontraba, escuchó unas voces que hablaban entre susurros. Se sorprendió al escuchar la risita amortiguada de una mujer, pero no prestó demasiada atención. Supuso que el italiano tendría sus necesidades. Como todos.

Su mirada se dirigió instintivamente al suelo.

¡Ahí estaban! Tal como Grimaldo había anunciado, bajo las grandes puertas asomaban los papeles de la abdicación, redactados en la caligrafía barroca de su fiel secretario. Junto a ellos, una pluma y un minúsculo vial de tinta china.

Temblando de anticipación, sujetó las cuartillas entre sus dedos y las leyó con inusual rapidez. Todo estaba por triplicado y en escrupuloso acuerdo con lo que él mismo había dispuesto meses atrás en *petit comité* en presencia del propio Grimaldo y de su difunto confesor, el traidor Daubenton.

Comenzaba con unos consejos breves para el joven Luis acerca de su deber de guardar fidelidad a la Santa Sede y al Santo Padre, así como sobre el cuidado de su familia. Le recordaba después sus obligaciones para con sus vasallos y el conjunto de sus súbditos. Siguió leyendo. También figuraba allí la atribución de los terrenos de Valsaín a él mismo y a la reina, con una renta de seiscientos mil ducados de vellón al año en rentas del azúcar y del tabaco. Por último, se habían consignado las generosas dotaciones anuales de los infantes y las infantas.

Sí, estaba todo.

Respiró hondo. La sola perspectiva de firmar aquellos documentos le levantaba la moral más que cualquier jornada de caza. En realidad, recordaba pocas veces en los últimos años en las que pudiera decir que se hubiera sentido mejor que en aquellos momentos. Ni siquiera el día del ciervo albino. Era como si el mero acto de firmar tuviese el mágico poder de conjurar la nostalgia, los interminables meses de languidez, los vacíos en su memoria...

Nuevamente escuchó ruidos en la habitación de al lado, y se dijo a sí mismo que no había tiempo que perder. Con trazo resuelto rubricó las tres copias, fechadas ese mismo día, con sendos «Yo, el

Rey». Una era para el Consejo de Castilla, otra para el príncipe heredero, y la tercera para él mismo.

Serían las siete de la tarde cuando el padre Bermúdez, confesor del rey, abandonaba los reales aposentos.

El soberano lo había mandado llamar poco rato antes, manifestando su voluntad de acogerse al sacramento de la penitencia. Nadie se había extrañado ante este requerimiento. Entre sus muchos males, el rey sufría de terribles escrúpulos de conciencia que le hacían temer a menudo por la salvación de su alma. En ocasiones, estos lo llevaban a recurrir a la confesión hasta dos y tres veces al día, muchas veces a horas intempestivas.

La reina había adquirido la costumbre de acompañar a su marido durante sus momentos de alivio espiritual. Cada uno se arrodillaba devotamente a un lado del robusto confesionario de caoba, mientras que en el habitáculo cerrado del centro, tras la rejilla que oculta al ministro del Señor la faz del pecador, tomaba asiento el padre Bermúdez. En su condición de sacerdote, este escuchaba por turno a los esposos antes de impartirles la absolución e imponerles sus respectivas penitencias.

Lo que para muchos no pasaba de ser una anécdota piadosa de dos cónyuges que no se guardan secretos, otros lo interpretaban como una medida de control. Se rumoreaba que la reina no se fiaba del jesuita, sospechoso de pertenecer al partido español de la corte y, por ende, de apoyar la causa abdicacionista.

En efecto, y dado que Felipe nunca habría aceptado que nadie más que su bien amada reina escuchase su confesión, esta se veía obligada a ejercer ella misma de espía siempre que a su marido le entraban las urgencias. Y en eso andaba la Farnesio mientras el padre Bermúdez, con exquisita discreción, se escondía entre los pliegues de la sotana los documentos que el rey había ocultado en el interior de un pequeño libro de oraciones.

No habían dado aún las siete y cuarto cuando un jinete abandonó al galope el palacio de la Granja por el camino de Madrid. Minutos después, el marqués José de Grimaldo en persona partía en dirección a El Escorial, donde el príncipe heredero permanecía ajeno a todo cuanto había acontecido en palacio aquella tarde.

XII

El carruaje describió un giro hacia el este, siguiendo el trazado del camino del puerto de Navacerrada. Lorenzo de Parma echó una última mirada por la ventanilla. Desde aquel punto se distinguía con claridad la silueta del palacio de La Granja, coronada por la recién terminada cúpula de la colegiata de San Ildefonso.

Decidió que, si existía en el mundo algún sitio que no quisiese volver a pisar, era precisamente aquel; ni para cazar en sus montes, ni para discutir con su chusma, ni para pelarse de frío los domingos a mediodía durante las interminables misas de la catedral.

A sus treinta y cuatro años, en apenas unas semanas había vivido una sucesión de acontecimientos que recordaría para siempre como los más bochornosos de su vida. Se preguntó por enésima vez cómo él, que se tenía por un seductor, había podido dilapidar su futuro en la corte dejándose engañar por una adolescente de provincias. Y española, nada menos.

El rostro angelical de Beatriz de Ortigosa tomó entonces forma en sus pensamientos. Muy a su pesar, sabía que tardaría mucho en olvidar su mirada inteligente y el perfume de sus cabellos negros. ¿Había llegado a interesarse realmente en él en algún momento, o se había limitado a jugar con sus sentimientos desde un principio? ¿Era una niña inocente o una espía del partido español? Las preguntas se agolpaban en su cabeza, aunque sabía que nunca tendría respuesta; ni mucho menos la oportunidad de formularselas en persona. No habían vuelto a hablar después de los sucesos de aquella tarde. En realidad, ni siquiera se habían visto. Todo se había precipitado a la velocidad del rayo, y él se había visto arrastrado sin remisión por el torrente del desastre.

Sintió el aguijón del desasosiego al recordar la mirada gélida de Scotti mientras le anunciaba que los documentos de abdicación, firmados del puño y letra del rey, obraban ya tanto en Madrid como en El Escorial. La noticia lo había cogido tan de sorpresa que no había sido capaz de articular palabra. Lívido de ira, el marqués le había dispensado entonces la bronca más humillante de su existencia antes de expulsarlo con malos modos de su despacho.

La reina también había montado en cólera al enterarse, pero esto solo lo sabía de oídas. Lo que más le había dolido a la soberana era que toda la gente de la que hubiera deseado ocultar el escrito de abdicación había terminado por conocerlo antes que ella. Pese a todo, no había permitido que su enfado trascendiese. Veterana de mil intrigas, a la Farnesio le había sobrado tiempo para deslizar en los oídos adecuados que se trataba de una abdicación consensuada entre los esposos, y motivada solo por la frágil salud del rey. No le había costado mucho imponer esta versión. Después de todo, los documentos explicitaban sabiamente que el joven Luis debería dejarse aconsejar desde La Granja, y eso le daba una salida honrosa a la que aferrarse. Sea como fuere, todo el mundo sabía que de La Granja a Madrid mediaba un mundo. A Lorenzo no le cabía duda de que se avecinaban tiempos difíciles para la ambiciosa Isabel. En cuanto a sí mismo, sabía que no tenía excusa. Había fracasado en su misión y lo único que le quedaba era alejarse de la corte.

Hablando sin tapujos: el destierro.

Así pues, aquella mañana, sin despedirse de nadie, había hecho subir sus pertenencias a un transporte vacío y puesto rumbo a Madrid. Estaba seguro de que otros muchos seguirían sus pasos en las horas posteriores, dado que el epicentro de la actividad cortesana se trasladaría oficialmente a la Villa en breve, pero dudaba que el resto se viese obligado a hacerlo en la soledad que él experimentaba en aquel momento.

Intentó convencerse a sí mismo de que en el fondo lo prefería así, a salvo de preguntas indiscretas que pudiesen ahondar en su humillación. Cuanto antes consiguiese dejar atrás todo aquello, mejor para él. Si todo iba bien, abandonaría Madrid incluso antes de que el grueso de la corte tuviese tiempo de llegar hasta allí.

Poco a poco, fue perdiendo de vista el palacio de La Granja tras la frondosa vegetación del pinar. En el mismo instante en que las copas de los árboles le ocultaban el último atisbo de la cúpula, Lorenzo apartó la mirada de la ventanilla. Se arrebujó en su capa para protegerse del frío y cerró los ojos para conjurar el recuerdo aciago de sus semanas en España.

Le quedaba un larguísimo camino hasta Parma.

Con un rictus de esfuerzo en el rostro, Beltrán levantó sobre sus hombros el pesado cajón de metal. Condenados vestidos, pensó. Para ser simples trozos de tela, pesaban por lo menos un quintal.

Depositó su carga en el compartimento trasero del carruaje que hacía las veces de maletero en los viajes largos. Ahí dentro había ya un baúl, dos maletas de cuero y una pila de fardos de todo tipo. Para alguien como él, cuyas posesiones terrenales cabían en un hatillo de tela, aquello se antojaba excesivo. Se preguntó si en algún momento de su vida sería capaz de acumular tantas pertenencias.

Unos pasos más allá, Beatriz, en compañía del señor de Ardemans, se despedía entre lágrimas de su padre. El conde no había dejado de abrazarla ni por un momento, mientras le susurraba al oído palabras de ánimo y consejos de cara a su nueva vida en Madrid. Para su propia sorpresa, Beltrán había encajado la marcha de su joven ama con admirable entereza. La noticia había llegado a sus oídos tres o cuatro días antes, cuando escuchó por casualidad una conversación entre las cocineras. Al parecer, tras la abdicación del rey, la corte entera se desplazaba a Madrid para rendir pleitesía al príncipe Luis, ahora Luis I de España. Beatriz, que ya había hecho de su presencia en palacio un hábito, se trasladaba también. Siempre según la versión de las cocineras, conviviría con una princesa italiana en una residencia frente al palacio del Buen Retiro hasta encontrar una alternativa más acorde con sus preferencias.

A Beltrán no le había costado mucho deducir que, en la práctica, aquello significaba una ausencia prolongada. Tal vez, permanente.

El episodio de los jardines de La Granja había supuesto para él un baño de realidad, pero también una suerte de liberación. Aquella tarde, de vuelta en casa, y tras examinarse largamente ante el espejo, había tomado por fin conciencia de su condición. Su apariencia física no era el problema. No era feo, ni contrahecho. Tampoco era un mequetrefe. Solo era desastrado. Olía permanentemente a cuadra y la mugre de las uñas formaba parte de su ser, hasta el punto de que nunca se le había ocurrido pensar que por negras estuviesen sucias. Si ese hubiera sido el obstáculo, no le habría preocupado mucho. Con lavarse y peinarse habría podido poner remedio. Lo que no tenía arreglo era la pobreza. La joven condesa estaba fuera del alcance de alguien como

él: sin dinero ni posición social, Beltrán jamás podría ofrecerle una vida a la altura de su alcurnia. Muy a su pesar, se vio obligado a reconocer que el trato que la joven le dispensaba era normal.

Algo bueno le había quedado de todo aquello. Interpretaba la pedrada en el cogote del italiano como una gran victoria. Su fugaz encuentro en palacio había sido una especie de duelo en el que el otro había llevado la peor parte; o, dicho de otra manera, el humilde mozo de cuadra le había dado su merecido al mentecato vestido de seda.

Aunque derramó alguna lágrima de impotencia al darse cuenta de que su amada nunca llegaría a corresponderle, tardó poco en sobreponerse. Él no se daba cuenta, pero los reveses de los últimos tiempos le habían hecho más fuerte. «Otras vendrán», pensó. Y con la misma fría determinación con la que un amanecer de otoño, semanas atrás, había resuelto que haría lo posible por seguir los consejos del lobero, tomó la decisión de olvidarse de Beatriz. Visto así, que la corte se trasladase a Madrid y, sobre todo, que la joven ambicionase una vida en la capital, era una bendición. Cuanto más lejos estuviese, más fácilmente se desvanecería su recuerdo.

Mientras tanto, Beltrán tenía la intención de hacerse de una vez el hombre que ansiaba ser. Ni las cuadras ni los rebaños eran para él. Se había marcado una serie de metas que incluía, por este orden, perder el miedo a los caballos, adquirir destreza con las armas y aprender a rastrear lobos por el pinar. Los retos eran muchos, sí, pero tenía toda la vida por delante. Y ganas de afrontarlos. Si un día Beatriz regresaba, ya se encargaría él de demostrarle que había cometido un error al despreciar sus atenciones.

Las despedidas llegaron a su fin. Todavía con los ojos húmedos, Beatriz besó por última vez a su padre y se encaminó hacia el carruaje de la mano de don Teodoro. Concluido su trabajo en San Ildefonso, el arquitecto no veía el momento de regresar a la Villa, por lo que se había prestado a acompañar a la joven en su viaje. A ella le había faltado tiempo para aceptar la oferta, horrorizada como estaba por la perspectiva de emprender un viaje tan largo ella sola.

Todos en la residencia de los Ortigosa atribuían a ese miedo las ojeras que asomaban al rostro de la condesita desde hacía días, pero ella sabía muy bien que el motivo de sus desvelos era otro. Lorenzo se había ido para siempre, y, con él, una parte de su propia inocencia había dejado su sitio a una nueva compañera de viaje de semblante amargo y voz triste: la culpa.

Beatriz ni siquiera se detuvo para despedirse de Beltrán. Él no se lo tomó como una ofensa. Ya no esperaba nada ella. Por eso se sorprendió cuando, mientras pasaba a su lado, la joven le susurró dulcemente:

—No dejes ni una rata viva, alimañero.

Al principio no supo muy bien cómo interpretar sus palabras. Pensó que tal vez se trataba de un comentario sarcástico, pero la expresión que advirtió fugazmente en el rostro de Beatriz no le pareció de burla. Tampoco su tono. ¿Era, de hecho, un adiós afectuoso? A fin de cuentas, y pese al abismo que les separaba, habían compartido algunas aventuras...

Beltrán sintió que el rubor coloreaba sus mejillas. Quiso componer una frase bonita con la que despedirse de su joven ama, pero, como tantas veces en el pasado, le faltó ingenio.

Entonces, sin volver la vista atrás, ella desapareció en el interior del carruaje.

Epílogo

Corría la última mañana del mes de enero y el barón de Steiermark disfrutaba de un grueso habano en sus suntuosos aposentos del palacio imperial de Viena. En el exterior, los magníficos jardines permanecían aún cubiertos de nieve. Aquel había sido uno de los inviernos más duros que se recordaban, pero ya no tardarían mucho en aparecer las primeras flores. Como los Habsburgo — rezaba un popular dicho en la capital austríaca—, la vida siempre conseguía abrirse camino.

Steiermark disfrutaba cada momento de su existencia posterior a la campaña española, donde se había distinguido como un magnífico estratega de campo y durante la cual el emperador lo había incorporado a su círculo íntimo de colaboradores. Ya casi olvidado todo aquello, su vida en la corte imperial transcurría entre bailes, divertimentos y algún que otro viaje de incógnito, mientras las intrigas que urdía desde aquellos salones ponían y quitaban reyes a miles de leguas de distancia.

A juzgar por el lujo que lo rodeaba, le parecía mentira que hubiera pasado casi una década de la guerra, y más aún que esta hubiera terminado en capitulación.

Unos suaves golpes en la puerta, propinados por el guante de seda de su ayuda de cámara, interrumpieron sus pensamientos.

—Un despacho de Madrid, mi señor.

—Déjelo sobre el escritorio —respondió el barón, sin apartar la mirada de la ventana.

Madrid. Maldita Madrid y maldita Castilla. Steiermark recordaba lo honrado que se había sentido al entrar cabalgando en la capital española a la vera del mismísimo emperador por el polvoriento camino del norte, el que los lugareños conocían como carretera Mala de Francia. Corría el 29 de septiembre de 1710 y la guerra de sucesión parecía ganada. De inmediato vinieron los fastos de la coronación, y en la catedral de Toledo el cardenal primado de España llegó a entonar el *Te Deum* por el nuevo soberano.

Pensaron que nadie se atrevería a poner en tela de juicio la hegemonía austríaca en el continente a partir de aquel momento. Sin embargo, la cosa se torció en cuestión de pocas semanas. Aquellos castellanos desharrapados dispensaron al emperador casi tanta antipatía como aprecio había recibido en la desaparecida Corona de Aragón. La inesperada ausencia de gente en la calle para dar la bienvenida a las tropas austríacas fue sintomática de lo que estaba por venir.

Cierto. Las revueltas durante aquellos días brillaron por su ausencia. Pero no menos cierto era que ni el pueblo, ni la nobleza, ni el clero local apoyaron jamás la causa de Carlos. Pronto se percataron de que Madrid, vulnerable por el norte y el este, y apenas protegida por una endeble cerca fiscal, no constituía una plaza defensiva lo suficientemente segura como para albergar el cuartel general del emperador en España. Además, los suministros dependían de los terratenientes castellanos, los cuales se encargaron gustosos de que el alimento para las tropas invasoras escasease desde un principio. Entre tanto, el ejército borbónico se reagrupaba con rapidez a pocos días de marcha, mientras cuadrillas de guerrilleros locales amenazaban las líneas de comunicación del ejército imperial con el noreste de la península.

Fue él mismo quien hizo ver al resto del estado mayor que era inútil ocupar Madrid sin dominar Castilla, y que aquel poblachón podía fácilmente convertirse en su tumba.

Ante el riesgo de aislamiento, el emperador se vio obligado a ordenar el repliegue. Aquello no tuvo nada de heroico, hostigado el ejército imperial por las tropas borbónicas y derrotado en Brihuega y Villaviciosa, pero lo cierto es que la retirada salvó sus vidas. Por ese preciso motivo nunca había pensado en ello como algo que reprochase: era mejor haber vivido para contarlo, sobre todo si, como él, con la operación uno se había ganado el derecho a pasar el resto de sus días entre los brocados de seda del palacio imperial.

El barón apuró su cigarro. Las últimas volutas de humo ascendieron describiendo formas caprichosas hacia el techo, ricamente decorado con frescos de escenas pastoriles. Solo cuando hubo exhalado la última bocanada, se volvió hacia el escritorio de caoba y cogió el despacho con cuidado.

No llevaba remitente o firma, solo una fecha de mediados de enero y el sello sobre cera de su agente en Madrid. Advirtió además la presencia de tres minúsculas manchas de tinta negra en una esquina del papel. Se trataba de una suerte de contraseña, ideada por él mismo, que indicaba que la misiva no había sido redactada bajo coacción. Era, pues, de fiar.

El mensaje era escueto, apenas cuatro palabras, pero su contenido le hizo torcer el gesto.

«*Der wolf ist gestorben*».

«El lobo ha muerto».

Durante algunos instantes evaluó el alcance de aquellas palabras. Malas noticias, sin duda, pero nada de extrema gravedad. En realidad, la abdicación del pusilánime de Felipe ya lo había echado todo a perder. Solo Dios sabía lo que podría haber ocurrido si Allepuz se hubiese dado un poco más de prisa y hubiera tenido éxito en su empeño. ¿Otra guerra de sucesión española, tal vez? Desde luego, si el rey hubiera muerto en ejercicio, el emperador habría podido hacer *casus belli* de sus derechos sucesorios mucho mejor que ahora, que una segunda generación de borbones había consolidado la legitimidad de la dinastía francesa en el trono de Madrid.

En cierto modo había sido ingenuo al creer que un plan de tamaño alcance, urdido por un simple rufián, sin espías ni inteligencias, tenía visos de llegar a buen puerto. Sin embargo, no cabía el arrepentimiento. A fin de cuentas, los daños habían sido ínfimos en relación a lo que podría haberse conseguido.

Sintió curiosidad por saber cómo habría perecido Germán de Allepuz. De acuerdo con las normas que él mismo imponía, la nota no contenía ni un solo detalle superfluo; ni una sola pista que pudiera dar a entender que él o su círculo de espías estaban al corriente de la conspiración. No obstante, ni por un momento se sintió tentado de solicitar pormenores. En su fuero interno se limitó a dedicar un pensamiento de homenaje hacia aquel montaraz aragonés, mitad hombre mitad bestia, quien, movido solo por la sed de venganza, había estado más cerca de expulsar a los borbones del trono de España que todas las potencias aliadas juntas.

Nota histórica

Siempre he pensado que un autor de novela histórica debe documentarse adecuadamente, y tejer sus ficciones desde el respeto a los hechos. Opino también que, fuera de estos, tiene libertad para tomarse las licencias que precise para construir una trama que interese al gran público. Ahí radica, para mí, la diferencia fundamental entre una novela histórica y un libro de historia.

Partiendo de esa base, conviene aclarar que mi relato no guarda más relación con lo que de verdad acaeció en los pinares de Valsaín entre finales de 1723 y comienzos de 1724 que la presencia de algunos personajes históricos —el marqués de Scotti, Teodoro de Ardemans, José de Grimaldo o la reina Isabel de Farnesio, por poner algunos ejemplos— cuyos caracteres he pintado a la luz que más convenía a la narración. También he respetado las principales fechas de acontecimientos históricos, a fin de dar verosimilitud al relato. Esto incluye, por ejemplo, la abdicación del rey Felipe V en su hijo Luis, a mediados de enero de 1724. No obstante, el conde de Ortigosa jamás existió, ni su hija Beatriz, ni Lorenzo de Parma, ni Amelia de Rímini. Tampoco existió, que yo sepa, ningún revolucionario aragonés llamado Germán de Allepuz, cuya animadversión hacia el rey le hubiese podido mover a perpetrar su asesinato. La connivencia austriaca con la causa personal del lobero es pura invención, y la posibilidad de que por aquellas fechas se fraguase un magnicidio, una simple elucubración mía.

Me he permitido estas libertades porque las circunstancias en las que se produjo la abdicación de Felipe V —verdadero hilo conductor de esta novela—, son todavía hoy motivo de discusión entre historiadores. Esto es así hasta el punto de que resulta difícil deslindar el hecho de la leyenda, y lo sustancial de lo anecdótico. Tal vez, la versión más creíble sea que Felipe, aquejado de una ya galopante enfermedad mental, deseara dejar el trono por sentirse incapaz de gobernar. No obstante, también se ha llegado a sugerir que sus verdaderos motivos radicaban en una legítima aspiración al trono francés, objetivo que no podía conseguir mientras reinase en España porque los acuerdos alcanzados entre las potencias europeas al finalizar la guerra de sucesión le impedían aunar ambas coronas.

En lo que respecta a su relación con su segunda mujer, Isabel de Farnesio, es un hecho bien conocido que ambos llegaron a pactar la abdicación por escrito en repetidas ocasiones. No faltan, sin embargo, los que consideran que la reina nunca estuvo por la labor de hacer honor a dichos acuerdos. Esta tesis se fundamenta en el carácter tenaz de la italiana y en su voluntad de aferrarse a su condición de gobernante en la sombra, toda vez que los accesos de locura del rey solo le permitían a este último desempeñar sus responsabilidades de forma intermitente. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la Farnesio fue una reina extremadamente celosa de los derechos sucesorios de sus hijos. Jamás habría cedido el gobierno de buen grado nada menos que al primogénito de su predecesora, decisión con la que no solo habría restado posibilidades de acceder al trono a su propio hijo, Carlos —a la postre Carlos III, y por aquel entonces, tercero en la línea sucesoria—, sino con la que además se habría situado a sí misma en grave riesgo de caer en la irrelevancia.

A menudo se nos ha pintado a Isabel como una reina dominante, dispuesta a todo por el poder; una consorte capaz de obligar a Felipe a mantenerse en el trono contra su voluntad, y de tenerlo encerrado bajo llave, dejándolo salir solo de vez en cuando para que pudiera practicar la caza y otros divertimentos que aliviaban temporalmente su locura. Es esta última versión a la que me he agarrado por conveniencia narrativa. Que la reina tratase o no a su marido con ese nivel de crueldad sigue siendo objeto de controversia.

De uno u otro modo, el monarca terminó por abdicar en su hijo, Luis, quien protagonizó el más breve de los reinados de la historia de España. La viruela se llevó al joven soberano a la tierna edad de diecisiete años, apenas siete meses después de haber asumido el trono. A su muerte, Felipe volvió a ceñirse la corona, en parte gracias a la intervención de la Farnesio y no sin algunas dificultades. Así, terminó por ocupar el trono durante veintidós años más. Paradójicamente, los cuarenta y cinco años de este rey que no quiso reinar constituyen, hasta la fecha, el reinado más largo de la historia de España.

Esto significa que, apenas unos meses después de los convulsos sucesos de enero de 1724, todo volvió a quedar como al principio. A la luz de estos acontecimientos, tal vez resulten cuestionables las posturas que he atribuido tanto a los partidarios de la abdicación como a los de mantener a Felipe en el trono, ya que la historia nos demuestra que ambas alternativas eran, de hecho, compatibles con la estabilidad del país. Sin embargo, eso no quiere decir que sus temores fuesen infundados. Europa era por aquel entonces un polvorín, de manera que la posibilidad de que las acciones de Felipe pudieran haber desencadenado una nueva guerra sucesoria, o tal vez una guerra civil, no es en absoluto desdeñable. Las zozobras y decisiones de algunos de mis personajes, en particular las de Germán de Allepuz, Beatriz de Ortigosa y Lorenzo de Parma, deben entenderse en el marco de la incertidumbre de aquellos momentos, que me ha servido para construir sus respectivas disyuntivas vitales.

De todo lo anterior se desprende que estás ante una obra de ficción, la cual, si bien se enmarca en el contexto de una encrucijada fundamental de la historia moderna, no debe interpretarse en clave de situaciones políticas pasadas o presentes, ni tampoco como una crónica fiel de lo que ocurrió: es solo una fabulación compatible con algunas de las versiones que nos han expuesto los historiadores.

A título personal, solo quería publicar mi primera novela histórica, y he hecho todo cuanto ha estado en mi mano por construir un relato susceptible de interesar a quien la cogiese entre sus manos. Dicho esto, solo me queda despedirme. Si has llegado hasta aquí, mis esfuerzos han valido la pena. Te emplazo a que volvamos a encontrarnos, si quieres, entre las páginas de mi próximo libro.

Neuchâtel, 27 de enero de 2019

Gracias por leerme

Estimad@ amig@,

Ahora que hemos terminado nuestro primer viaje juntos, me permito dirigirte una sencilla petición desde la humildad de un autor que empieza a abrirse camino en el difícil mundo de la literatura.

La gran mayoría de los novelistas no se gana la vida escribiendo. Eso está reservado a unos pocos autores consagradísimos cuyas obras están expuestas en lugares preferentes de todas las librerías. Los demás escribimos por amor al arte, con la esperanza de que esas historias que nos gusta contar encuentren algún día a personas que quieran leerlas. Al menos para mí, eso es recompensa más que suficiente.

Te parecerá extraño, pero lo más difícil para un escritor es llegar al gran público. Y el único camino para un desconocido como yo es internet. Un seguidor más en Twitter (@pmarsan3), una reseña de dos o tres líneas en Amazon, o un post en un foro o red social de literatura, como *abretelibro.com* o *tuquelees.com*, supone una inmensa inyección de moral que, de verdad, anima a seguir escribiendo. Son esos detalles los que demuestran que alguien —en este caso, tú— se ha tomado el tiempo de leer la historia que uno ha tecleado en la soledad de su habitación. Eso, para mí, es valiosísimo; y es por ello que la dedicatoria del principio de esta novela iba dirigida precisamente «a ti, que me lees».

Si *Granja de alimañas* te ha gustado —y si no tienes inconveniente—, siéntete muy libre de darme ese empujoncito.

Muchísimas gracias,

Pedro.